

# BACON ENSAYOS



Lectulandia

«Essays or Counsels Civil and Moral». Colección de 28 ensayos o «consejos políticos y morales» de Francis Bacon (1561-1626), publicados los diez primeros en 1597, aumentados hasta 38 en la edición de 1612 y luego hasta 58 en la edición impresa en Londres. En 1638 se publicó una traducción latina, debida toda o en parte al propio Bacon, con el título «Sermones fideles sive interiora rerum». Independientemente de su valor específico les «Ensayos» imprimieron un sello indeleble en la literatura inglesa, en la cual, la tradición ensayista se perpetúa hasta hoy; influyeron por su tendencia a la sencillez que casi se convierte en sequedad, a la frase breve y densa de sentido, a las imágenes escultóricas y raras. Junto a estas dotes estilísticas, se nota en ellos la influencia (casi antitética) de su época de eufuismo, de poesía «metafísica», imaginativa con cierta tendencia a la extravagancia.

En sus «Ensayos» Bacon sigue los textos y las tesis autorizadas con cómoda sabiduría, que tiene cuenta de la experiencia de la vida; y por ser él, hombre de mundo ávido de honores y de triunfo social, sus ensayos son «consejos civiles y morales» con un fin utilitario: enseñar a comportarse para medrar en esta vida, y a pesar de su tono elevado y su originalidad verbal, están inspirados en un maquiavelismo inferior sin impulsos generosos, sin dudas ni luchas interiores. Es característico a este respecto el «Ensayo sobre la unidad en la religión». En una época trastornada por violentas luchas religiosas, Bacon no se plantea el problema religioso: acepta servilmente la religión de Estado, condenando genéricamente toda forma de herejía, de fe individual y toda discusión que ahonde en ello. No ve la urgencia ni la utilidad de hacer lo contrario: lo que importa es la paz en la Iglesia, que según Bacon trae la paz de la conciencia. Primer deber, la calma; Dios no es un ideal, sino una blanda cotidianidad.

Francis Bacon

# Ensayos

ePub r1.0

oronet 15.11.2019

Título original: *Essays*  
Francis Bacon, 1625  
Traducción: Luis Escolar Bareño

Editor digital: oronet  
ePub base r2.1

## Índice de contenido

Cubierta

Ensayos

Prólogo

Resumen biográfico de Bacon

Ensayos

1 De la verdad

2 De la muerte

3 De la unidad de la religión

4 De la venganza

5 De la adversidad

6 De la simulación y la disimulación

7 De los padres y los hijos

8 Del matrimonio y la soltería

9 De la envidia

10 Del amor

11 De los grandes puestos

12 De la osadía

13 De la bondad y la bondad de la naturaleza

14 De la nobleza

15 De las sediciones y disturbios

- 16 Del ateísmo
- 17 De la superstición
- 18 De los viajes
- 19 Del imperio
- 20 Del consejo
- 21 De las delaciones
- 21 De la astucia
- 23 De la sabiduría egoísta
- 24 De las innovaciones
- 25 De la premura
- 26 De los que parecen sabios
- 27 De la amistad
- 28 De los gastos
- 29 De la verdadera grandeza de los reinos y los estados
- 30 Del régimen de salud
- 31 De la sospecha
- 32 Del discurso
- 33 De las colonias
- 34 De las riquezas
- 35 De las profecías
- 36 De la ambición
- 37 De las mascarar y triunfos
- 38 De la naturaleza

39 De las costumbres y la educación

40 De la fortuna

41 De la usura

42 De la juventud y la vejez

43 De la belleza

44 De la deformidad

45 De la edificación

46 De los jardines

47 De la negociación

48 De los acompañantes y amigos

49 De los litigantes

50 De los estudios

51 De las facciones políticas

52 De las ceremonias y cumplimientos

53 De la alabanza

54 De la vanagloria

55 De la honra y la reputación

56 De la judicatura

57 De la ira

58 De las vicisitude de las cosas

Sobre el autor

Notas

## PRÓLOGO

La vida de Francisco Bacon (1561-1626), estadista, filósofo y literato, ofrece un conjunto de contradicciones si se la considera en esas tres facetas de su actuación; pero, sea cualquiera la conclusión a la que se llegue, no se le puede negar a Bacon notable preeminencia intelectual.

La época en que vivió Bacon fue un tiempo decisivo para la historia de Inglaterra, segunda mitad del siglo <sup>xvi</sup> y principios del <sup>xvii</sup>. Aún no había llegado para Inglaterra la hora de su poderío, pero empezaban a apuntar los brotes que se convertirían en su predominio marítimo y su vasto imperio mundial. Todavía era España la nación más poderosa, e Inglaterra procuraba fortalecerse provocando encubiertamente al poderoso monarca español. Estaba reciente la separación de la Iglesia inglesa de la obediencia al Papa. Isabel I alentaba las empresas marítimas que, años más tarde, darían a Inglaterra el máximo poderío mundial. España fracasó, con su Armada Invencible, en castigar las audaces piraterías de Drake y Sir Walter Raleigh. Shakespeare escribía y representaba sus obras geniales. La ciencia y la filosofía inglesas iban siendo imprescindibles en la cultura europea. Jacobo I unió bajo su reinado Escocia e Inglaterra. En fin, Gran Bretaña imponía paso a paso su personalidad de nación importante en la historia de Europa. Como estadista, Francisco Bacon alcanzó los puestos más altos en la gobernación de Inglaterra, pero si en conseguirlos desplegó su capacidad intelectual no intervino menos su capacidad para la intriga, su deslealtad para con los amigos y su inmensa ambición. Precisamente su actuación en la vida pública inglesa ha perjudicado su reputación en sus otros aspectos de filósofo y escritor y a nadie, mejor que a él, se puede aplicar lo del moralista que no sigue sus propios consejos.

Su conducta con respecto al conde de Essex, del que era amigo íntimo, consejero privado y protegido, tiene difícil justificación. Sin duda, el conde de Essex era culpable de los delitos de traición a la Corona, y sólo cabría discutir



la mayor o menor culpabilidad, pero Bacon figuró entre los acusadores y redactó personalmente, por encargo de la reina, la acusación contra Essex. No es suficiente decir que, como abogado, cumplía su deber. También el deber de la amistad y de la lealtad le debió obligar que buscara la forma de abstenerse de semejante acusación. Pero la oportunidad política para medrar, el deseo de conquistar el favor de la reina, la ambición, en una palabra, le impulsaron a obrar sin detenerse en escrúpulos sentimentales ni de lealtad hacia el amigo y protector. Más de la mitad de su vida pasó Bacon tratando de alcanzar lo que su ambición le dictaba. Su turbio proceder no le sirvió para alcanzar el tan ansiado favor de la reina. Cuando ésta murió, Bacon tenía 42 años. El sucesor, Jacobo I, le fue más propicio y con él consiguió los máximos cargos ambicionados. Pero no supo, una vez en la cima como Lord Canciller, ser leal a la confianza depositada en él. Se le acusó de haber cometido en su cargo veintitrés delitos de prevaricación. Ciertamente es que Bacon, según iba ascendiendo, perdía las amistades y llegó a tener muchos más enemigos que amigos. Bacon se reconoció culpable y apenas pudo, con su defensa, aminorar la gravedad de las inculpaciones. Después de la condena y de la pérdida de todos sus cargos, se retiró a una posesión familiar y se dedicó al estudio y a sus tareas filosóficas y literarias.

Como filósofo, a Bacon se le suele considerar fundador de la filosofía moderna, en su tendencia empírica, y padre de la moderna investigación científica; pero ambas cosas resultan exageradas. Bacon tuvo el mérito de considerar insuficiente el escolasticismo y tratar de exponer un nuevo método de investigación mediante el conocimiento minucioso de la naturaleza, prescindiendo de todos los prejuicios que procedieran de las ideas aceptadas sin comprobación o de opiniones de autoridades antiguas tenidas como dogmas. Pero él mismo no fue demasiado consecuente con sus propósitos, y, en su filosofía, hay todavía mucho de escolasticismo y de prejuicios aceptados sin examen. Aspiró a superar, en su *Instauratio Magna*, la autoridad (entonces casi absoluta) de Aristóteles, cuya influencia, sobre todo en las ciencias naturales, impedía investigar libremente. Con ese mismo fin escribió su *Novum Organum*, en el que exponía un nuevo método de razonamiento inductivo mediante la observación minuciosa que sustituyera al método deductivo basado en la abstracción y en las autoridades antiguas. Trató de que el conocimiento se basara en la experiencia sensible ayudada por el intelecto, pues la observación había de completarse con la reflexión metódica y con la experimentación. Negaba la existencia de las ideas innatas. Los prejuicios de los que debía huir el investigador eran clasificados por

Bacon en cuatro grupos a los que llamaba idola (ídolos) y eran los prejuicios procedentes de la propia especie humana; de la personalidad individual; de las relaciones con las demás personas y de las autoridades antiguas y contemporáneas.

El inconveniente de la labor filosófica de Bacon, de indudable valor en su intención, es que su autor no profundizó suficientemente y nunca pasó de ser un simple aficionado en sus investigaciones, en las que ni siquiera aplicó los métodos que propugnaba. No sintió demasiada curiosidad por la ciencia de su tiempo y así ignoró o desdeñó los trabajos decisivos de Copérnico, Keplero, Galileo y Vesalio.

Su labor como literato (entroncada, como es lógico, con su labor filosófica) abarca temas diversos y es importante en la historia de la lengua inglesa. Su prosa concisa, directa, anfibológica a veces por excesiva economía en las palabras, es una valiosa contribución al aún titubeante idioma inglés de su tiempo.

Su biografía de Enrique VII, independientemente de su veracidad como retrato, es uno de los primeros intentos de dar a las biografías un fondo psicológico para explicar los actos y la personalidad del biografiado.

Gran parte de su fama descansa, sobre todo, en sus *Ensayos*. La denominación de *Essays* (ensayos) no tiene del todo la acepción que modernamente se da a ese género, sino la de reflexiones e intentos de sopesar y valorar un tema cualquiera. Los 58 ensayos abarcan temas muy diversos, desde los proyectos ideales para la construcción de un palacio o la de unos jardines, hasta los aspectos característicos del matrimonio y la soltería, con otros tradicionales sobre la ira, la envidia, etc., y otros muchos dedicados a temas políticos y de gobierno.

Por una parte, debido a la variedad de temas, son interesantes los detalles particulares que presentan respecto a una etapa decisiva en la historia de Inglaterra. Por otra, las ideas de su autor sobre tantos y tan variados puntos están llenas de reflexiones y experiencias. Por eso su lectura no debe apartarse nunca de la consideración histórica de la época y circunstancias en que fueron escritas. Hay algunas contradicciones en las opiniones sustentadas en diversos ensayos y hay en ellos indudables influencias de autores clásicos y de otros más cercanos a Bacon, como Luis Vives y Miguel Montaigne, cuyos dos

primeros libros de *Essais* se publicaron en 1580, y pronto se hizo una traducción inglesa.

Los *Ensayos* de Bacon están escritos en la prosa inglesa más condensada y sencilla que jamás se haya escrito; por eso su lectura requiere mucha atención. Aunque Bacon rechazaba el escolasticismo y la dogmática aceptación de autoridades antiguas, sus ensayos están cuajados de citas latinas; pero en sus tiempos eso no era una dificultad para el lector culto, ya que el latín seguía siendo el idioma científico y filosófico y de cuantas obras pretendieran un mínimo nivel de seriedad en el mundo del saber.

En vida de Bacon se hicieron tres ediciones de los *Ensayos*. La primera, en 1597, contenía diez ensayos. La segunda, de 1612, suprimía el que lleva el número 55 y agregaba otros 29, en total 38 ensayos; la tercera edición, de 1625, volvió a incluir el 55 y agregaba otros 19 ensayos, en total 58.

La presente traducción sigue una edición inglesa que reproduce la tercera, de 1625. Bajo el título de cada ensayo hemos puesto, entre paréntesis, la fecha en que apareció por primera vez. Todas las citas han sido traducidas al pie de página.

Hemos aludido a la condensación y sencillez de la prosa de Bacon y a cómo su concisión resulta, a veces, anfibológica. Esta dificultad para el lector inglés moderno se refleja también en esta traducción, porque hemos tratado de ser lo más fieles posible al original respetando el estilo cortado de la frase y la forma condensada de las ideas.

LUIS ESCOLAR BARREÑO

## RESUMEN BIOGRÁFICO DE BACON

- 1561— (22 de enero): Nace Francis Bacon (más adelante barón Verulam de Verulam y vizconde de San Albano) en York House, en el Strand de Londres. Su padre fue durante dos años Lord del Sello Privado y Gran Canciller durante el reinado de Isabel I. Su madre era una mujer culta, profundamente calvinista. Su tío, Sir William Cecil (más tarde Lord Burghley) fue Secretario de Estado.
- 1573—75(12-14 años): Estudia en el Trinity College, Cambridge.
- 1576— y ss. (15... años): Estudia leyes en Gray's Inn. Va a Francia como agregado del embajador.
- 1579— (18 a.): Regresa a Inglaterra por muerte de su padre. Como hijo octavo no le corresponde nada de la herencia paterna y tiene que dedicarse a la abogacía.
- 1582— (21 a.): Comienza a actuar como abogado ante los tribunales.
- 1584— (23 a.): Miembro del Parlamento al que seguirá perteneciendo durante muchos años.
- 1586— (25 a.): Consejero del Gray's Inn.
- 1589— (28 a.): Entra al servicio del Consejo de la Cámara Estrellada (cierto tribunal especial).
- 1591— (30 a.): Al no obtener apoyo de su tío Sir William Cecil, ni servirle de mucho la restante influencia familiar, se hace amigo íntimo y consejero privado del conde de Essex, favorito de la reina Isabel I.
- 1593— (32 a.): Solicita, sin éxito, ser Procurador General. Pierde el favor de la reina al oponerse en el Parlamento a una petición de subsidios

presentada por ella. Apuros económicos de B. El conde de Essex le regala una finca y B. la vende.

- 1596— (35 a.): El conde de Essex dirige la expedición naval que atacó y saqueó Cádiz. A su regreso a Inglaterra es aclamado como héroe popular. Desatiende los consejos de Bacon para que no se deje envanecer con el triunfo y trate de reforzar su influencia con la reina.
- 1597— (36 a.): Primera edición de los Essays (10 ensayos).
- 1599— (38 a.): La reina Isabel nombra al conde de Essex gobernador de Irlanda, pero poco después le depone de su cargo y le hace volver a Inglaterra, donde es acusado de traición a la Corona por quererse apoderar por la fuerza del gobierno y destronar a la reina. Bacon, como abogado, figura entre los acusadores.
- 1601— (40 a.): Escribe la acusación contra el conde de Essex por encargo de la reina. El conde de Essex es ejecutado. Bacon sigue sin recuperar el favor de la reina.
- 1603— (42 a.): Muere la reina Isabel. La sucede Jacobo VI de Escocia, que se denomina Jacobo I de Gran Bretaña. El rey nombra caballero a Bacon, el cual mejora de fortuna.
- 1604— (43 a.): Consejero privado real.
- 1605— (44 a.): Publica *Proficiency and Advancement of Learning* (Progreso y avance del saber).
- 1606— (45 a.): Se casa con Alice Barnham, hija de un juez de distrito.
- 1607— (46 a.): Registrador de la Cámara Estrellada. Procurador General.
- 1608— (47 a.): Secretario del Consejo de la Cámara Estrellada.
- 1609— (48 a.): Publica *De sapientia veterum* (Sabiduría de los antiguos).
- 1612— (51 a.): Juez de distrito. Segunda edición de los Essays (38 ensayos).

- 1613— (52 a.): Fiscal General.
- 1614—17 (53-56 a.): Escribe la *New Atlantis* (Nueva Atlántida), aunque se suele datar en 1624.
- 1617— (56 a.): Guardasellos real.
- 1618— (57 a.): Lord Canciller. Recibe el título de barón Verulam de Verulam. Halla un nuevo protector en el duque de Buckingham.
- 1620— (59 a.): Publica el *Novum Organum* (Nuevo instrumento).
- 1621— (60 a.): Recibe el título de vizconde de San Albano. Se le acusa de veintitrés delitos de prevaricación; le juzgan; confiesa haber recibido regalos pero que éstos no han influido en sus sentencias; se le condena a una multa de 40.000 libras, a ser encarcelado en la Torre durante el tiempo que el rey quiera, y a perder todos sus cargos. El rigor de la sentencia queda muy aminorado en la realidad: se le perdona la multa y su encarcelamiento sólo dura cuatro días. Pero su vida pública está terminada. Se retira a la posesión familiar de Gorhambury (condado de Hertford), donde se dedica al estudio y a redactar nuevas obras.
- 1622— (61 a.): Publica *Historia regni Henrici septimi* (Historia del reinado de Enrique VII); *Historia vitae et mortis*; (*Historia de la vida y de la muerte*); *Phenomena Universi* (*Fenómenos universales*).
- 1623— (62 a.): Publica *De dignitate et augmentis scientiarum* (*De la dignidad y ampliación de las ciencias*), que es una ampliación y traducción al latín de su anterior obra *Prof. and. Adv. of Learning* (publicada en 1605).
- 1624— (63 a.): El rey le concede su perdón completo y le señala una pensión, con la que continúa su vida de magnificencia y extravagancia, pero no recupera sus cargos.
- 1625— (64 a.): Muere Jacobo I. —Tercera edición de los *Essays* (58 ensayos).

1626— (65 a.): A consecuencia de un enfriamiento cogido al bajar del coche en Highgate, en un día de nevada, para llenar con nieve una gallina y comprobar los efectos del frío en la conservación de los alimentos, Bacon cae enfermo y muere en Londres el 9 de abril.

## ENSAYOS



## DE LA VERDAD

(1625)

¿Qué es la verdad?, preguntó Pilato mofándose; y no esperaba la respuesta. En verdad que hay deleite en lo frívolo; y se considera una servidumbre mantener una creencia; afecta al libre albedrío, en el pensamiento así como en la acción. Y aunque las sectas de filósofos de esa clase ya han desaparecido, aún quedan ciertos ingenios discursivos que tienen la misma cepa aunque no hay en ellos la misma savia como la había en los antiguos. Pero no es sólo las penas y trabajo que los hombres se toman para encontrar la verdad ni tampoco que, al encontrarla, se impone al pensamiento de los hombres y aporta mentiras en su favor, sino una afición natural, aunque corrupta, hacia la propia mentira. Uno de los últimos de las escuelas griegas examina la cuestión y discurre sobre qué habrá para que los hombres amen la mentira; no es que lo hagan por placer, como los poetas; ni por beneficiarse, como el comerciante, sino por la propia mentira. Y o no sé qué decir; esta misma verdad es una luz del día pura y clara que no ilumina las máscaras y disfraces y triunfos de la mitad del mundo y tan impresionante y deliciosamente como la luz de las candelas. Quizá la verdad alcance el precio de una perla que luce más durante el día, pero no alcanzará el precio de un diamante o un carbúnculo que brilla más bajo luces variadas. El mezclarle una mentira tiene que agregarle encanto. ¿Duda alguien que si se quitaran de la mente de los hombres las opiniones vacuas, las esperanzas vanas, los cálculos erróneos, las mimadas fantasías y cosas análogas, no quedaría la mente de algunos hombres como pobre y cosas hundidas llenas de melancolía y desanimadas, algo desagradable para ellos? Uno de los padres, con gran seriedad, llama a la poesía *vinum daemonum*<sup>[1]</sup>, porque llena la imaginación y sin embargo no es más que la sombra de una mentira. Pero no es que la mentira pase por la mente, sino que se hunde en ella y se asienta allí, y produce el daño como dijimos antes. Mas, sea como fuere, el que estas cosas corrompan los juicios y

afectos de los hombres, la verdad, que sólo debe juzgarse por sí misma, enseña que la averiguación de la verdad, que es el cortejarla, el conocimiento de la verdad, que es su presencia, y la creencia de la verdad, que es gozarla, es el soberano bien de la naturaleza humana. La primera criatura de Dios, en la creación de los días, fue la luz del sentido; la última fue la luz de la razón; y su obra del sabbath desde entonces es la iluminación de su Espíritu. Primero, expandió luz sobre el haz de la materia o caos; luego expandió luz en el rostro del hombre; y aún expandió e inspiró luz bajo el rostro de su elegido. El poeta que embelleció la secta, aunque, por lo demás fue inferior a los otros, dijo en forma excelsa: *Es un placer estar en la orilla y ver los barcos zarandeados por las olas; un placer estar en la ventana de un castillo y ver una batalla y los percances que suceden abajo; pero no hay placer comparable al del lugar estratégico de la verdad* (una cima que no puede ser dominada y donde el aire es siempre puro y sereno) *y ver los errores divagaciones, nieblas y tempestades del valle que yace al fondo*; siempre que tal panorama se vea con piedad y no con vanidad y orgullo. La verdad es que hay cielos y tierra para que la mente del hombre sea movida por la caridad, descansa en la providencia y vuelva hacia los asideros de la verdad.

Pasando de la verdad teológica y filosófica a la verdad de los asuntos de la vida civil, se reconocerá, aun por aquellos que no lo practiquen, que el trato claro y rotundo es la honra de la naturaleza humana y que la mezcla de la falsedad es como alear en la acuñación oro y plata, que puede hacer más resistente el metal, pero lo rebaja. Por esos procedimientos sinuosos y retorcidos caminan las serpientes, las cuales reptan sobre el vientre y no sobre los pies. No hay vicio que cubra de vergüenza tanto al hombre como encontrarle falso y pérfido; por eso Montaigne se expresó con elegancia, cuando preguntó la causa de que la palabra mentira tuviera un sentido tan desgraciado y odioso; dijo: *Sopesándolo bien, decir que un hombre miente es tanto como decir que es valiente con Dios y cobarde con los hombres. Porque la mentira se encara con Dios y huye ante el hombre*. Seguramente la maldad de la falsía y quebrantamiento de la fe es posible que no pueda ser expresada con tanta elevación, como que será la última apelación pidiendo el juicio de Dios sobre las generaciones humanas: habiéndose dicho que *cuando venga Cristo, no encontrará fe en la tierra*.

## 2

### DE LA MUERTE

(1612)

Los hombres temen la muerte como los niños temen adentrarse en la oscuridad; y al igual que ese miedo natural de los niños se acrecienta con los cuentos, así ocurre a los otros. En verdad, la contemplación de la muerte, como precio del pecado y tránsito al otro mundo, es santa y religiosa; pero temerla, como tributo debido a la naturaleza, es debilidad. Sin embargo, en las meditaciones religiosas hay cierta mezcla de vanidad y superstición. Podremos leer en algunos libros de mortificación de los frailes que un hombre pensara para sí cuán doloroso es que tuviera las puntas de los dedos oprimidas o torturadas; y de ahí imagina cuáles son los dolores de la muerte cuando todo el cuerpo se corrompe y disuelve; cuando muchas veces pasa la muerte con menos dolor que la tortura de un miembro, porque las partes más vitales no son las de sensibilidad más rápida. Y por él, que habla sólo como filósofo y hombre natural, bien se dijo: *Pompa mortis magis terret quam mors ipsa*<sup>[2]</sup>. Los gemidos y convulsiones, la palidez del rostro, las lágrimas de los amigos, lutos, exequias y demás presentan terrible a la muerte. Es digno de observarse que no hay sentimiento de la mente humana tan débil, pero va unido y domina al miedo a la muerte; y, sin embargo, la muerte no es ese enemigo tan terrible cuando el hombre tiene en su derredor tantos que le atiendan que pueda ganar su batalla. La venganza triunfa sobre la muerte; el amor la desdeña; el honor la sobrepasa; la pena la huye; el miedo se anticipa a ella; no sólo leemos que, después que el emperador Otón se suicidó, la piedad (que es el más tierno de los sentimientos) provocó la muerte de muchos por mera compasión hacia su soberano y como el más verdadero destino de sus partidarios. No sólo Séneca acumuló aburrimiento y saciedad: *Cogita quamdiu eadem feceris; mori, velle, non tantum fortis, aut miser, sed etiam fastidiosus potest*<sup>[2]</sup>. Un hombre moriría, aunque no fuera valiente ni desgraciado, sólo por cansancio de hacer la misma cosa una y otra vez. No menos digno de observarse es cuán poca

alteración produce en las almas buenas la cercanía de la muerte, pues parecen seguir siendo las mismas personas hasta el último instante. César Augusto murió pronunciando un cumplido: *Livia, conjugii nostri memor, vive et vale*<sup>[3]</sup>; Tiberio, disimuladamente, como dice Tácito, *Jam Tiberium vires et corpus, non dissimulatio, deserebant*<sup>[4]</sup>; Vespasiano, gesticulando y sentado en un taburete: *Ut puto deus fio*<sup>[5]</sup>; Galba, con una frase, presentando el pop cuello: *Feri, si ex re sit uli Romani*<sup>[6]</sup>; Septimio Severo, en tono apremiante: *Adeste, si quid mihi restat agendum*<sup>[7]</sup>, y así sucesivamente. En verdad, los estoicos concedían demasiado valor a la muerte y debido a sus enormes preparativos la hacían parecer más temible. Mejor es *qui finem vitae extremum inter munera ponit naturae*<sup>[8]</sup>. Es tan natural morir como nacer; y quizá para el niño lo uno es tan doloroso como lo otro. Aquel que muere en una empresa ardorosa es como al que hieren cuando hierve su sangre, que apenas nota la herida; por tanto, una mente fija e inclinada hacia algo que es bueno, no evita los dolores de la muerte; pero, sobre todo, créase, el cántico más dulce es *Nunc dimittis*<sup>[9]</sup>, cuando el hombre ha obtenido fin y esperanzas dignos. La muerte también tiene esto, que abre la puerta a la buena fama y extingue la envidia: *Extinctus amabitur idem*<sup>[10]</sup>.

### 3

#### DE LA UNIDAD EN RELIGION

(1612)

Siendo la religión el principal lazo de la sociedad humana, resulta muy feliz cuando está acomodada dentro del verdadero lazo de la unidad. Las querellas y divisiones sobre religión fueron males desconocidos de los gentiles. La causa se debe a que la religión de los gentiles consistía más en ritos y ceremonias que en ninguna creencia constante; pues se puede imaginar qué clase de fe sería la suya cuando los principales doctores y padres de su iglesia eran los poetas. Pero el verdadero Dios tiene este atributo: que es un Dios celoso; y, por tanto, su culto y religión no soporta mixtura ni compañero. Por lo cual, diremos algunas palabras concernientes a la unidad de la Iglesia; cuál es son sus frutos; cuáles los límites; y cuáles los medios.

Los frutos de la unidad (junto al agrado de Dios que lo es todo) son dos: el uno para aquellos que están fuera de la Iglesia, el otro para los que están en ella. Para los primeros, es cierto que las herejías y los cismas son, de todos los demás, los mayores escándalos, desde luego, más que la corrupción de costumbres; porque, así como en el cuerpo viviente, una herida o solución de continuidad es peor que un humor corrupto, lo mismo ocurre en el espiritual; de tal modo que nada mantiene más a los hombres fuera de la Iglesia, o les conduce afuera de ella que la rotura de la unidad; y en consecuencia, siempre que llegue la ocasión en que uno diga: Ecce in deserto<sup>[1]</sup> y otro diga: Ecce in penetralibus<sup>[2]</sup>; que es, cuando algunos hombres buscan a Cristo en los conventículos de los heréticos y otros fuera de la Iglesia, esas voces sonarán continuamente en el oído de los hombres: *Nolite exire*, no *salgáis*. El doctor de los gentiles (cuya adecuada vocación le indujo a tener un cuidado especial con esos de fuera) dijo: "...si toda la Iglesia se juntare en uno, y todos hablan lenguas, y entran indoctos o infieles, ¿no dirán que estáis locos?" y, en verdad, es poco mejor: cuando los ateos y profanos oyen tantas opiniones

religiosas tan discordantes y contrarias, eso les aparta de la Iglesia y hace que “se sienten en silla de los escarnecedores<sup>[3]</sup>”. No es más que cosa leve atestiguar en materia tan grave, pero expresa bien su deformidad. Hay un maestro de la burla que en el catálogo de libros de una biblioteca imaginaria, pone este título de libro: *La danza morisca de los heréticos*, porque, la verdad, cada secta de éstos tiene una posición distinta o bajeza propia que no mueve sino a risa en los políticos depravados y mundanos que son aptos para despreciar las cosas santas.

En cuanto al fruto para aquellos que están dentro, es la paz, que contiene infinitas bendiciones; establece la fe; excita la caridad; la paz exterior de la iglesia destila en la paz de la conciencia, y cambia los escritos y las lecturas de controversias en tratados de mortificación y devoción.

Respecto a los límites de la unidad, su verdadera situación importa extraordinariamente. Parece que hay dos extremos; para ciertos fanáticos toda palabra de pacificación es odiosa. ¿Hay paz? Y Jehú le dijo: ¿Qué tienes tú que ver con la paz? Vuélvete tras de mí<sup>[4]</sup>. La paz no es la cuestión, pero la sigue y es parte de ella. Contrariamente, algunos laodiceanos y tibios creen que pueden acomodar los puntos religiosos por procedimientos intermedios tomando parte de ambos y con ingeniosas reconciliaciones, como si pudiesen elegir entre Dios y el hombre. Tienen que evitarse estos dos extremos; lo que se hará si la unión de cristianos, ordenada por nuestro propio Salvador, se viera en las condiciones contrarias antes expuestas razonable y claramente: El que no está conmigo, está contra mí; y nuevamente: el que no está contra nosotros, está con nosotros<sup>[5]</sup>; es decir, si los puntos fundamentales y sustanciales en religión fueran sinceramente discernidos y distinguidos de los puntos no meramente de fe, sino de opinión, mandato o buena intención. Esto es una cosa que muchos pueden considerar una materia trivial y ya conseguida, pero si estuviera conseguida al menos parcialmente, sería aceptada más generalmente.

Sobre eso sólo puedo dar este consejo de acuerdo con mi modesto ejemplo. Los hombres deben huir de dividir la Iglesia de Dios con dos clases de controversias; una es cuando la materia del punto controvertido es demasiado pequeña y ligera, no merecedora de aclaramiento y discusiones sobre él encendida sólo por la contradicción; porque, según indica uno de los Padres, *la túnica de Cristo, en verdad que no tenía costura, pero el ropaje de la Iglesia era de diversos colores*; después de lo cual dijo: *In veste varietas sit*,

*scissura non sit*<sup>[6]</sup>, son dos cosas, unidad y uniformidad; la otra es cuando la materia del punto controvertido es grande, pero se llega a una sutilidad y oscuridad supergrande, de tal modo que se convierte en algo más ingenioso que esencial. El hombre que sea de juicio y entendimiento oirá algunas veces discutir a los ignorantes y comprenderá para sus adentros que esos que discuten así significan una cosa y, sin embargo, nunca estarían de acuerdo entre ellos mismos; y si acontece llegar a ese distanciamiento de juicio que hay entre un hombre y otro, ¿no pensaremos que Dios está sobre todos, que conoce los corazones, que no discierne que los hombres frágiles, en algunas de sus contradicciones, pretenden la misma cosa y acepta a ambos? La naturaleza de tales controversias está excelentemente expresada por San Pablo en la admonición y precepto que dio respecto a eso: *Devita profanas vocum novitates, et oppositiones falsi nominis scientiae*<sup>[7]</sup>. Los hombres crean oposiciones que no lo son, y las ponen en nuevos términos tan fijos, por cuanto el significado tiene que regir al término, como el término efectivamente rige al significado. Hay también dos paces o unidades falsas; la una es cuando la paz no se basa sino en una ignorancia embrollada; pues todos los colores concuerdan en la oscuridad; la otra es cuando se agrega a una admisión directa de contrarios en puntos fundamentales; pues la verdad y la falsedad en tales cosas son como el hierro y el barro en los pies de la estatua de Nabucodonosor: pueden separarse pero no podrán unirse.

Respecto a los medios de conseguir la unidad, los hombres deben percatarse de que, en la consecución o fortalecimiento de la unidad religiosa, no deshacen o desfiguran las leyes de la caridad y de la sociedad humana. Hay dos espadas entre los cristianos, la espiritual y la temporal, y las dos tienen su debido oficio y lugar en el mantenimiento de la religión; pero no deberíamos tomar la tercera espada, que es la de los mahometanos, o desearla; es decir, propagar la religión mediante guerras o, con persecuciones sanguinarias, forzar las conciencias; a excepción de los casos de escándalo manifiesto, blasfemia o entrometimiento activo contra el Estado; mucho menos alimentar sediciones, autorizar conspiraciones y rebeliones, poner la espada en manos de la gente y cosas análogas que tiendan a la subversión de todo gobierno que es la ordenanza de Dios; porque eso es lanzar la primera norma contra la segunda y de ese modo considerar a los hombres como cristianos mientras olvidamos que son hombres. El poeta Lucrecio, cuando considera el acto de Agamenón, que pudo soportar el sacrificio de su propia hija, exclama:

*Tantum religio potuit suadere malorum*<sup>[8]</sup>. ¿Qué hubiera dicho si hubiese sabido de la matanza en Francia y la traición de la pólvora en Inglaterra<sup>[9]</sup>? Se habría sentido siete veces más epicúreo y ateo de lo que era; ya que la espada temporal debe ser desenvainada con gran precaución en los casos religiosos así es que resulta monstruoso ponerla en manos de la gente común; dejádsela a los anabaptistas y otras furias. Es gran blasfemia cuando el demonio dice: Subiré y seré semejante al Altísimo; pero es mayor blasfemia suplantar a Dios y hacerle decir: descenderé y seré semejante al príncipe de las tinieblas; y qué es mejor ¿hacer que la causa de la religión descienda a los actos crueles y execrables de asesinar, hacer matanzas de gente y subvertir estados y gobiernos? Seguramente eso es hacer descender al Espíritu Santo, en vez de en forma de paloma, en forma de buitre o de cuervo; o izar en el barco de una iglesia cristiana la bandera de un barco de piratas y asesinos; por tanto, es muy necesario que la Iglesia con doctrina y mandatos, los príncipes con su espada, y todos los aprendizajes, tanto cristianos como morales y con su caduceo de Mercurio, maldecir y enviar al infierno para la eternidad aquellos hechos y opiniones que tienden a apoyar eso mismo como se ha hecho ya en buena parte. Seguramente, en consejos concernientes a religión, debería anteponerse aquel consejo del apóstol: *Ira hominis non implet justiciam Dei*<sup>[10]</sup>; y fue una notable observación de un padre prudente, y no menos sinceramente confesada, que quienes propugnan persuasivamente la presión de conciencia, generalmente están interesados en aquello por fines particulares.



## 4

### DE LA VENGANZA

(1625)

La venganza es una especie de justicia salvaje que cuanto más crece en la naturaleza humana más debiera extirparla la ley; en cuanto al primer daño, no hace sino ofender a la ley, pero la venganza de ese daño coloca a la ley fuera de su función. En verdad que, al tomar venganza, un hombre se iguala con su enemigo, pero si la sobrepasa, es superior; pues es parte del príncipe perdonar; y estoy seguro que Salomón dice: *Es glorioso para un hombre excusar una ofensa*. Lo pasado se ha ido y es irrevocable; y los hombres prudentes tienen demasiadó que hacer con las cosas presentes y venideras; por tanto no harían más que burlarse de sí mismos ocupándose de asuntos pasados. No hay hombre que cometa el mal a cuenta del mal mismo, sino para obtener provecho propio, o placer, u honor o algo semejante; por tanto, ¿por qué me voy a encolerizar con un hombre que se ama a sí más que a mí? Y si algún hombre cometiera el mal meramente por maldad natural, no sería más que como el espinoso o la zarza que pinchan y arañan porque no pueden hacer otra cosa. La clase de venganza más tolerable es la debida a los males que no hay ley que los remedie; pero entonces, dejar que un hombre se ocupe de la venganza es como si no hubiera ley para castigar; además el enemigo de un hombre siempre se anticipa y ya son dos por uno. Algunos, cuando toman venganza, están deseosos de que la parte contraria sepa de quién procede. Ésta es la más generosa: pues el goce parece estar no tanto en cometer el daño como en hacer que la parte contraria se arrepienta; pero los cobardes bajos y taimados son como las flechas lanzadas en la oscuridad. Cosme, duque de Florencia, lanzó una desesperanzadora frase contra los amigos pérfidos y despreciables como si esbs males fuesen imperdonables: *Leeréis que se nos manda perdonar a nuestros enemigos; pero nunca leeréis que se nos mande perdonar a nuestros amigos*. Sin embargo, el espíritu de Job era aún más adecuado: *También recibimos el bien de Dios ¿y el mal no recibiremos?*<sup>[1]</sup>, y

en la misma proporción respecto a los amigos. Esto es cierto, que un hombre que proyecte vengarse, conserva abiertas sus propias heridas porque si no se cerrarían y curarían. Las venganzas públicas son afortunadas en su mayoría; como fue la muerte de César; la muerte de Pertinax; la muerte de Enrique III de Francia; y muchas otras. Pero no sucede así con las venganzas privadas; no, más bien las personas vengativas llevan la vida de las brujas, quienes, como son malignas, terminan desgraciadamente.

## DE LA ADVERSIDAD

(1625)

Fue un profundo dicho de Séneca (al modo de los estoicos) que *las cosas buenas que pertenecen a la prosperidad deben ser deseadas, pero las cosas buenas que pertenecen a la adversidad deben ser admiradas* (*Bona rerum secundarum optabilia, adversarum mirabilia*). En verdad que si los milagros son el mandato sobre la naturaleza, aparecen más en la adversidad. Aun hay un dicho de él mismo más elevado que el otro (mucho más elevado para un pagano). *Es una verdadera grandeza tener la fragilidad del hombre y la seguridad de Dios* (*Vere magnum habere fragilitatem hominis securitatem Dei*). Esto se hubiera dicho mejor en poesía, donde se permite más trascendencia, y donde los poetas se hubieran ocupado más de ello; porque, en efecto, es la cosa figurada en esa extraña ficción de los antiguos poetas la que parece no carecer de misterio; ni dejar de tener cierta aproximación a la situación de un cristiano, *que Hércules, cuando fue a desencadenar a Prometeo* (en el cual se representa al género humano) *surcó la extensión del gran Océano en una vasija de barro o jarra*, describiendo vívidamente la resurrección cristiana, que surca la frágil barca de la carne entre las olas del mundo. Pero, hablando llanamente, la virtud de la prosperidad es la temperancia, la virtud de la adversidad es la fortaleza, que en la moral es la virtud más heroica. La prosperidad es la bendición del Antiguo Testamento, la adversidad es la bendición del Nuevo, que aporta la mayor bendición y la revelación más clara de la gracia de Dios. Pero aun en el Antiguo Testamento, si se escucha el arpa de David, se oirán tantos cánticos fúnebres como alegres cantos; y la pluma del Espíritu Santo ha trabajado más en describir las aflicciones de Job que las felicidades de Salomón. La prosperidad no carece de miedo y disgustos; y la adversidad no carece de consuelos y esperanzas. Vemos en las labores de aguja y bordados que es más agradable tener una labor vistosa sobre un fondo triste y solemne, que tener una labor apagada y

melancólica sobre un fondo brillante; júzguese, por tanto, del placer del corazón por el placer de los ojos. En verdad, es como los olores exquisitos, más fragantes cuando son incensados o exprimidos; porque la prosperidad descubre mejor el vicio, pero la adversidad descubre mejor la virtud.

## 6

### DE LA SIMULACIÓN Y LA DISIMULACIÓN

(1625)

La disimulación no es sino una clase de política o sabiduría; pues se requiere gran ingenio y gran corazón para saber cuándo decir la verdad y para hacerlo; por tanto, la clase de políticos más débiles es la de los que son grandes hipócritas. Tácito dijo: *Livia armonizó las artes de su marido y la disimulación de su hijo; atribuyendo las artes o política a Augusto y la disimulación a Tiberio*<sup>[1]</sup>; y también cuando Muciano alentó a Vespasiano a tomar las armas contra Vitelio, le dijo: *No nos levantemos contra el agudo juicio de Augusto ni la extremada precaución o reserva de Tiberio*<sup>[2]</sup>. Estas propiedades de arte o política y disimulación o reserva son realmente hábitos y facultades diversas que hay que distinguir; pues si un hombre tiene esa penetración de juicio que le permite discernir qué cosas deben manifestarse y cuáles han de tenerse secretas, y qué debe mostrarse a media luz y a quién y cuándo (las cuales son verdaderas artes de Estado, o artes de vida, como muy bien las llamó Tácito), para él un hábito de disimulación es un estorbo y una miseria. Pero si un hombre no puede obtener ese juicio, entonces, por lo general, no le queda más que ser reservado e hipócrita; pues donde un hombre no puede escoger o cambiar en casos particulares es bueno que tome el camino más seguro y variado en general, como el caminar con cuidado en el que no puede ver bien. Verdaderamente, los hombres más capaces de todos los tiempos han tenido todos sinceridad y franqueza de trato y fama de certidumbre y veracidad; pero entonces eran como caballos bien guiados, pues les indicaban cuándo había que parar o torcer; y en aquellos tiempos, cuando pensaban que el caso requería disimulación, si estaban acostumbrados a ella, sucedía que la primera opinión se extendía fuera de su tierra, su buena fe y claridad de trato les hacía casi invisibles.

Hay tres grados de ocultación y veladura del íntimo sentir del hombre: el primero es reserva, discreción y secreto, cuando un hombre no deja que le observen o se sepa quién es; el segundo, es disimulo en lo negativo, cuando un hombre manifiesta signos y argumentos de que él no es el que es; el tercero, simulación en lo afirmativo, cuando un hombre finge y pretende, con industriosisidad y expresamente, ser lo que no es.

El primero de esos grados, el secreto, es la virtud del confesor; y en verdad que el hombre discreto oye muchas confesiones; pero, ¿quién se sincerará con un charlatán? Mas si a un hombre se le considera discreto, invita a la sinceridad, como el aire más cerrado absorbe al más abierto; y como en la confesión, lo que se revela no es para que lo sepa todo el mundo, sino para alivio del corazón humano, así es cómo los hombres discretos llegan a saber muchas cosas de esa clase; pues los hombres más descargan su pensamiento que compartirlo. En pocas palabras, los misterios se deben al secreto. Además (a decir verdad), la desnudez es desagradable, tanto del pensamiento como del cuerpo; y no agrega ni la menor reverencia a actitudes y acciones humanas si en total no son sinceras. En cuanto a las personas habladoras y ligeras, son además vanas y crédulas; porque el que habla de lo que sabe, también hablará de lo que no sabe; por tanto, anotemos que el secreto es tanto político como moral. Y en esto es bueno que el rostro de la persona deje que hable la lengua; porque el descubrimiento de la intimidad personal por los rasgos de la cara es una gran debilidad y traición, pues ¡con cuánta frecuencia se notan y se les da más crédito que a las palabras!

Respecto al segundo, que es el disimulo, muchas veces sigue por necesidad al secreto; de tal modo que quien sea discreto tendrá que ser hipócrita en cierto grado; porque los hombres son demasiado curiosos para soportar que alguien mantenga una actitud indiferente entre ambos y sea discreto sin inclinar la balanza a uno u otro lado. Le asediarán a preguntas, buscarán la ocasión, le sonsacarán, con lo cual, sin un silencio absurdo, tendrá que mostrarse inclinado en una dirección; si no lo hace, aprovecharán tanto de su silencio como de sus palabras. En cuanto a las palabras equívocas o sibilinas, no pueden sustentarse durante mucho tiempo; por tanto, nadie puede guardar el secreto, excepto si recurre al disimulo, que no es más que el faldón o cola del secreto.

Pero el tercer grado, que es la simulación y falsa profesión, lo considero más culpable y menos político, salvo que sea en cuestiones importantes y raras; y,

por tanto, la costumbre general de simulación (que es ese último grado) es un vicio procedente ya de la falsedad natural, ya del miedo o de una mente que tiene algunos defectos importantes; debido a que el hombre necesita disfrazarse, esto le hace practicar la simulación en otras cosas por temor a perder la costumbre.

Las ventajas de la simulación y el disimulo son tres: primera, adormecer la oposición y sorprender; porque donde las intenciones de un hombre se publican, hay una alarma para concitar a todos los que estén en su contra. La segunda es reservar un buen retiro para la intimidad; porque si un hombre se compromete con una declaración manifiesta, tendrá que completarla o admitir el fracaso. La tercera es descubrir mejor el pensamiento de los demás, pues para aquel que se sincera, difícilmente se le mostrarán adversos los demás, pero déjesele que continúe y cambie su libertad de palabra en libertad de pensamiento; de ahí la buena agudeza del refrán español, “Sacar de la mentira verdad”; como si no hubiera forma de descubrir sino con la simulación. También hay tres desventajas que exponer: primera, que la simulación y el disimulo generalmente llevan consigo una muestra de miedo que, en cualquier asunto, estropea la libertad de movimientos. La segunda es que confunde y perturba el ingenio de muchos que, por otra parte, quizá cooperaran con él, y hace que el hombre camine solo hacia sus propios fines. La tercera y mayor es que priva a la persona de uno de sus principales instrumentos de acción como es la confianza y la credulidad. La mejor compostura y temperamento es tener franqueza en la fama y la opinión, discreción habitual, disimulo oportuno, y capacidad de fingir si no hay otro remedio

## DE LOS PADRES Y LOS HIJOS

(1612)

Las alegrías de los padres son secretas y así lo son sus penas y temores; no pueden manifestar las unas ni manifestarán las otras. Los hijos endulzan los trabajos, pero hacen más amargos los infortunios; acrecientan los cuidados de la vida pero mitigan el recuerdo de la muerte. El perpetuarse por la generación es también común a las bestias; pero la memoria, el mérito y las obras nobles son propias de los humanos; y seguramente se comprobará que las obras y creaciones más nobles proceden de hombres sin hijos que han procurado expresar las imaginaciones de su mente en aquello en que su cuerpo ha fallado; por eso el cuidado por la posteridad es mayor en aquellos que no la tienen. Quienes son los primeros creadores de sus casas son más indulgentes con sus hijos, teniéndolos como continuadores no sólo de su estirpe sino de su obra; y así son a la vez sus hijos y su creación. La diferencia en afecto de los padres hacia sus diversos hijos es muchas veces desigual y algunas otras inmerecida, especialmente en la madre; como dijo Salomón: *El hijo sabio alegra al padre; y el hijo necio es tristeza de su madre*. Se podrá ver que donde hay una casa llena de niños, uno o dos de los mayores son respetuosos y el más pequeño es travieso; pero a los medianos se les olvida y, sin embargo, muchas veces, demuestran ser los mejores. La tacañería de los padres con respecto a sus hijos es un error dañoso; les hace ruines, les obliga a recurrir a arterías, que busquen malas compañías y que quieran más cuando ya tienen mucho; y, por tanto, es mejor método cuando los padres conservan la autoridad sobre sus hijos, pero no la bolsa. Los hombres (tanto los padres como los maestros y criados) tienen una forma tonta de crear y fomentar una emulación entre los hermanos durante la niñez, que muchas veces se torna en discordia cuando se hacen hombres y altera las familias. Los italianos hacen pocos distinguos entre los hijos, sobrinos y parientes cercanos; así forman un conjunto, sin preocuparse de más, aunque no pertenezcan propiamente a la



familia; y, a decir verdad, en la naturaleza sucede de modo análogo; por eso vemos que algunas veces un sobrino se parece más al tío o a un pariente que a sus propios padres, como ocurre en la herencia de la sangre. Dejemos que los padres elijan a tiempo la profesión y los medios que sus hijos han de seguir, porque entonces serán más flexibles; y no les dejemos dedicarse demasiado a disponer de sus hijos creyendo que aceptarán mejor lo que han pensado más. Cierto es que si el afecto o inclinación de los hijos es extraordinario, entonces conviene no interferirlo; pero, en general, el precepto resulta bueno. *Optimum elige, suave et facile illud faciet consuetudo*<sup>[1]</sup>. Los hermanos más jóvenes generalmente son afortunados, pero rara vez donde el mayor es desheredado.

## DEL MATRIMONIO Y LA SOLTERÍA

(1612)

El que tiene esposa e hijos ha dado rehenes a la fortuna; pues son impedimentos para las grandes empresas, tanto virtuosas como malignas. Cierto es que las mejores obras y los mayores méritos para el público han procedido de los hombres solteros o sin hijos, los cuales, tanto en afecto como en medios de acción se han casado con el público. Sin embargo, hay razones poderosas para que quienes tienen hijos se hayan cuidado más del porvenir, al cual saben que han de transmitir sus prendas más queridas. Algunos hay que aunque hacen vida de soltería, sin embargo, sus pensamientos terminan en ellos mismos y consideran el porvenir como una nimiedad; también hay otros que tienen en cuenta la esposa y los hijos pero como facturas que pagar; aún más, hay algunos hombres insensatos, ricos, codiciosos que tienen a orgullo no tener hijos porque así les creerán más ricos; pues quizá han oído decir algo así: *Ése es un hombre muy rico; y otro le ataja, sí, pero tiene una gran carga de hijos*; como si eso fuese disminución de sus riquezas. Pero la causa más corriente de la soltería es la libertad, especialmente para ciertas mentalidades placenteras y singulares que son tan sensibles a todas las restricciones, que estarán muy próximas a creer que el cinturón y las ligas se les convertirán en ataduras y grilletes. Los solteros son los mejores amigos, los mejores amos, los mejores sirvientes; pero no siempre los mejores súbditos, porque son propicios a escaparse y casi todos los fugitivos tienen ese estado. La soltería es adecuada para los eclesiásticos porque la caridad difícilmente regará el suelo cuando tiene que llenar primero un estanque. Es indiferente para los jueces y magistrados, pues si son asequibles y corruptibles tendremos más fácilmente un criado cinco veces peor que una esposa. En cuanto a los soldados encuentro que los generales, por lo común, en sus arengas evocan en sus hombres el recuerdo de la esposa y los hijos; y creo que el desprecio de los turcos hacia el matrimonio hace que el soldado raso sea más ruin. En

verdad que la esposa y los hijos son una especie de disciplina de la humanidad; y los solteros, aunque muchas veces sean más caritativos, ya que sus medios económicos están menos exhaustos, sin embargo, son por otra parte, más crueles y duros de corazón (buenos para ser inquisidores severos) porque su ternura no se siente excitada con tanta frecuencia. Los caracteres serios, llevados por la costumbre, y por lo tanto constantemente, son por lo general amantes esposos, como se dijo de Ulises: *Vetulam suam praetulit immortalitati*<sup>[1]</sup>. Las mujeres castas con frecuencia son orgullosas e indómitas, prevaleciendo del mérito de su castidad. Es uno de los mejores lazos en la esposa, tanto el de la castidad como el de la obediencia, si ella cree que su esposo es prudente, lo cual nunca hará si le juzga celoso. Las esposas son amantes para los jóvenes, compañeras para los maduros y enfermeras para los ancianos, así es que un hombre puede tener pretexto para casarse cuando quiera; sin embargo, se reputó como a uno de los hombres más sensatos al que contestó a la pregunta de cuándo debería casarse el hombre: *Todavía no cuando es joven, en modo alguno cuando es viejo*. Se ve con frecuencia que los malos esposos tienen esposas muy buenas; ya sea porque eso eleva el precio de la amabilidad del marido cuando eso ocurre o que las esposas se enorgullecen de su paciencia; pero eso nunca falla, si los malos esposos fuesen de su propia elección, en contra de la opinión de sus amigos, porque entonces estarían bien seguras de hacer buena su propia tontería.

## DE LA ENVIDIA

(1625)

No hay ningún sentimiento que se haya observado que fascine o hechice, a no ser el amor y la envidia. Ambos tienen poderes vehementes; se transforman fácilmente en fantasías y sugerencias y se presentan con facilidad ante los ojos, especialmente, ante la presencia de los objetos causantes de la fascinación, si es que hay alguno. Así, vemos que las Escrituras llaman a la envidia ojo maligno; y los astrólogos llaman a la mala influencia de las estrellas, malos aspectos; así es que en el acto de la envidia, parece haber conocimiento, una emanación o irradiación del ojo. Además, algunos han sido tan observadores que han notado que en momento en que la mirada de un ojo envidioso produce más daño es cuando la parte envidiada está en su momento de gloria o triunfo, porque eso agudiza la envidia; al mismo tiempo, en tales momentos, el espíritu de la persona envidiada saldrá más al exterior, y así tropezará con la desagradable mirada.

Pero dejando esos detalles (aunque merecen que se piense en ellos a su debido tiempo), nos ocuparemos de qué personas están más sujetas a ser envidiadas; y cuál es la diferencia entre envidia pública y privada.

Un hombre que no tiene virtudes jamás envidia la virtud de otros; porque la mente de los hombres se nutrirá ya de su propio bien, ya del mal ajeno; y el que desea lo uno, perseguirá lo otro; y quien carece de esperanza para alcanzar la virtud de otro, tratará de apoderarse de la fortuna del otro.

El hombre que es afanoso y curioso, por lo general, es envidioso; pues saber mucho sobre los asuntos de los demás no puede ser sino a causa de que toda esa preocupación pueda concernir a sus propios bienes; por tanto, tiene que ser que encuentre cierto placer en fijarse en las fortunas de otros; ni el que se afana en sus propios asuntos tiene mucho que envidiar; pues la envidia es una

pasión ociosa que pasea por las calles y no le gusta estar en casa: *Non est curiosus quim idem sit malevolus*<sup>[1]</sup>.

Los hombres de noble cuna se caracterizan por ser envidiosos de los hombres que se encumbran, porque se altera la distancia que los separa; y es como un engaño a los ojos porque cuando otros vienen, piensan que ellos retroceden.

Las personas deformadas y los eunucos, los viejos y los bastardos son envidiosos; porque el que no puede enmendar su propio caso, hará lo que pueda por estropear el de los otros; salvo que esos defectos se produzcan en naturalezas muy bravas y valientes que piensen hacer de sus carencias naturales parte integrante de su honra: en ese caso, debería decirse: *ese eunuco, o ese cojo, hizo tales cosas grandes*, dando a entender la honra de un milagro: como sucedió con Narsés el eunuco, y Agesilao y Tamerlán que eran cojos.

El mismo caso es el de los hombres que se levantan después de calamidades y desgracias; pues son como hombres reñidos con su tiempo que consideran el daño de otros como una redención de sus propios sufrimientos.

Los que desean sobresalir en muchos asuntos, aparte de la frivolidad y la vanagloria, son siempre envidiosos porque no pueden desear trabajo; ya que es imposible que en cada uno de los asuntos puedan sobrepasar a los otros; ése era el carácter del emperador Adriano, que envidiaba mortalmente a los poetas y pintores y a los diestros en el trabajo, respecto al cual sentía afán de sobresalir.

Finalmente, los parientes y los compañeros de oficio y aquellos que se han criado juntos, son más apropiados para envidiar a sus iguales cuando éstos se elevan; porque esto les vitupera su propia suerte, les señala y les acude con frecuencia a la memoria y del mismo modo hace que los otros se fijan en él; y la envidia siempre se redobra con la charla y la fama. La envidia de Caín hacia su hermano Abel fue la más vil y maligna, porque cuando su sacrificio era mejor aceptado no había nadie que lo viera. Así sucede con muchos que son propicios a la envidia.

Respecto a los que están más o menos sujetos a la envidia, primeramente, las personas de virtuosidad eminente, cuando lo son en grado avanzado, son menos envidiosas porque su fortuna parece debida a ellos; y nadie envidia el pago de una deuda sino más bien las recompensas y libertades. Además, la

envidia siempre va unida a la comparación que el hombre hace consigo mismo, y donde no hay comparación, no hay envidia; por tanto, los reyes no son envidiados sino por reyes. No obstante, debe tenerse en cuenta que las personas sin mérito son más envidiadas en su primera aparición y después sobrepasan mejor la envidia; por lo que, contrariamente, las personas de valía y mérito son más envidiadas cuando su buena suerte se prolonga; pues para entonces, aunque su virtuosidad sea la misma, ya no tiene el mismo lustre; pues los recién venidos la acrecientan más que empañarla.

Las personas de sangre no le son menos envidiadas en su encumbramiento, pues parece que es un derecho correspondiente a su cuna; además, no parece agregar demasiado a su suerte; y la envidia es como los rayos del sol que calientan más en las elevaciones o cumbres que en el llano; y, por la misma razón, los que avanzan gradualmente son menos envidiados que quienes avanzan súbitamente y *per saltum*.

Los que juntan a sus honores grandes cuidados laboriosos, o peligros, están menos sujetos a la envidia, pues los hombres consideran que se ganan sus honores con fatiga y algunas veces se apiadan de ellos, y la piedad siempre cura a la envidia. Por lo cual, se observará que cuanto más profunda y cauta sea la clase de políticos en su grandeza, más se quejarán siempre de la vida que llevan, entonando el *quanta patimur*<sup>[2]</sup>; no es que lo sientan así, sino sólo para embotar el filo de la envidia; pero esto debe entenderse en negocios que pesan sobre los hombres, no los que ellos se buscan; pues nada acrecienta más la envidia que el aumento innecesario y ambicioso de los negocios; y nada extingue más la envidia hacia una persona importante que mantener a todos sus empleados inferiores en los plenos derechos y preeminencias de sus cargos; porque, por este medio, habrá muchas pantallas entre él y la envidia.

Sobre todo, están más sujetos a la envidia los que llevan la grandeza de su suerte en forma insolente y orgullosa; no encontrándose a gusto sino cuando ostentan cuán grandes son, ya con pompa externa o triunfando sobre toda oposición o competición. Por lo contrario, los hombres prudentes no se sacrificarán a la envidia sufriendo, a veces de propósito, impedimentos y sobrecargas en cosas que no les atañen mucho. No obstante, es muy cierto que el llevar la grandeza en forma declarada (aunque sin arrogancia ni vanagloria), provoca menos envidia que si se lleva de modo más hábil y artera; pues de esa forma el hombre no hace más que denegar la suerte, y

parecer que se da cuenta de su propio deseo de valía, y enseñar a otros a que le envidien.

Por último, para terminar esta parte, como hemos dicho al principio que el acto de envidiar tiene en sí algo de hechicería, no tiene más curación que la que tiene la hechicería; y no es quitarse de encima la carga (como se dice) y echarla sobre otro; por esa razón las personas eminentes de mayor prudencia siempre colocan en primer término a alguien sobre quien desvían la envidia que caería sobre ellas; algunas veces sobre ministros o sirvientes, otras, sobre colegas y socios o algo semejante; y para esa desviación nunca faltan algunas personas de naturaleza valiente y emprendedora que, con tal de tener poderío y negocios, lo aceptarán a toda costa.

Pasemos ahora a hablar de la envidia pública: hay algo de bueno en la envidia pública que, contrariamente, no hay en la privada; porque la envidia pública es como un ostracismo que eclipsa a los hombres cuando se engrandecen demasiado; y, por tanto, es también un freno para los grandes que les mantiene dentro de los límites.

Esta envidia, llamada en latín *invidia*, circula en las lenguas modernas como el nombre del descontento, del cual hablaremos al ocuparnos de la sedición. Es una enfermedad en un Estado análoga a una infección; pues una infección se extiende sobre el que está sano y lo infecta, asimismo cuando la envidia entra una vez en un Estado, difama incluso sus mejores acciones, y las convierte en pestíferas; por tanto, se gana poco mezclando acciones plausibles porque eso no indica más que temor a la envidia, lo cual daña mucho más, como sucede en las infecciones que, si se las teme, es como llamarlas sobre uno.

Esta envidia pública parece recaer principalmente sobre funcionarios importantes y ministros, más que sobre reyes y naciones. Pero es una regla fija que si la envidia hacia los ministros es grande, la causa que la produce en ellos es pequeña; o que si la envidia es general hacia todos los ministros del Estado, entonces la envidia (aunque escondida) es verdaderamente hacia el propio Estado. Y gran parte de la envidia pública o descontento, y de la diferencia de ésta con la privada, es de lo que se trató en primer lugar.

Añadiremos que, en general, tocante al sentimiento de la envidia, dé todos los sentimientos es el más inoportuno y constante; pues otros sentimientos se dan

en ocasiones, por lo cual se dijo acertadamente: *Invidia festos dies non agii*<sup>[3]</sup>, pues siempre actúa sobre uno u otros. Y también es de notar que el amor y la envidia abaten al hombre, lo cual no hacen otros sentimientos porque no son tan constantes. Es también el más vil de los sentimientos y el más depravado; por esa causa es el atributo más apropiado del demonio, del cual se dice que *durmiendo los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo*; y siempre ocurre que la envidia opera sutilmente, en la sombra y en perjuicio de las cosas buenas como lo es el trigo.



## DEL AMOR

(1612)

El escenario debe más al amor que a la vida del hombre; pues para el escenario, el amor es siempre asunto de comedias y de vez en cuando de tragedias; pero en la vida hay mucha malicia, a veces como de sirena, a veces como de furia. Se puede observar que entre todas las personas grandes y valiosas (de las que queda memoria, tanto antiguas como recientes), no hay ninguna que haya sido transportada al estado de locura de amor, lo que demuestra que los grandes espíritus y los grandes negocios deben mantenerse fuera de las pasiones débiles. No obstante, se debe exceptuar a Marco Antonio, el copartícipe del imperio de Roma, y a Apio Claudio, decenviro y legislador; el primero de los cuales fue en verdad un hombre voluptuoso y desordenado, pero el último fue austero y prudente; por tanto, parece que el amor (aunque raramente) puede hallar entrada no sólo en un corazón abierto, sino también en un corazón bien fortificado, si no mantiene buena vigilancia. Vale poco el dicho de Epicuro de que *Satis magnum alter alteri theatrum sumus*<sup>[1]</sup>; como si el hombre, creado para la contemplación del cielo y de todos los objetos nobles, no tuviera que hacer otra cosa sino arrodillarse ante idolillos y someterse, aunque no por la boca (como están las bestias), mas por los ojos, que le fueron dados para fines más elevados. Resulta extraño observar el exceso de esa pasión y cómo ofende a la naturaleza y valor de las cosas, de ahí que el hablar en perpetua hipérbole es grato nada más que en el amor y no solamente lo es en las frases; mientras que se ha dicho acertadamente *que el adulator bromista, con quien se entienden todos los adultores despreciables, se adula a sí mismo*, en verdad, el amante es algo más, pues nunca hubo un hombre que pensara tan absurdamente bien de sí mismo; como hace el amante de la persona amada; por tanto, estuvo bien dicho lo de *que es imposible amar y ser juicioso*. Ni esta debilidad se presenta sólo a otros, ni a la parte amada, sino a la amada sobre todo, salvo que el

amor sea recíproco; pues es regla cierta que el amor siempre es recompensado, tanto recíprocamente o con un desdén íntimo y secreto; por cuanto la mayor parte de los hombres debería darse cuenta de esa pasión que pierde no sólo a otras cosas sino a sí misma. En cuanto a las otras pérdidas, las expresa bien el relato del poeta: *Que el que prefirió a Helena, renunció a los dones de Juno y Palas*, pues quienquiera que estime demasiado la afección amorosa, renunciará tanto a las riquezas como a la prudencia. Esa pasión tiene su afluencia en los verdaderos momentos de debilidad que son los de gran prosperidad y gran adversidad, aunque esta última ha sido menos observada; ambas encienden el amor y lo hacen más ferviente, y, por tanto, demuestran que es hijo de la insensatez. Harán mejor los que, no pudiendo rechazar el amor, le den cuartel y lo separen completamente de sus asuntos y actividades serias de la vida; porque si se interfiere una vez en los negocios, perturba la suerte de los hombres y hace que no puedan en modo alguno ser leales a sus propios fines. No sé por qué,, pero los hombres marciales están dados al amor; creo que es porque están dados al vino, pues los peligros, generalmente, reclaman ser recompensados con placeres. Hay en la naturaleza del hombre una secreta inclinación y tendencia hacia el amor a otros, las cuales si no se emplean en una o pocas personas, se extiende naturalmente hacia muchas y convierte a los hombres en humanitarios y caritativos, como se ve muchas veces en los frailes. El amor nupcial hace a la humanidad, el amor amistoso la perfecciona, pero el licencioso, la corrompe y envilece.

## DE LOS GRANDES PUESTOS

(1612)

Los hombres situados en grandes puestos son sirvientes triples: sirvientes del soberano o del Estado, sirvientes de la fama y sirvientes de los asuntos; de ese modo, no disponen libremente ni de su persona, ni de sus acciones, ni del tiempo. Es un extraño deseo buscar el poder y perder la libertad; o buscar poder sobre los demás y perderlo sobre sí mismo. Elevarse a los puestos es trabajoso y esos hombres llegan con penalidades a penalidades mayores; a veces son viles y, mediante indignidades, alcanzan las dignidades. Mantenerse en ellas es cosa escurridiza y retirarse resulta una caída, o al menos un eclipse, lo cual resulta un tanto melancólico: *Cum non sis qui fueris, non esse cur velis vivere*<sup>[1]</sup>. Aún más, los que se retiran no pueden hacerlo cuando, quieren ni podrán cuando sea razonable; pero están impacientes por el retiro aun en la vejez y en la enfermedad que requieren la sombra; como los viejos de las ciudades que seguirán sentados a la puerta de la calle, aunque con eso expongan al desprecio la vejez. En verdad que las personas importantes necesitan pedir prestada la opinión de otros hombres para creerse felices; pues si juzgan por sus propios sentimientos, no logran conseguirlo; pero si pensaran de sí mismos lo que otras personas piensan de ellos, y que los otros hombres tuvieran su alegre manera de ser, entonces serían felices como lo fueron porque se lo decían, cuando, quizá, encuentran en su interior que no es así; pues ellos son los primeros en encontrar sus propias penas aunque son los últimos en hallar sus faltas. La verdad es que los hombres de fortuna son extraños para sí mismos y mientras están en el embrollo de los asuntos no tienen tiempo de velar por su salud tanto corporal como mental. *Illi mors gravis incubat, qui notus nimis omnibus, ignotus moritur sibi*<sup>[2]</sup>.

En el puesto hay libertad para hacer el bien y el mal, de lo cual, lo último, es una maldición; pues en el mal, la mejor condición es no desearlo, la segunda no poder. Mas hacer el bien es la finalidad verdadera y legal de las aspiraciones; pues los buenos pensamientos, aunque Dios los acepte, son poco mejor en los hombres que los buenos sueños, salvo que los ponga en obra; y esto no puede ser sin tener posibilidad y ocasión como son la ventaja y dominio de la situación.

El mérito y las buenas obras son la finalidad de la actividad del hombre, y el tener conciencia de ello es alcanzar descanso; si un hombre puede compartir el teatro de Dios, del mismo modo podrá compartir el descanso de Dios. *Et conversus Deus, ut aspiceret opera, quae fecerunt manus suae, vidit quod omnia essent bona nimis*<sup>[3]</sup>; luego vino el sábado.

Al desempeñar tu puesto pon ante ti los mejores ejemplos; pues la imitación es como un globo lleno de preceptos, y después pon ante ti tu propio ejemplo; y examínate severamente para ver si no lo hiciste mejor al principio. Desdeña los ejemplos no sólo de los que se comportaron mal en ese mismo puesto; no para apartarlos reprochando su recuerdo sino para que ellos mismos te indiquen lo que se ha de evitar. Por tanto, haz reformas sin jactancia o escándalo de los tiempos y personas anteriores; pero impónelas, tanto para sentar buenos precedentes como para seguirlos. Reduce las cosas a su primitiva institución y observa dónde y cómo degeneraron; pero pide consejo a las dos épocas; la época antigua que es la mejor y la última época que es la más apropiada. Trata de dar regularidad a tu actuación, que los hombres puedan saber de antemano qué pueden esperar, pero no seas demasiado positivista y perentorio, y exprésate en buena forma cuando discrepes de tus normas. Preserva el derecho de tu puesto, pero no promuevas cuestiones de jurisdicción; y acepta, más bien en silencio, tus derechos como *de facto*, que voceándolo con reclamaciones y retos. Preserva asimismo los derechos de los puestos inferiores; y piensa que es más honroso dirigir lo principal que ocuparse de todo. Acepta y pide ayuda y consejos referentes al desempeño de tu puesto; y no te desvíes debido a ellos, como los metomentodo, sino aceptándolos sólo en buena parte. Los vicios de la autoridad son principalmente cuatro: tardanza, corrupción, rudeza y accesibilidad. Pues la tardanza facilita los contactos, no cumple los plazos señalados, concluye lo que se trae entre manos, y entremezcla no los asuntos, sino la necesidad. La corrupción, no sólo te ata las manos y las de tus sirvientes al aceptar, sino que ata también las manos de los solicitantes al ofrecer; porque la integridad al

uso hace lo uno, pero la integridad sincera y con manifiesta aversión al soborno, hace lo otro; y evita no sólo la falta, sino la sospecha. Todo el que sea variable y cambie ostensiblemente sin causa manifiesta, da sospechas de corrupción; por tanto, siempre que cambies tu opinión o tu actuación, hazlo sencillamente y decláralo junto con las razones que te han movido al cambio, y no lo hagas subrepticamente. Un sirviente o un favorito, si es íntimo sin ninguna otra causa aparente de estima, se piensa de él generalmente que es un escondido camino para la corrupción. Por lo cual, la corrupción es una causa innecesaria de descontento: la severidad alimenta al miedo; la rudeza al odio. Incluso los reproches procedentes de la autoridad deben ser serios, no insultantes. La accesibilidad es peor que el soborno, pues el soborno sólo se produce de tiempo en tiempo; si la importunidad o la falta de respeto guían a un hombre nunca carecerá de ellos; como dijo Salomón: *No es bueno respetar a las personas; pues tal hombre pecará por un pedazo de pan.*

Más verdad es lo que se dijo antiguamente: *El puesto nos muestra al hombre; y nos muestra algo de lo mejor y algo de lo peor. Omnium consensu capax imperti, nisi imperasset*<sup>[4]</sup>, dijo Tácito de Galba; pero Vespasiano dijo: *Solus imperantium, Vespasianus mutatus in melius*<sup>[5]</sup>, aunque en uno se refería a su capacidad y en otro a sus costumbres y aficiones.

Es señal segura de un espíritu digno y generoso, el enmendar el honor; porque el honor es, o debiera ser, asiento de la virtud; y como en la naturaleza las cosas se mueven violentamente hacia su sitio, y tranquilamente en su sitio, así la virtud es violenta en la ambición y aposentada y tranquila en la autoridad. Toda elevación hacia un punto importante es por una escalera de caracol; y si hay facciones, es conveniente apoyar al hombre mientras se eleva y contrapesarlo cuando haya alcanzado el puesto. Utiliza el recuerdo de los predecesores con justicia y tacto; porque si no lo haces, es deuda que tendrás que pagar cuando te hayas ido. Si tienes colegas, respétalos; y más bien llámalos cuando no lo pretendían que excluirlos cuando tienen razón para pretender que los llamen. No seas demasiado sensible ni tengas demasiado presente tu puesto durante las conversaciones y respuestas privadas con los peticionarios; es mejor que digan: *Cuando está en su puesto, es otro hombre.*

## DE LA OSADIA

(1625)

Es una pregunta trivial propia de la escuela pero que merece la consideración del hombre. Se le preguntó a Demóstenes que cuál era la principal cualidad del orador. Contestó: —Acción. —¿Y después? —Acción. —¿Y después? —Acción. Dijo que eso lo sabía bien y que no tenía por naturaleza ninguna ventaja en eso que recomendaba. Resulta extraño que esa cualidad de un orador que sólo es superficial y más bien propia de un actor, se coloque tan por encima de las otras nobles cualidades de invención, elocución, y otras; aún más, como si fuera la única. Pero la razón es sencilla. Generalmente hay en la naturaleza humana más necedad que sabiduría; y por tanto, esas facultades por las cuales está ocupada la parte necia de la mente humana son más potentes. Análogamente asombroso es el caso de la osadía en los asuntos del Estado. ¿Cuál es la primera? —Osadía. —¿Y la segunda y tercera? —Osadía. Y sin embargo la osadía es hija de la ignorancia y de la vileza, muy inferior a otras cualidades; no obstante, fascina, y ata de pies y manos a aquellos que son ligeros de juicio y de escaso coraje, que son la mayoría, pero que prevalecen sobre los hombres juiciosos en momentos de debilidad; por tanto vemos que ha hecho maravillas en los Estados populares, pero menos con senados y príncipes, y más siempre en la primera actuación de los osados que después; pues la osadía es mala guardadora de promesas. Seguramente que, así como hay charlatanes para la salud corporal, hay charlatanes para la política; los hombres que se comprometen a hacer grandes curaciones, y que quizá han tenido suerte en dos o tres ocasiones, necesitan, no obstante, el apoyo de la ciencia, y por tanto no pueden mantenerlas mucho tiempo; pero eso no quita para que veáis muchas veces a un osado hacer el milagro de Mahoma. Mahoma hizo creer a la gente que haría venir hacia él a una montaña, y desde la cima hacer sus rogativas por los creyentes de su ley. La gente se reunió; Mahoma llamó una y otra vez a la montaña para que viniera

hacia él; y cuando la montaña no se movió, él no se desconcertó ni lo más mínimo sino que dijo: *Si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma irá a la montaña*. Así esos hombres, cuando han prometido grandes cosas y fracasan de la forma más vergonzosa, aun cuando tengan la cualidad de la osadía, no le darán importancia y darán un viraje sin más ceremonias. En verdad, para los hombres de mucho juicio, los osados son una diversión digna de contemplarse; hasta para la gente vulgar, los osados tienen algo de ridículo; pues si el absurdo es el motivo de la risa, no dudes que la gran osadía no carece con frecuencia de absurdidad; especialmente resulta un espectáculo que merece verse cuando un osado no sabe contenerse, porque eso contrae su cara y la pone de palo, como debe ser; porque en la vileza, el espíritu va y viene un poco, pero en los osados, en ocasiones semejantes, permanece quieto; como hacer tablas en el ajedrez, donde no hay mate y la partida no puede emocionar; pero es más adecuada para una sátira que para observarla atentamente. También debe tenerse en cuenta que la osadía siempre es ciega, pues no ve peligros ni obstáculos; por tanto es mala consejera y buena ejecutora; así es que la adecuada utilización de los osados es que nunca manden como jefes, sino que estén subordinados a la dirección de otros; pues en el consejo es bueno ver los peligros y en la ejecución no verlos, salvo que sean muy grandes.

## DE LA BONDAD Y BONDAD DE LA NATURALEZA

(1612)

Tomo la bondad en este sentido, el que afecta al bienestar de los hombres, que es lo que los griegos llamaban *filantropía*; y la palabra humanidad tal como se usa, resulta demasiado leve para expresarla. Bondad llamo yo al hábito, y bondad de la naturaleza, a la inclinación. Siendo ésta, de todas las virtudes y dignidades del espíritu, la característica de la Deidad; y sin ella, el hombre resulta un ser atareado, despreciable y miserable no mejor que cualquier clase de gusano. La bondad responde a la virtud teologal de la caridad y no admite exceso, sino error. El deseo de poder excesivo produjo la caída de los ángeles; el deseo de saber excesivamente hizo caer al hombre; pero en la caridad no hay exceso ni puede el ángel o el hombre correr peligro por ella. La inclinación hacia la bondad está profundamente impresa en la naturaleza del hombre hasta tal punto que si no se orienta hacia los hombres, se dirigirá hacia otras criaturas vivientes; como se ve entre los turcos, pueblo cruel, que, sin embargo, son bondadosos con los animales, y dan alma a los perros y las aves; hasta tal extremo, como cuenta Busbechius, que un muchacho cristiano estuvo a punto de ser lapidado por atar el pico, en son de chacota, a una cigüeña. Ciertamente pueden cometerse errores en esta virtud de la bondad o caridad. Los italianos tienen un proverbio chocante: *Tanto buon che val niente*<sup>[1]</sup>; y una de las eminencias de Italia, Nicolás Maquiavelo, tuvo el atrevimiento de escribir, casi en términos vulgares, *que la fe cristiana había convertido a hombres buenos en presa de los tiránicos e injustos*, lo cual era, según decía, porque, en verdad, nunca había habido un derecho, una secta o un pensamiento que hubiera exaltado tanto la bondad como lo había hecho la religión cristiana; por lo cual para evitar tanto el escándalo como el peligro, es conveniente conocer los errores de tan excelente hábito. Buscad el bien de los demás hombres, pero no os esclavicéis a sus apariencias o ficciones; pues eso



no es más que facilidad o debilidad para apresar una mente honrada. Ni deis una gema al gallo de Esopo que se sentiría más feliz si le dierais un grano de cebada. El ejemplo de Dios enseña la verdadera lección: *Él os envía su lluvia y hace que su sol brille sobre justos e injustos*<sup>[2]</sup>; pero no hace llover riquezas ni brillar honores y virtudes por igual sobre los hombres; los beneficios comunes tienen que compartirse con todos, pero los beneficios especiales, con los elegidos. Y daos cuenta de cómo, al hacer el retrato, rompéis el modelo; pues la divinidad hace el modelo del amor a nosotros mismos, y el retrato, del amor a nuestro prójimo: *vende todo lo que tienes, y dáselo a los pobres y sígueme*<sup>[3]</sup>, pero no vendas todo lo que tienes salvo que vengas y me sigas; es decir, salvo que tengas vocación de que puedes hacer tanto bien con pocos medios como con muchos; pues si no, al alimentar el cauce, secas la fuente. Ni hay tampoco un hábito de bondad dirigido por la recta razón, sino que hay en algunos hombres incluso en la naturaleza, cierta disposición hacia ella; como, por otra parte, hay una malignidad natural, que hace no desear el bien de los demás. La especie de malignidad más leve se torna colérica por anticipación, o aptitud para oponerse, u obstinación, o cosa análoga; pero la especie más profunda, por envidia o simple desprecio. Tales personas, ante las calamidades de los demás, se encuentran a punto y siempre se hallan en la parte más abrumadora; no es tan buena como los perros de Lázaro que le lamían las llagas, sino como moscas que están siempre zumbando alrededor de todo lo que está ulcerado; los misántropos, que acaban llevando al hombre a colgarse de un árbol y, sin embargo, nunca tienen un árbol para tal fin en sus jardines, como lo tenía Timón. Tales cualidades son los verdaderos errores de la naturaleza humana, y, no obstante, son la madera más apropiada para hacer grandes políticos; como la madera curvada que sirve para los barcos que la requieren así, pero no para construir casas que se han de mantener derechas. Las partes y señales de la bondad son muchas. Si un hombre es generoso y cortés con los extranjeros, eso demuestra que es ciudadano del mundo y que su corazón no está aislado de otras tierras sino que forma con ellas un continente; si es comprensivo para las aflicciones de los demás, eso demuestra que su corazón es como el árbol noble que se hiende cuando da su bálsamo; si perdona y condona fácilmente las ofensas, eso demuestra que su mente está por encima de las injurias, de tal modo que no puede ser alcanzado por el disparo; si es agradecido a los pequeños beneficios, eso demuestra que sopesa el pensamiento de los hombres y no su basura; pero, sobre todo, si tiene la perfección de San Pablo, que hubiera querido el anatema de Cristo por la salvación de sus hermanos, eso demuestra

mucho de la naturaleza divina, y cierta clase de conformidad con Cristo mismo.

## DE LA NOBLEZA

(1612)

Hablaremos primero de la nobleza como parte de un Estado, luego como condición de las personas particulares. Una monarquía donde, en definitiva, no haya nobleza, será siempre una simple tiranía absoluta como la de los turcos; porque la nobleza atempera la soberanía, y aparta un tanto los ojos del pueblo de la estirpe real; pero las democracias no la necesitan; y generalmente son más tranquilas y están menos sujetas a sediciones que donde hay familias de nobleza; porque los ojos humanos están en los negocios y no en las personas; o si están en las personas, es en bien de los negocios, como lo más adecuado, y no de las banderas y las genealogías. Vemos que los suizos continúan bien, a pesar de la diversidad de religiones y de los cantones; porque lo que les une es la utilidad, no los honores. Las Provincias Unidas de los Países Bajos sobresalen en su gobierno, porque donde hay igualdad las deliberaciones son más ecuanímes y los pagos y tributos más agradables. Una nobleza grande y poderosa añade majestad a un monarca, pero disminuye su poder y pone vida y espíritu en el pueblo, pero oprime su fortuna. Bien está cuando los nobles no son demasiado grandes para la soberanía ni para la justicia; y sin embargo, mantenida en la altura en que la insolencia de los inferiores puede quebrarse ante ella antes de que se precipite sobre la majestad de los reyes. Una nobleza numerosa produce la pobreza e incomodidad en un Estado; porque es una sobrecarga de gastos; además, siendo necesario que gran parte de la nobleza caiga a veces en debilidad de fortuna, eso produce una especie de desproporción entre los honores y los medios de fortuna.

En cuanto a la nobleza como personas particulares, merece admiración contemplar un castillo o un edificio antiguo que no está en ruinas o contemplar un hermoso tronco de árbol sano y perfecto; ¡cuánto mejor parece una antigua familia noble que se ha mantenido contra los vaivenes y cambios

del tiempo! Porque la nobleza reciente no es más que la acción del poder, pero la nobleza antigua es la acción del tiempo. Aquellos que son primeramente elevados a la nobleza, por lo general son más virtuosos, pero menos inocentes que sus descendientes; porque es raro que haya ninguna elevación que no sea una mezcla de buenas y malas artes; pero es razonable que el recuerdo de sus virtudes pase a la posteridad y sus defectos mueran con ellos. La nobleza de nacimiento generalmente suprime la laboriosidad y el que no es laborioso envidia al que lo es; además, los nobles no pueden llegar muy alto; y el que permanece donde está mientras otros se elevan, difícilmente puede evitar el sentimiento de envidia. Por otra parte, la nobleza extingue la envidia pasiva de los otros hacia ellos porque están en posesión de los honores. Ciertamente es que los reyes que tienen hombres capaces entre su nobleza fácilmente encontrarán la forma de emplearlos y una forma mejor de deslizarse en sus asuntos; porque la gente se inclina naturalmente hacia ellos como nacidos en cierto modo para mandar.

## DE LAS SEDICIONES Y DISTURBIOS

(1625)

Los pastores de pueblos han necesitado saber el calendario de tempestades en el Estado, que generalmente son mayores cuando las cosas alcanzan la igualdad; como las tempestades naturales son mayores en los equinoccios y como hay ciertas ráfagas sordas de viento y ocultas mareas antes de la tempestad, así sucede en los Estados. *Ille etiam caecos instare tumultus/saepe monet, fraudumque et operta tumescere bella*<sup>[1]</sup>. Los libelos y discursos licenciosos contra el Estado, cuando son frecuentes y descarados, y análogamente las noticias falsas que a menudo circulan por doquier en perjuicio del Estado y son rápidamente aceptadas, están entre los signos de disturbios. Virgilio, al darnos la genealogía de la Fama, dice que era hermana de los gigantes: *Illam Terra parens, ira irritata deorum / extremam (ut perhibent) Coeo Enceladoque sororem / progenuit*<sup>[2]</sup>.

Como si la fama fuese las reliquias de las sediciones del pasado; pero no es menos el preludio de las sediciones venideras. Aunque hace notar que los tumultos sediciosos y la fama sediciosa difieren sólo como hermano y hermana, masculino y femenino; especialmente si se llega a que las mejores acciones del Estado y las más plausibles y las que deben producir mayor contento, se toman en mal sentido y detractoriamente; pues eso demuestra una gran envidia, como dice Tácito: *Conflata magna invidia, seu bene, seu male, gesta premunt*<sup>[3]</sup>. Ni tampoco se sigue, ya que esas famas son signos de disturbios, que suprimiéndolas con mucha severidad se hallará el remedio de los disturbios; pues a veces el menospreciarlos, los detiene mejor, y el tratar de contenerlos sólo sirve para darles una asombrosa larga vida. También esa clase de obediencia de la que habla Tácito, hay que tenerla por sospechosa: *Erant in officio, sed tamen qui mallent mandato imperantium interpretari, quam exequi*<sup>[4]</sup>; discutir, excusarse, recapacitar sobre los mandatos y

direcciones, es una forma de librarse del yugo y tentar la desobediencia; especialmente si en esas discusiones, los que están en pro de las direcciones hablan con temor y débilmente y los que están contra ellas, lo hacen con audacia.

También, como bien observó Maquiavelo, cuando los príncipes, que deben ser paternales con todos, toman partido y se inclinan a un lado, es como una barca que se hunde por llevar desnivelada la carga en uno de los lados, como bien se vio en tiempos de Enrique III de Francia; porque él entró primeramente en la liga para la exterminación de los protestantes, y luego la propia liga se volvió contra él; pues cuando la autoridad de los príncipes es un simple accesorio de una causa y hay otros bandos que presionan más fuerte que el bando de la soberanía, los reyes empiezan casi a perder su posesión.

También, cuando las discordias, querellas y facciones se producen abierta y audazmente, es síntoma de que se ha perdido el respeto a la soberanía; porque los movimientos de las personas más eminentes en un gobierno deben ser como los movimientos de los planetas bajo el *primum mobile*, según la antigua creencia, es decir, que todos ellos son llevados suavemente por el movimiento superior y suavemente en su propio movimiento; por tanto, cuando los grandes realizan violentamente sus movimientos particulares, y como bien dijo Tácito, *liberius quam ut imperantium meminissent*<sup>[5]</sup> es señal de que el orbe está fuera de quicio; pues la reverencia es con lo que Dios revistió a los príncipes, y amenazó con privarles de ella: *Solvam cingula regum*<sup>[6]</sup>.

Así es que cuando uno de los cuatro pilares del gobierno se estremece o debilita gravemente (los cuales son la religión, la justicia, el consejo y el tesoro) los hombres tienen que rogar pidiendo buen tiempo. Pero dejemos esta clase de predicciones (no obstante se encontrarán más aclaraciones referentes a ellas en lo que sigue más adelante) y hablemos primeramente de la materia de las sediciones; luego de sus motivos; y, en tercer lugar, de los remedios.

Concerniente a la materia de las sediciones, es una cosa que se debe tener muy en cuenta porque la forma más segura para prevenir las sediciones (si el tiempo da ocasión para ello) es suprimir su materia; porque si hay combustible preparado, es difícil decir cuándo saltará la chispa que lo inflame. La materia de las sediciones es de dos clases: mucha pobreza y mucho descontento. Es cierto que cuanto más arruinados están los Estados

más votos hay para los disturbios. Lucano observaba acertadamente la situación de Roma antes de la guerra civil: *Hinc usura uorax, rapidumque in tempore foenus, / hinc concussa fides, et multis utile bellum*. Esta misma *multis utile bellum*<sup>[7]</sup> (guerra provechosa para muchos) es un signo seguro e infalible de un Estado propincuo a sediciones y disturbios; y si esa pobreza y Estado en la ruina en el mejor de los casos se juntan con la escasez y necesidad en el pueblo bajo, el peligro es inminente y grande; porque las rebeliones del estómago son las peores; respecto al descontento, hay humores en el cuerpo político análogamente al cuerpo natural que sirven para acumular un calor preternatural e inflamarlo; y que ningún príncipe mida su peligro por eso, tanto si es justo o injusto; porque eso sería imaginar que el pueblo es demasiado razonable, ya que a veces desdeña su propio bien; ni tampoco por si las calamidades que con ello provocan son, de hecho, grandes o pequeñas, pues es en los descontentos más peligrosos donde el miedo es mayor que la pasión: *Dolendi modus, timendi non item*<sup>[8]</sup>. Además, en las grandes opresiones, las mismas cosas que suscitan la paciencia provocan a la vez la valentía; pero en el miedo no es así; ni tampoco esté seguro ningún príncipe o Estado con respecto al descontento, porque haya sido muy frecuente o haya sido muy largo y, aun así, no le siguiera el peligro; porque si es verdad que no todo vapor o gas se convertirá en tormenta, también es verdad que las tormentas, aunque se vienen provocando en diversos tiempos, al fin pueden estallar; y, como dice muy bien el refrán español, *la cuerda acaba rompiéndose por lo más delgado*.

Las causas y motivos de las sediciones son: innovaciones en religión, impuestos, alteración de las leyes y costumbres, supresión de los privilegios, opresión general, ascenso de personas que no lo merecen, extranjeros, escasez de alimentos, licenciamiento de tropas, bandos a la desesperada, y todo aquello que, al ofender a la gente, la une y anuda en una causa común.

En cuanto a los remedios, puede haber algunas prevenciones generales de las que hablaremos; en cuanto a la cura exacta, tiene que ser con arreglo a cada enfermedad determinada y, por tanto, dejada a lo que aconseje cada caso más que a una receta general.

El primer remedio o prevención es apartar, por todos los medios posibles, esa causa material de la sedición en dondequiera que surja, es decir, la necesidad y la pobreza en el Estado; para lo cual sirve la apertura y buen equilibrio del comercio; el cuidado de las manufacturas; la eliminación de la ociosidad; la

represión del despilfarro y los excesos por medio de leyes suntuarias; la mejora y cultivo adecuado del suelo; la regulación de los precios de venta; la moderación de impuestos o tributos y cosas semejantes. En general, debe preverse que la población de un reino (especialmente si no está esquilmado por las guerras) no exceda a las reservas del reino que han de mantenerla; ni tampoco debe contarse la población sólo por el número; pues un número reducido, que gasta más y gana menos, agotará antes a un Estado que otra de mayor número que vive más modestamente y gana más. Por tanto, la multiplicación de la nobleza y otras clases de calidad, en elevada desproporción con respecto al pueblo común, llevará rápidamente al Estado a la escasez; lo mismo sucede con un clero numeroso en exceso, pues no aportan nada a las reservas; y en igual forma cuando hay más universitarios que los que pueden ejercer su carrera.

Análogamente debe recordarse que, puesto que el crecimiento de cualquier Estado tiene que ser a costa del extranjero (y lo que se gana en cualquier parte, en cualquier parte se pierde), no hay más que tres cosas que una nación puede vender a otra: productos, tal como la naturaleza los cría; las manufacturas; y el desplazamiento o transporte; así es que si estas tres ruedas funcionan, la riqueza afluirá como en una pleamar. Y sucede muchas veces que *materiam superabit opus*<sup>[9]</sup>, que el trabajo y el transporte valen más que la mercancía y enriquecen más al Estado; y es curioso ver a los naturales de los Países Bajos que tienen las mejores minas sobre el suelo de todo el mundo<sup>[10]</sup>.

Ante todo, debe emplearse la buena política de que el tesoro y el dinero del Estado no vayan a parar a pocas manos; pues, de otro modo, un Estado puede tener una gran reserva y, no obstante, pasar hambre. Y el dinero es como el estiércol, que no vale nada si no es para diseminarlo. Esto se hace principalmente suprimiendo o, al menos, manteniendo mano firme sobre el comercio devorador de la usura, del monopolio, de los grandes gastos y otras cosas análogas.

Para suprimir el descontento, o por lo menos, su peligro, hay en todo Estado (como sabemos) dos categorías de súbditos: los nobles y el pueblo llano. Cuando una de éstas está descontenta, el peligro no es grande; pues el pueblo llano es lento de movimientos si no le excita la clase superior; y la clase superior tiene poca fuerza, salvo cuando la multitud está dispuesta y preparada a ponerse en movimiento; entonces hay peligro, cuando la clase



superior no hace más que esperar la marejada entre los pobres para pronunciarse. Los poetas imaginan que todos los dioses, por consejo de Palas, habrían obligado a Júpiter, sin él quererlo, a que llamara a Briareo para que viniera en su ayuda con su centenar de manos; un símbolo, indudablemente, para mostrar cuán conveniente es para los monarcas asegurarse de la buena voluntad del pueblo llano.

Dar una libertad moderada para que las penas y el descontento se evaporen (aunque esto sea sin demasiada insolencia o atrevimiento) es un camino seguro; porque quien hace retroceder los humores y hace que la herida sangre para adentro agrava las úlceras malignas y los abscesos perniciosos.

El papel de Epimeteo podría convenirle a Prometeo, en el caso del descontento, pues no hay mejor prevención contra él. Epimeteo, cuando las penas y los males se esparcieron por el mundo, cerró al fin la tapa y quedó la esperanza en el fondo de la caja. En verdad que el alimento y sostenimiento político y artificial de las esperanzas, y el llevar a los hombres de esperanza en esperanza es uno de los mejores antídotos contra el veneno del descontento; y es una señal segura de un gobierno y un proceder prudentes cuando se puede mantener el corazón de los hombres con esperanzas, ya que no se puede con satisfacciones; y cuando se puede manejar las cosas de tal modo que ningún mal aparezca tan perentorio que no deje un resquicio a la esperanza; lo cual es lo menos difícil de hacer porque tanto las personas particulares como las facciones están de sobra dispuestas a enorgullecerse o por lo menos a presumir que no lo creen.

También, la previsión y prevención de que no es verosímil haya una cabeza apropiada a la que puedan recurrir las personas descontentas y con la que puedan unirse, es una precaución excelente y bien sabida. Entiendo por cabeza apropiada una que tenga grandeza y reputación, que tenga la confianza del partido descontento y hacia la cual éste vuelva los ojos, y a la que se considere descontenta por motivos particulares: esa clase de personas deben ser tanto ganadas por el Estado y reconciliadas con él (y eso en forma rápida y sincera) como enfrentadas con algunas otras del mismo partido que se le puedan oponer y así dividir su reputación. Generalmente la división y rotura de todas las facciones y organizaciones que son adversas al Estado y su alejamiento o, al menos, que pierdan la confianza entre sí, no es uno de los peores remedios; pues resulta un caso desesperado que quienes se sostienen

con los procedimientos legales del Estado se vean llenos de discordias y facciones y quienes están contra él se mantengan incólumes y unidos.

He hecho notar que algunos discursos ingeniosos y agudos procedentes de príncipes han inflamado las sediciones. César se dañó infinitamente con aquel discurso *Sulla nescivit literas, non potuit dictare*<sup>[11]</sup>, porque con él cortó por completo aquella esperanza que los hombres habían mantenido de que él podría, en una ocasión u otra, dejar su dictadura. Galba hizo mal también con aquel discurso, *legi a se militem, non emi*<sup>[12]</sup>, pues quitó a sus soldados la esperanza del donativo. Probo, análogamente, con aquel discurso, *Si vixero, non opus erit amplius Romano imperio militibus*<sup>[13]</sup>, discurso de desesperanza para los soldados y para otros muchos. Seguramente que los príncipes necesitaban, en cuestiones delicadas y en momentos arriesgados, darse cuenta de lo que decían, especialmente en esos discursos cortos, que vuelan como dardos y se piensa que van más allá de sus secretas intenciones; en cuanto a los discursos largos, son más obtusos y se hace menos cuenta de ellos.

Finalmente, que los príncipes, contra todos los eventos, no carezcan de personas eminentes, junto a ellos, una o mejor varias, de valor militar para la represión de las sediciones en sus comienzos; pues sin eso, suele haber más conmoción en la corte en los primeros momentos de estallar los disturbios de lo que sería conveniente y el Estado corre el peligro de lo que decía Tácito: *Atque is habitus animorum fuit, ut pessimum facinus auderent pauci, plures vellent, omnes paterentur*<sup>[14]</sup>; pero que esas personas de valor militar sean firmes y de reputación bien conocida más que partidistas y populares; que tengan también buenas relaciones con los otros grandes hombres del Estado, pues si no, el remedio es peor que la enfermedad.

## DEL ATEISMO

(1612)

Más me creería todas las fábulas de la Leyenda Dorada y del Talmud y del Corán que no el que este sistema universal carece de mente pensadora; por tanto, Dios nunca realizó milagros para convencer al ateísmo, porque su obra cotidiana le convence. Ciertamente es que una pequeña filosofía inclina el pensamiento humano hacia el ateísmo, pero la filosofía profunda lo inclina hacia la religión; pues mientras la mente humana busca las esparcidas causas segundas, puede algunas veces descansar en ellas y no seguir adelante; pero cuando se da cuenta del encadenamiento de ellas, necesita remontarse a la Providencia y la Deidad. Aún más, hasta esa escuela que es la más acusada del ateísmo, es la que más demuestra la religión, es decir, la escuela de Leucipo, Demócrito y Epicuro; pues es mil veces más creíble que cuatro elementos mutables y una quintaesencia inmutable, puntual y eternamente situados, no necesitaran de Dios, que no el que ese ejército de infinitas porciones pequeñas, o semillas sin colocación, hubieran producido ese orden y belleza sin un ordenador divino. La Escritura dice: *Dijo el necio en su corazón: no hay Dios*, pero no se ha dicho: *Pensó el necio en su corazón*, pues más bien lo dice de memoria, como algo que ya supiera, que como algo que pudiera creer completamente o de lo que estuviera plenamente convencido; pues nadie niega que hay Dios sino aquellos a quienes les parece que no tenía que haberlo. No parece más sino que el ateísmo está más en los labios que en el corazón de los hombres, y esto porque los ateos siempre están hablando de su opinión como si no se sintieran seguros de ella y se alegraran de fortalecerla con el asentimiento de los demás; aún más, veréis ateos que se esfuerzan en conseguir discípulos, como ocurre con otras sectas; y, sobre todo, les veréis que sufrirán por el ateísmo y no se retractarán; siendo así que si ellos creyeran sinceramente que no hubiera tal cosa como Dios ¿por qué se iban a preocupar? Se acusa a Epicuro de haber fingido por temor de su crédito

cuando afirmaba que había naturalezas benditas, pero que gozaban de ello sin tener respeto al gobierno del mundo. En lo cual dicen que contemporizaba, aunque íntimamente pensara que no había Dios; la verdad es que se le ha difamado, pues sus palabras son nobles y divinas: *Non Deos vulgi negare profanum; sed vulgi opiniones Diis applicare profanum*<sup>[1]</sup>. Platón no pudo haber dicho más, y aunque él tuvo el atrevimiento de negar la administración no tuvo fuerza para negar la naturaleza. Los indios occidentales tienen nombres para sus dioses particulares aunque no tienen nombre para Dios; como si los paganos tuvieran los nombres de Júpiter, Apolo, Marte, etc., pero no tuvieran la palabra Dios, lo cual demuestra que esos pueblos bárbaros poseen la noción aunque desconocen el alcance y extensión de ella; de tal modo que contra los ateos hasta los verdaderos salvajes intervienen junto a los más sutiles filósofos. Los ateos contemplativos son escasos; quizá un Diagoras, un Bion, un Luciano, y algunos otros y aun así parecen haber sido más de los que son; pues todos aquellos que impugnan una religión aceptada o una superstición, quedan marcados por sus adversarios con el nombre de ateos. Pero, por supuesto, los grandes ateos son hipócritas que siempre andan manejando cosas santas, pero sin sentimiento, como si, en definitiva, tuvieran necesidad de ser cauterizados. Las causas del ateísmo son: división de religión, si son muchas; pues cada principal división agrega celo a ambas partes, pero muchas divisiones introducen el ateísmo. Otra es el escándalo de los sacerdotes cuando llega al extremo que dice San Bernardo: *Non est jam dicere, ut populus, sic sacerdos; quia nec sic populus, ut sacerdos*<sup>[2]</sup>. La tercera es la costumbre de hacer burlas profanas en materias sagradas, lo cual desfigura poco a poco el respeto a la religión; y por último, las épocas cultas, especialmente con paz y prosperidad; pues las preocupaciones y adversidades inclinan más los espíritus hacia la religión. Los que niegan a Dios destruyen la nobleza humana, pues en verdad, el hombre es análogo a las bestias por su cuerpo; y si no fuera análogo a Dios por su espíritu, sería una criatura baja e innoble. Análogamente destruyen la magnanimidad y elevación de la naturaleza humana; pues, tomando el ejemplo del perro, notad la generosidad y valentía que pondrá cuando se encuentre mantenido por un hombre quien, para él, es como un dios o *melior natura*<sup>[3]</sup>; esa valentía es claramente tal que esa criatura jamás la alcanzaría sin la confianza en una naturaleza mejor que la suya. Lo mismo el hombre, cuando descansa y se siente seguro bajo el favor y protección divinos, alcanza una fuerza y fe que la naturaleza humana en sí misma no podría obtener; por tanto, como el ateísmo es odioso en todos los aspectos, también en este de privar a la naturaleza humana de los medios

de elevarse sobre la fragilidad humana. Lo que sucede con las personas privadas, sucede con las naciones; jamás hubo tal estado de magnanimidad como en Roma. Oíd lo que Cicerón dijo de ese estado: *Quam volumus licet, Patres conscripti, nos amemus, tamen nec numero Hispanos, nec robore Gallos, nec calliditate Poenos, nec artibus Graecos, nec denique hoc ipso hujus gentis et terrae domestico nativoque sensu Italos ipsos et Latinos; sed pietate, ac religione, atque hac una sapientia, quod Deorum immortalium numine omnia regi, gubernarique perspeximus, omnes gentes, nationesque superavimus*<sup>[4]</sup>.

## DE LA SUPERSTICION

(1612)

Sería mejor no tener idea alguna de Dios que tenerla indigna de El; porque lo uno es descreimiento y lo otro contumelia y, en verdad, que la superstición es el reproche a la Divinidad. Plutarco dice acertadamente a este propósito: *Con toda certeza preferiría que mucha gente dijera que no había existido un hombre llamado Plutarco en vez de que dijeran que había un tal Plutarco que devoraría a sus hijos según fueran naciendo*, tal como los poetas dicen de Saturno; y cuanto mayor es la contumelia contra Dios, mayor es el peligro contra los hombres. El ateísmo permite al hombre la sensibilidad, la filosofía, la piedad natural, el derecho, la reputación, todo lo que puede conducir a una virtud moral extrema aunque no a la religión; pero la superstición destruye todo eso e instaura una monarquía absoluta en el espíritu de los hombres. Por tanto, el ateísmo nunca perturbará los Estados, pues hace que los hombres sean cautos, puesto que no piensan en el más allá, y vemos que los tiempos inclinados hacia el ateísmo (como en los de César Augusto) fueron tiempos de civilidad; pero la superstición ha sido la confusión de muchos Estados y dieron en un nuevo *primum mobile* que arrasó todas las esferas de gobierno. El dueño de la superstición es el pueblo, y en todas las supersticiones, las personas inteligentes siguen a las tontas; y los razonamientos sirven para aceptarlos al revés. Eso se dijo con mucha seriedad por algunos de los prelados del Concilio de Trento, donde la doctrina escolástica tuvo gran influencia, donde los escolásticos fueron como astrónomos trazando excéntricas y epiciclos y esferas armilares para explicar los fenómenos, aunque sabían que no había tales cosas; y, análogamente, los escolásticos forjaron un conjunto de axiomas y teoremas sutiles e intrincados para explicar la acción de la Iglesia. Las causas de la superstición son: ritos y ceremonias agradables y sensuales; exceso de santidad externa y farisaica; excesiva reverencia a las tradiciones que no puede soportar la Iglesia; las estrategias

de los prelados en pro de su ambición y su lucro; favorecer demasiado las buenas intenciones que abren las puertas a la vanidad y las novedades; tomar las materias divinas como finalidad humana, lo cual sólo puede alimentar la confusión del pensamiento; y, finalmente, las épocas de barbarie unidas a calamidades y desastres. La superstición, sin un velo, es algo deformado; pues si a un mono le añade deformidad ser parecido al hombre, del mismo modo la similitud de la superstición con la religión la hace más deforme; y así como toda carne putrefacta es buena para corromperse en gusanillos, así las buenas formas y órdenes se corrompen en observancias sin importancia. Hay una superstición al evitar la superstición, cuando los hombres creen que hacen mejor sobrepasando la superstición anteriormente aceptada; por tanto, se debe tener cuidado (como sucede con las purgas) que lo bueno no se vaya con lo malo, lo que generalmente ocurre cuando el reformador es el pueblo.

## DE LOS VIAJES

(1625)

Los viajes, en la época de juventud, son parte de la educación; en la vejez, parte de la experiencia. El que viaja por un país antes de poseer conocimientos de su idioma, es como si fuese a la escuela en vez de viajar. Esos jóvenes, según mi consejo, deben viajar con un tutor o sirviente serio que sepa el idioma y haya estado en el país anteriormente; de tal modo que pueda decirles qué cosas merecen ser visitadas en el país donde van, qué relaciones deben buscar y qué ejercicios y conocimientos proporciona el lugar; pues, si no, los jóvenes irían como con los ojos vendados y poco verían en el extranjero. Es extraño que en los viajes marítimos, donde no hay nada que ver sino cielo y mar, los hombres escriban diarios; pero en los viajes por tierra, donde hay tanto que observar, la mayoría no los escriben, como si la ocasión fuese más apropiada para vivirla que para observarla. Sin embargo, se siguen haciendo diarios. Las cosas que hay que observar son las cortes de los príncipes, especialmente cuando dan audiencia a los embajadores; los tribunales de justicia, cuando celebran vistas de causas; y lo mismo los sínodos eclesiásticos; las iglesias y monasterios con los monumentos conmemorativos que contengan; las murallas y fortificaciones de las ciudades y poblaciones; las abas y puertos, antigüedades y ruinas, bibliotecas, colegios y controversias y conferencias donde las haya; navegación y barcos; casas y jardines estatales y de placer, grandes ciudades próximas; armerías, arsenales, polvorines, agencias de cambio y bolsa, ejercicios de equitación, esgrima, instrucción de soldados y cosas análogas; comedias a las que asista el mejor público; colecciones de joyas e indumentaria; vitrinas y rarezas; y, para terminar, todo lo que sea memorable en el lugar al que se vaya, de todo lo cual tutores o sirvientes tienen que hacer la diligente averiguación. En cuanto a los regocijos públicos, carnavales, fiestas, bodas, funerales, ejecuciones capitales y espectáculos análogos, no es necesario llamar la atención sobre



ellos; sin embargo, no deben desdeñarse. Si se necesita que un joven haga un viaje corto y en poco tiempo recoger mucho, debe hacerse esto: primero, como ya dije, debe tener algún conocimiento de la lengua antes de partir; luego tener ese sirviente o tutor que conozca el país, como también se dijo; que lleve además algún mapa o libro que describa el país por donde viaja, lo cual será excelente ayuda para su aprendizaje; que también lleve un diario; que no esté demasiado en una ciudad o población sino, más o menos, lo que el lugar merezca, aunque nunca mucho; cuando esté en una capital o población permítasele cambiar de alojamiento de un extremo a otro de la población; eso es un gran atractivo de conocimientos personales; déjesele que se separe de la compañía de sus compatriotas y coma en los sitios donde haya buena compañía de la nación por la que se viaja; que cuando se traslade de un lugar a otro se procure recomendaciones para algunas personas calificadas residentes en el lugar al que se traslada, donde podrá utilizarlas en aquellas cosas que desee ver o conocer. Eso puede abreviar su viaje con mucho provecho. En cuanto a las relaciones que debe adquirir durante el viaje, la más provechosa de todas, es ser presentado a los secretarios y empleados de los embajadores, pues así, al viajar por un solo país, puede extraer la experiencia de muchos; que también vea y visite a personas eminentes en todas las esferas que sean de renombre en el extranjero, lo cual le servirá para decir si su vida está de acuerdo con la fama. Debe evitar con cuidado y discreción las disputas; generalmente se producen por amantes, salud, lugares y palabras; y que aprenda cómo estar en compañía de personas iracundas y pendencieras, pues esas personas le arrastrarían en sus disputas. Cuando el viajero regrese a su patria, que no olvide completamente los países por los que viajó sino que mantenga correspondencia epistolar con aquellas de las personas conocidas que más lo merezcan; que sus viajes aparezcan más en su conversación que en su atuendo y maneras; que en su conversación sea cauto en las respuestas y no propenso a contar anécdotas; y que se vea que no cambia sus costumbres patrias por las extranjeras sino que sólo ponga flores de las que ha conocido fuera entre las costumbres de su patria.

## DEL IMPERIO

(1612)

Es una desdichada situación mental tener pocas cosas que desear y muchas que temer; y, sin embargo, es el caso corriente de los reyes, quienes, aun estando en lo más alto, ansian cosas que exciten su deseo y hagan languidecer menos su espíritu; y tienen muchas visiones de peligros y sombras que oscurecen aún más su mente; esto se debe a una razón, además, de cuyo efecto hablan las Escrituras, *que el corazón de los reyes es inescrutable*<sup>[1]</sup>, pues multitud de celos y falta de cierto deseo predominante, que suele dominar y poner orden en los demás, fortifica el corazón de todo hombre para hallar lo que busca o vibrar. De ahí que, análogamente, los príncipes hacen muchas veces sus propios deseos y ponen su corazón en juguetes; otras veces en un edificio; otras, en crear un nuevo orden; otras, en hacer progresar a una persona; otras, en obtener maestría en algún arte o habilidad manual, como Nerón en tocar el arpa; Domiciano en puntería con el arco; Cómodo, en la esgrima; Caracalla, en conducir carros, y así sucesivamente. Eso parece increíble a los que no conocen el principio de que el espíritu del hombre se alegra y renueva más aprovechándose de cosas pequeñas que deteniéndose en las grandes. También vemos que los reyes, que han sido conquistadores afortunados en sus primeros años, no siendo posible que eso continúe indefinidamente sino que tienen que sufrir alguna detención o retirada de su buena suerte, se vuelven en sus últimos años supersticiosos y melancólicos; como les ocurrió a Alejandro Magno, Diocleciano y, que recordemos, a Carlos V y a otros; porque quien está acostumbrado a avanzar y encuentra una detención, cae en la desconfianza de sí mismo y ya no es lo que fue.

Hablando ahora del verdadero temple del imperio resulta una cosa rara y dura de conservar, pues tanto el temple como el destemple constan de contrarios; pero una cosa es mezclar contrarios y otra intercambiarlos. La respuesta de

Apolonio a Vespasiano está llena de excelente enseñanza. Vespasiano le preguntó: *¿Cuál fue el defecto de Nerón?*, y él le contestó: *Nerón podía cantar y tocar el arpa bien; pero en el gobierno, a veces solía apretar las clavijas demasiado y otras las dejaba demasiado flojas*. Y cierto es que nada destruye tanto la autoridad como el cambio desigual y a destiempo del poder, apretar demasiado y aflojar mucho.

Y es cierto que la sabiduría de todos estos últimos tiempos en los asuntos de los príncipes ha sido más bien la de elegantes discursos y desviaciones de peligros y daños, cuando los tenían cerca, que la de sólidas y bien fundamentadas admoniciones para mantenerlos alejados; pero eso no es más que intentar dominio con suerte y dejar a los hombres que se den cuenta de cuánto desprecian y les molesta la preocupación de estar preparados. Pues nadie puede impedir la chispa ni decir cuándo se producirá. Las dificultades en los asuntos de los príncipes son muchas y grandes; pero la mayor dificultad está, las más de las veces, en su propia mentalidad. Pues es común entre los príncipes, dice Tácito, desear las contradicciones: *Sunt plerumque regum voluntates vehementes, et inter se contrariae*<sup>[2]</sup>; porque el solecismo del poder es creer que se puede dominar el fin y, sin embargo, no reafirmar los medios.

Los reyes tienen que tratar con sus vecinos, sus esposas, sus hijos, sus prelados o clero, sus nobles, sus segundones o caballeros, sus comerciantes, su pueblo llano, sus guerreros; y de todos éstos surgen peligros si no se utilizan el cuidado y la circunspección.

Primeramente, respecto a los vecinos, no se puede dar una norma general (los casos son muy variados), salvo una que siempre prevalece; la cual es que los príncipes deben mantener la debida vigilancia para que ningún vecino prospere tanto (por aumento de su territorio, por dedicación al comercio, por acercamiento, o cosas análogas) que puedan ser más capaces de aniquilarles que lo eran antes; y eso generalmente es la labor de consejos permanentes que lo prevean y lo eviten. Durante aquel triunvirato de reyes, Enrique VIII de Inglaterra, Francisco I de Francia y el emperador Carlos V, se mantenía tal vigilancia que ninguno de los tres podía ganar un palmo de terreno sin que los otros dos trataran de equilibrarlo ya mediante la confederación o, si era necesario, mediante la guerra; y en modo alguno harían la paz por interés; lo mismo hizo aquella liga (que Guicciardini dijo que era la seguridad de Italia) establecida entre Fernando, el rey de Nápoles, Lorenzo de Médicis y Ludovico Sforza, gobernantes, el uno de Florencia y el otro de Milán. Ni es

de aceptar la opinión de algunos escolásticos de que la guerra no puede hacerse con justicia como no se base en una injuria y provocación precedente; pues no hay motivo a no ser el miedo justificado a un peligro inminente, aunque no hubiera habido ningún ataque, como causa legal de la guerra.

En cuanto a las esposas, hay crueles ejemplos de ellas. Livia fue infamada de haber envenenado a su esposo; Roxolana, esposa de Solimán, fue la ruina de aquel renombrado príncipe, el sultán Mustafá, y además alteró su dinastía y sucesión; la reina, esposa de Eduardo II de Inglaterra, fue actora principal en el destronamiento y muerte de su marido.

Esta clase de peligro debe principalmente temerse cuando las esposas conspiran por la elevación de sus hijos o también cuando son adúlteras.

En cuanto a los hijos, las tragedias de análogos peligros producidos por ellos han sido muchas: y generalmente el que los padres sospechen de sus hijos siempre han sido tragedias desgraciadas. La ruina de Mustafá (al que hemos aludido antes) fue tan fatal al linaje de Solimán que la sucesión turca desde Solimán hasta nuestros días, se ha sospechado ser falsa y de sangre ajena; por eso se creyó que Selim II fue un fraude. La destrucción de Crispus, joven príncipe de extraordinario empuje, por su padre Constantino el Grande, fue, del mismo modo, fatal para su dinastía; pues sus dos hijos Constantino y Constancio murieron de muerte violenta; y Constante, su otro hijo, lo pasó algo mejor, pues murió de enfermedad, pero después de que Juliano hubiera tomado las armas contra él. La muerte de Demetrio, hijo de Filipo II de Macedonia, se volvió contra su padre, pues murió de repente. Y hay muchos ejemplos semejantes; pero pocos o ninguno en el que los padres se hayan beneficiado con tal destrucción, salvo que los hijos se hubieran levantado en armas contra ellos; como hizo Selim I contra Bayaceto y los tres hijos de Enrique II, rey de Inglaterra.

En cuanto a los prelados, cuando son orgullosos o importantes, también hay peligro en ellos; como ocurrió en tiempos de Anselmo y Tomás Becket, arzobispos de Canterbury, quienes, con el báculo, intentaron hacer tanto como con la espada del rey; y aun tuvieron que habérselas con reyes fuertes y soberbios: Guillermo Rufus, Enrique I y Enrique II. El peligro no procede del propio Estado sino donde depende de una autoridad extranjera; o donde los eclesiásticos intervienen y son elegidos, no directamente por el rey o protectores particulares, sino por el pueblo.

Respecto a los nobles, no es equivocado mantenerlos a distancia; pero rebajarlos puede dar más absolutismo al rey, aunque menos seguridad y menor posibilidad de realizar cualquier cosa que desee. Lo he hecho notar en mi historia del rey Enrique VII de Inglaterra, quien oprimió a la nobleza con lo cual sucedió que su época estuvo llena de dificultades y revueltas; pues la nobleza, aunque mantuvo su lealtad hacia él, no cooperó con el rey en sus asuntos; por lo cual, en efecto, el rey tuvo que hacerlo todo por sí solo.

En cuanto a los segundones, no ofrecen mucho peligro, ya que constituyen un estamento disperso. Pueden, a veces, alzar la voz pero eso produce poco daño; además, son un contrapeso de la nobleza alta para que no se haga demasiado poderosa; y, finalmente, al ser la autoridad inmediata respecto al pueblo llano, atemperan las conmociones populares.

En cuanto a los comerciantes, son la *vena porta*, y si no florecen, el reino puede tener buenos miembros, pero tendrá venas vacías y se alimentará poco. Las contribuciones e impuestos sobre ellos apenas benefician los ingresos del rey, pues lo que gane en el distrito lo pierde en el condado; aumentan los porcentajes particulares pero el total del comercio más bien disminuye.

Respecto al pueblo llano, poco peligro hay en él, excepto donde tienen dirigentes grandes y poderosos; o donde se interfieren su religión o sus costumbres o sus medios de vida.

En cuanto a los guerreros, resulta un estamento peligroso allí donde viven formando corporación, y se utilizan gratificaciones; de lo cual vemos ejemplos en los jenízaros y los pretorianos de Roma; pero la instrucción de las tropas, situarlas en varias plazas, tenerlas bajo distintos jefes y sin gratificaciones, son forma de defensa y no de peligro.

Los príncipes son como los cuerpos celestes, que producen los buenos o los malos tiempos; y que tienen mucha veneración pero ningún descanso. Todos los preceptos concernientes a los reyes, en realidad, se resumen en estas dos recomendaciones: *Memento quod es homo* y *Memento quod es Deus o vice Dei*<sup>[3]</sup>; la una frena su poder y la otra su voluntad.

## DEL CONSEJO

(1612)

La mayor confianza entre hombre y hombre es la confianza de aconsejar; pues en otras confianzas, los hombres confían partes de su vida, sus tierras, sus bienes, sus hijos, su crédito, algún negocio particular; pero a quienes hace sus consejeros les confía todo; por lo cual éstos están mucho más obligados a una fidelidad e integridad totales. Los más prudentes príncipes no deben pensar que es una disminución de su grandeza o una derogación de su suficiencia el confiar en su consejo. El mismo Dios le ha dado ese nombre a su bendito Hijo: *Consejero*. Salomón dijo: *Asegura tus designios con el consejo*<sup>[1]</sup>. Las cosas tendrán su primera o segunda agitación: si no se lanzan sobre los argumentos del consejo, se echarán sobre los embates de la fortuna y se verán asediados por la inconstancia, haciendo y deshaciendo, como los tambaleos de un borracho. El hijo de Salomón halló fuerza en el consejo, lo mismo que su padre había visto la necesidad de él; pues el amado reino de Dios primero se resquebrajó y luego se rompió por mal consejo; de ese consejo sacamos la enseñanza de los dos extremos en los que el mal consejo siempre se conoce mejor, pues fue un consejo nuevo para las personas y un consejo violento para la propia materia.

Los tiempos antiguos nos presentan los ejemplos tanto de la incorporación e inseparable conjunción del consejo junto a los reyes, como el uso prudente y político del consejo por los reyes; el primero, en el que dicen que Júpiter se casó con Metis, la cual representaba el consejo prudente; con lo cual quieren decimos que la soberanía se casó con el consejo; el otro, en esto que vamos a decir: cuentan que después de casarse Júpiter con Metis, ella concibió y quedó encinta; pero Júpiter no soportó que ella esperara el alumbramiento y la devoró, con lo cual él quedó como embarazado y alumbró por la cabeza a Palas armada. Esta fábula monstruosa contiene un secreto del imperio en

cómo los reyes han de utilizar su consejo de Estado: primeramente deben enviar los asuntos al consejo, que es el primer engendramiento o fecundación; pero cuando los asuntos están elaborados, moldeados y formados en el seno del consejo y maduros y dispuestos para salir a luz, entonces los reyes no soportan que el consejo les dé curso con su resolución y dirección como si dependiesen del consejo, sino que vuelven a tomar los asuntos en sus manos y hacen creer al mundo que los decretos y direcciones finales (que, debido a que salen con prudencia y poder, se parecen a Palas armada) proceden de ellos; y no sólo de su autoridad, sino (para mayor acrecentamiento de su reputación) de su cabeza y con sus recursos.

Hablemos ahora de los inconvenientes del consejo y de los remedios. Los inconvenientes que se han notado en el nombramiento y uso del consejo son tres: el primero, la revelación de los asuntos, por lo cual se hacen menos secretos; el segundo, la debilitación de la autoridad de los príncipes, como si perdieran parte de su personalidad; el tercero, el de ser deslealmente aconsejados y más en provecho de los consejeros que del aconsejado; debido a estos inconvenientes, la doctrina italiana y la práctica francesa han introducido el gabinete de consejeros; un remedio que es peor que la enfermedad.

En cuanto al secreto, los príncipes no están obligados a tratar todos los asuntos con los consejeros, pero pueden resumir y seleccionar; ni es necesario que quien consulte lo que ha de hacer declare lo que hará; pero los príncipes han de asegurarse que la revelación de sus asuntos no procede de sí; y, en cuanto a los gabinetes de consejeros, puede ser su lema: *Plenus rimarum sum*<sup>[2]</sup>; una persona vana, que se gloria de contar cosas, hará más daño que muchas conscientes de que su deber es guardar el secreto. Es cierto que hay algunos asuntos que requieren riguroso secreto y que apenas deben ser conocidos por una o dos personas además del rey. Ni tampoco hay consejos desfavorables, pues, además del secreto, generalmente actúan con sentido de dirección sin desviaciones; pero tiene que haber un rey prudente que actúa tal como es posible darle vueltas a un molinillo de mano; y esos consejeros secretos necesitan también ser hombres prudentes y especialmente sinceros y fieles respecto a los propósitos del rey, como sucedió con el rey Enrique VII de Inglaterra, quien no compartía con nadie sus asuntos más importantes, salvo con Morton y Fox.

En cuanto a la debilitación de la autoridad, la mitología nos muestra el remedio; no sólo no disminuye la autoridad de los reyes el que presidan el consejo sino que más bien se eleva; ni siempre hubo príncipes desposeídos de sus pertenencias por su consejo, excepto cuando hay un consejero de extraordinario poder o excesiva convivencia entre varios y eso son cosas que se ven en seguida y se remedian.

En cuanto al último inconveniente, que los hombres aconsejen con vista a su propio interés, cierto es que *non inveniet fidem super terram*<sup>[3]</sup>, lo cual alude a determinados tiempos y no a todas las personas en particular. En la naturaleza se encuentra fidelidad y sinceridad, sencilla y directa, no amañada y complicada; que los príncipes se atraigan, sobre todo, tales naturalezas. Además, los consejeros no pueden estar tan unidos sino que cada uno mantiene su vigilancia sobre los otros; de modo que si alguno aconseja algo fuera de lugar o con fines privados, generalmente llega a oídos del rey; pero el mejor remedio, si los príncipes conocen a sus consejeros así como los consejeros les conocen a ellos, es: *Principis est virtus maxima nosse suos*<sup>[4]</sup>. Y, por otra parte, los consejeros no serían demasiado entrometidos en la personalidad del soberano. La verdadera cualidad de un consejero es que sea más hábil con los asuntos de su señor que con su persona; porque así le aconsejará pero no le seguirá el humor. Es de singular utilidad para los príncipes que escuchen las opiniones de sus consejeros, tanto separadamente, como en conjunto; pues la opinión privada es más libre, pero la opinión ante los demás es más respetuosa. En la privada, los hombres son más sinceros con su propio carácter; y en la compañía, están más sometidos al carácter de los demás; por tanto, es conveniente tomar ambas cosas; y con los inferiores, es mejor en privado para salvaguardar la libertad; con los superiores, mejor en compañía, para salvaguardar el respeto. Es inútil para los príncipes tomar consejo referente a los asuntos si análogamente no toman consejo referente a las personas; pues todos los asuntos son como imágenes muertas; y la vida de la ejecución de los asuntos descansa en la buena elección de las personas. Tampoco es suficiente consultar sobre las personas, *secundum genera*<sup>[5]</sup>, como en una idea o descripción matemática, qué clase y carácter será el de la persona; pues se cometen los mayores errores y se muestran los mayores castigos en la elección de los individuos. Se dijo acertadamente: *Optimi consiliarii mortui*<sup>[6]</sup>; los libros hablarán claro cuando los consejeros se queden yertos; por tanto, conviene estar versado en ellos, especialmente los libros de quienes han sido actores de los hechos.



Los consejos en nuestros días, en la mayoría de los países, no son sino reuniones familiares en donde se charla de los asuntos más que debatir sobre ellos; y van demasiado rápidos para el orden o actuación de un consejo. Sería mejor que en cuestiones de peso, el asunto fuera propuesto un día y no se hablara de él hasta el siguiente; *In nocte consilium*<sup>[7]</sup>; así se hizo en la comisión de unión entre Inglaterra y Escocia, que fue una asamblea grave y ordenada. Recomiendo establecer días para las peticiones; pues así da a los peticionarios más certeza de que se les atenderá, y deja libres las reuniones de consejeros para dedicarlas a los asuetos de Estado y puedan, *hoc agere*, atender lo que tienen entre manos. Al elegir las comisiones que preparen los asuntos para el consejo, es mejor escoger personas imparciales que procedan imparcialmente poniendo personas que sean fuertes en las dos partes. También recomiendo las comisiones permanentes; en cuanto al comercio, el tesoro, la guerra, los procesos, algunas provincias, para los que habrá consejos especiales, pero un solo Consejo de Estado (como en España), no serán, en realidad, más que comisiones permanentes, salvo que tienen mayor autoridad. Que quienes informen a los consejos fuera de sus profesiones privadas (letrados, marinos, mineros y demás) sean escuchados primeramente ante las comisiones; y luego, cuando sea ocasión, ante el consejo; y no se les deje que acudan en multitud o en actitud tribunicia; porque eso es clamar ante el consejo, no informarle. Una mesa larga y otra cuadrada y asientos a lo largo de las paredes, parecen cosas de pura forma, pero son sustanciales; pues en una mesa larga con unos pocos en el extremo superior, se manejan eficazmente los asuntos; pero en otra forma se utiliza más la opinión de los consejeros que se sientan en parte baja. Que el rey, cuando presida su consejo, se dé cuenta de cuánto muestra de su propia inclinación en lo que propone; pues si no, los consejeros percibirán su tendencia y en vez de darle libremente su consejo, le entonarán la canción de: *Placebo Domino in regione vivorum*<sup>[8]</sup>.

## DE LAS DILACIONES

(1625)

La fortuna es como un mercado donde, muchas veces, si se puede aguardar un poco, bajará el precio; y también es a veces la oferta de la sibila que primero ofreció toda la mercancía, luego destruyó parte de ella y luego otra parte y siguió manteniendo el mismo precio; pues la ocasión (como en el dicho popular) *la pintan calva después de haber presentado el flequillo y no habérselo cogido*: o, al menos, echa primero mano al asa de la botella y después de la panza que es más difícil de agarrar. Seguramente no hay mayor sabiduría que coger a tiempo la iniciación y comienzo de las cosas. Los peligros no son más leves si alguna vez lo parecen; y más peligros han engañado al hombre que obligarle; y no es que fuera mejor encontrarse algunos peligros a medio camino, aunque no se acercaran mucho, que estar acechando en proximidad durante mucho tiempo; pues si una persona acecha mucho tiempo es probable que se quede dormida. Por otra parte, ser engañado por sombras demasiado alargadas (como les ha sucedido a algunos cuando la luna estaba baja y brillaba a espaldas del enemigo) y disparar antes de tiempo, o hacer que los peligros se adelanten por precipitarse sobre ellos, es otro extremo. La madurez o inmadurez de la ocasión (como hemos dicho) debe siempre ser bien sopesada; y generalmente es bueno encomendar el principio de todas las grandes acciones a Argos con su centenar de ojos y el final a Briareo con su centenar de manos, primero estar alerta y luego darse prisa; pues el yelmo de Plutón que hace al político ser invisible, es el secreto en el consejo y la celeridad en la ejecución; pues cuando las cosas se ponen en ejecución no hay secreto comparable a la celeridad; como el movimiento de una bala en el aire que vuela tan rápidamente que sobrepasa a la vista.

## DE LA ASTUCIA (1612)

Tomamos la astucia por una sabiduría siniestra y perversa; y, en verdad, que hay gran diferencia entre un hombre astuto y uno sabio, no sólo en punto a honradez sino en punto a capacidad. Se puede barajar las cartas y no saber jugar bien; así es que hay algunos que son buenos como agentes electorales y miembros de partido y, sin embargo, son débiles. Además, una cosa es entender a las personas y otra entender los asuntos; pues hay muchos que entienden perfectamente los humores de los hombres y no tienen mucha capacidad en lo realmente importante de un asunto, lo cual es propio de quien ha estudiado más los hombres que los libros. Tales personas son más aptas para la acción que para el consejo, y son buenas sólo en su barrio. Enfrentémoslas ante personas desconocidas y habrán perdido su rumbo; por eso la antigua norma para distinguir a un tonto de un inteligente: *Mitte ambos nudos ad ignotos, et videbis*<sup>[1]</sup>, dice muy poco en su favor; y como esos hombres astutos son como buhoneros de baratijas, no les cuesta mucho trabajo abrir su tienda.

Es punto de astucia vigilar con la vista a aquel con quien se habla, como dicen los jesuitas en uno de sus preceptos; pues hay muchos hombres prudentes que guardan el secreto en su corazón y lo dejan traslucir en la cara; sin embargo, eso debe hacerse bajando de vez en cuando los ojos con modestia, como también acostumbran los jesuitas.

Otra cosa es cuando hay algo que obtener de un enviado y se le entretiene y divierte con otros temas, de tal modo que no esté demasiado alerta para hacer objeciones. Conocí un consejero y secretario que nunca se presentaba a la reina Isabel de Inglaterra con leyes para firmar, sino que siempre le hablaba de cosas de Estado de tal forma que ella no se preocupara de las leyes.

La misma sorpresa puede hacerse proponiendo las cosas cuando los otros tienen prisa y no pueden detenerse a examinar con prudencia lo que se ha propuesto.

Si un hombre tuviera que impedir un asunto y dudara que alguna otra persona pudiera llevarlo a cabo con destreza, déjela que lo desee y que lo intente, pero hágasele ver el posible fracaso.

La interrupción en medio del asunto sería como decir, si esa persona interviniese: fomenta un gran apetito en quien te puede proporcionar mayor conocimiento.

Y puesto que es mejor cuando algo parece que lo han conseguido de ti preguntándotelo que si lo dices por tu cuenta, pueden poner un cebo por respuesta poniendo un gesto y cara distintos a los que desees; para, al final, dar ocasión a los otros a que pregunten a qué se debe el cambio, como hizo Nehemías: *Y yo no había estado antes triste en presencia del rey*<sup>[2]</sup>.

En las cosas que son delicadas y desagradables, es conveniente romper el hielo con algunas cuyas palabras sean de menor peso y reservar las voces más pesadas para cuando llegue la ocasión, de tal modo que el otro tenga que preguntarle sobre la otra cuestión; como hizo Narciso al contar a Claudio el matrimonio de Mesalina con Silio.

En las cosas en que no queremos vernos es signo de astucia tomar de prestado el nombre de otros diciendo: *la gente dice o dicen por ahí*.

Conocí uno que, cuando escribía una carta, ponía lo más importante en la posdata, como si fuese asunto de poca importancia.

Conocí otro que, cuando tenía que hablar, pasaba de largo sobre lo que más le importaba; continuaba y retrocedía y luego hablaba de ello como si fuese algo que casi hubiera olvidado.

Algunos procuran que les sorprendan en momentos tales en que es probable que se los encuentren los que ellos quieren y que les encuentren con una carta en la mano, o haciendo algo a lo que no están acostumbrados para que, en definitiva, les pregunten sobre esas cosas que ellos están deseando sacar a relucir.

Es signo de astucia dejar caer con esas palabras alusivas el nombre de una persona, para que otra persona las oiga y las utilice y, en consecuencia, aprovecharse de ello. Conocí dos que fueron competidores para el puesto de secretario en tiempos de la reina Isabel y que, sin embargo, mantenían buenas relaciones entre ambos, y se confiaban el uno al otro los asuntos; y uno de ellos dijo que ser secretario en la decadencia de una monarquía era una cosa delicada y que no la deseaba; el otro captó inmediatamente esas palabras y, hablando con varios amigos, les dijo que no tenía razón alguna para ser secretario en la decadencia de una monarquía. El primero se enteró de ello y consiguió contárselo a la reina, la cual al oír hablar de decadencia de una monarquía, lo tomó tan a mal que nunca quiso volver a oír de la solicitud del otro.

Es astucia lo que nosotros en Inglaterra llamamos *the turning of the cat in the pan* (la vuelta del gato en tomo de la cazuela); que es cuando lo que un hombre dice a otro hace ver que a él se lo ha dicho otra persona; y, para decir la verdad, no es fácil, cuando entre dos sucede eso, aclarar cuál de los dos lo inició.

Una forma que algunos utilizan es mirar y lanzarse hacia alguien para justificarse por su negativa; es como decir: *No hago eso como Tigelino hizo con Burro: Sed non diversas spes, sed inco-lumitatem imperatoris simpliciter spectare*<sup>[3]</sup>.

Algunos tienen preparados cuentos e historias, como si no tuvieran nada que insinuar, pero pueden envolverlo en un cuento que sirve tanto para mantenerse ellos en guardia, como hacer que otros se hagan cargo de ello con más agrado.

Es un buen rasgo de astucia para una persona acomodar la respuesta que tenga que dar a sus propias palabras y propósitos porque eso hace que el otro pierda rapidez.

Es extraño cuánto tiempo pueden estar mintiendo algunas personas en espera de poder decir lo que quieren; y cuán lejos pueden ir y cuántos asuntos tocarán para aproximarse a lo que quieren. Es cosa de mucha paciencia pero también muy utilizada.

Muchas veces, una pregunta repentina, atrevida e inesperada sorprende a una persona y la deja al descubierto. Como aquel que, habiendo cambiado de

nombre y pasando por la catedral de San Pablo, de repente se acercó otro por detrás y le llamó por su verdadero nombre, con lo cual miró hacia atrás inmediatamente.

Pero esas fruslerías y pequeñas astucias son infinitas y estaría bien hacer una lista de ellas; pues nada hace más daño en un Estado que esos hombres astutos pasen por sabios.

Mas, en verdad, algunos hay que conocen los resortes y vicisitudes de los negocios y, sin embargo, no pueden meterse de lleno en ellos; como una casa que tiene entrada y escalera apropiadas pero ninguna habitación amplia. Por lo tanto, se les verá encontrar buenas ocasiones al final, pero son incapaces de examinar o discutir los asuntos; y sin embargo, por lo general, se aprovechan de su incapacidad y dirán agudezas acerca de la dirección. Otros más bien se basarán en el engaño de los demás valiéndose de triquiñuelas más que de solidez de sus propios procedimientos; pero Salomón dice: *Prudens advertit ad gressus suos, stultus divertit ad dolos*<sup>[4]</sup>.

## DE LA SABIDURIA EGOISTA (1612)

Una hormiga es sabia para sí, pero resulta maligna en una huerta o en un jardín; y, en verdad, los hombres que se aman a sí propios demasiado arruinan la cosa pública. Divide con razón entre el amor propio y la sociedad; sé tan veraz contigo como no eres falso con los otros, especialmente con tu rey y país. Resulta un objetivo muy pobre para la actividad de un hombre el dedicarse a sí mismo. Es como la tierra que sólo gira en torno de su centro; ya que todas las cosas que tienen afinidad con el firmamento se mueven en torno del centro de otro del que se benefician. Referir todo a sí mismo es más tolerable en un príncipe soberano porque ellos no son sólo ellos mismos sino que su bien y su mal corren el peligro de la fortuna pública; pero es un mal sin esperanza en un sirviente de un príncipe o en un ciudadano de una república; pues cualesquiera negocios que pasen por manos de tales hombres, los inclinarán en su provecho, y necesitarán con frecuencia tener otro centro que el de su jefe de Estado. Por tanto, que los príncipes o Estados escojan tales sirvientes que no tengan esa señal; excepto que su servicio sólo sea accesorio. Lo que produce un efecto más pernicioso es que se pierde toda proporción. Habrá sobrada desproporción en que el bien del sirviente sea preferido al de su amo; pero aún es más extremado cuando un pequeño bien del sirviente acarrea las cosas en contra de un gran bien del amo. Y, sin embargo, ése es el caso de los malos funcionarios, tesoreros, embajadores, generales y otros servidores falsos y corrompidos; lo cual desvía la bola<sup>[1]</sup> de sus pequeños fines y deseos, en contra de los grandes e importantes negocios de su soberano; y, en la mayoría de los casos, el bien que reciben tales servidores está modelado en su propia fortuna. Y, en verdad, es propio de los que se aman a sí mismos demasiado ser capaces de prenderle fuego a una casa sólo para asar unos huevos; y, sin embargo, esos hombres, muchas veces, tienen crédito ante sus amos porque su habilidad es complacerles y sacar provecho para sí; y en su beneficio abandonarán el bien de los asuntos.

La sabiduría egoísta, es en muchas de sus ramas una cosa depravada. Es la sabiduría de las ratas, que estarán seguras de abandonar una casa antes de que se hunda; es la sabiduría de la zorra que expulsa al tejón que ha cavado su cueva y ella es la que se aloja; es la sabiduría de los cocodrilos, que derraman lágrimas cuando van a devorar. Pero lo que se debe notar especialmente es que (como dijo Cicerón a Pompeyo) los que son *sui amantes, sine rivali*<sup>[2]</sup>, son muchas veces desgraciados; y como quiera que tienen todo el tiempo sacrificado a ellos mismos, se convierten, al final, en sacrificados a la inconstancia de la fortuna, cuyas alas creen, con su sabiduría egoísta, haber atado.



## DE LAS INNOVACIONES (1625)

Al nacer, las criaturas están mal formadas, así sucede con todas las innovaciones, que son los nacimientos del tiempo; no obstante, como aquellos que primeramente aportan honor a su familia son generalmente más valiosos que la mayoría de sus descendientes, así el primer precedente (si es bueno) rara vez es alcanzado por imitación; pues el mal, para la naturaleza pervertida del hombre, tiene un movimiento natural más fuerte en constancia, pero el bien, como movimiento forzado, es más fuerte al principio. Seguramente, cada medicina es una innovación y el que no quiera aplicar remedios nuevos tenga que esperar nuevos males, pues el tiempo es el mayor innovador; y, por supuesto, si el tiempo altera las cosas para empeorarlas y la sabiduría y la prudencia no las alteran para mejorarlas ¿cuál será el final? Es cierto que lo que está establecido por la costumbre, aunque no sea bueno, por lo menos es apropiado; y las cosas que durante mucho tiempo han marchado juntas, están, como sea, adaptadas entre sí; además, son como extranjeras, más admiradas y menos favorecidas. Todo eso es verdad, si el tiempo continúa, el cual, por otra parte, pasa tan rápido que una obstinada retención de costumbres es tan turbulenta como una innovación; y quienes reverencian demasiado los tiempos antiguos no son más que el desdén del presente. Por tanto estaría bien que los hombres siguieran en sus innovaciones el ejemplo del propio tiempo, el cual, por supuesto, hace muchas innovaciones pero tranquilamente y por grados que apenas se perciben; pues si no, todo lo que sea nuevo es inesperado y siempre mejora a unos y perjudica a otros; y el que es afortunado lo toma por una suerte y da gracias al tiempo; y el que es perjudicado, por desgracia, se lo imputa al autor. También es bueno no intentar experimentos en los Estados, salvo que sean de urgente necesidad o de utilidad evidente; y debe tenerse en cuenta que ha de ser la reforma la que produzca el cambio y no el deseado cambio el que busque la reforma; y, por último, que la novedad, aunque no sea rechazada, sea sostenida por algún

indicio, y, como dicen las Escrituras: *Nos paremos en las sendas antiguas, miremos en torno, y descubramos cuál sea el camino derecho y andemos por él.*

## DE LA PREMURA (1612)

La premura afectada es una de las cosas más peligrosas que puede haber en los negocios; es como lo que los médicos llaman predigestión o digestión precipitada, que con seguridad llenará el cuerpo de cosas sin digerir y de ocultas semillas de enfermedades. Por tanto, no midas la premura por la duración de las sesiones sino por el avance de los negocios; y como en las carreras, no es la longitud de los pasos, o lo que se levanten los pies, lo que produce la velocidad; así sucede con los negocios: mantenerse cerca del asunto no tomando demasiado de una vez, es lo que produce premura. Es el cuidado de algunos sólo para darse prisa, o fingir que se ocupan de los negocios lo que hace parezcan hombres diligentes: pero una cosa es abreviar actuando con eficacia y otra cortar a destiempo; y los negocios tratados en varias sesiones o reuniones, generalmente avanzan y retroceden en forma irregular. Conocí a un hombre inteligente que solía decir un adagio cuando veía que las personas se apresuraban en llegar a una conclusión: *Esperad un poco, para que podamos finalizar lo más rápidamente posible.*

Por otra parte, la verdadera premura es cosa valiosa; y los negocios salen caros allí donde no hay premura. Los espartanos y los españoles han sido señalados por su poca premura; *Me venga la muerte de España*, pues así sería seguro que tardaría en venir.

Escuchad con atención a quienes dan la primera información de los asuntos, y más bien miradles a ellos al principio que interrumpirles en el hilo de su discurso; porque al que le alteran su orden avanzará y retrocederá y será más tedioso mientras hace esperar a su memoria de lo que sería si se le deja que la dé libre curso; pues muchas veces se ve que el presidente es más engorroso que el orador.

Las repeticiones, por lo general, son pérdidas de tiempo; pero no hay ganancia alguna de tiempo reiterando con frecuencia el estado de la cuestión; pues tanto evita las intervenciones frívolas como las provoca. Los discursos largos y oscuros son tan apropiados para la premura como un sayal o manto con larga cola para una carrera.

Prefacio, transiciones, excusas y otros discursos referentes a personas son gran pérdida de tiempo; y aunque parecen dictados por la modestia, lo son por la jactancia. Mas téngase cuidado de ser demasiado materialista cuando hay algún impedimento o algún obstáculo en los deseos humanos; pues los prejuicios siempre requieren un prefacio al discurso, análogo a los fomentos para poder aplicar el ungüento.

Sobre todas las cosas, orden y distribución, elección de las partes, es lo fundamental de la premura, así como que la distribución no sea demasiado sutil; pues quien no divide, nunca se enterará bien de los asuntos; y el que divide demasiado nunca saldrá de ellos con claridad. Elegir el momento es ahorrar tiempo; y un movimiento fuera de razón no es más que dar golpes al aire. Hay tres partes en los asuntos: la preparación, el debate o examen y la ejecución. Por lo cual, si busca la premura, que lo segundo sea obra de varios, y lo primero y tercero, obra de pocos. El procedimiento, basándose en algo proyectado por escrito, facilita la premura; pues aunque sea completamente rechazado, aun así esa negativa está más preñada de estímulo que una contestación definida, así como las cenizas son más productivas que el polvo.

## DE LOS QUE PARECEN SABIOS (1612)

Hay quien opina que el francés es más sabio de lo que parece y que los españoles parecen más sabios de lo que son; pero sea lo que fuere respecto a esas naciones, en verdad que así sucede con los hombres; pues, como dijo el apóstol acerca de la piedad: *Teniendo apariencia de piedad, mas habiendo negado la eficacia de ella*<sup>[1]</sup>, así, es verdad, los hay, en punto a sabiduría y suficiencia, que no hacen nada o poco muy solemnemente; *Magno conatu nugas*<sup>[2]</sup>. Es una cosa ridícula y apropiada para satirizar personas de juicio, ver qué triquiñuelas tienen esas formalidades y qué perspectivas para que las superficies parezcan cuerpos con profundidad y bulto. Algunos son tan íntimos y reservados que no mostrarán su mercancía a no ser con escasa luz y siempre parecen reservar algo; y cuando saben alguna cosa hablan de la que no saben bien, con lo cual les parecerá a los otros que saben de lo que no pueden hablar. Algunos se ayudan con expresiones del rostro y gestos, y son sabios por signos; como Cicerón dijo a Pisón, que cuando le contestó levantó una de las cejas hacia la frente y bajó la otra hacia la barbilla: *Respondes, altero ad frons sub lato, altero ad mentum depresso supercilio; crudelitatem tibi non placere*<sup>[3]</sup>. Algunos creen tener sabiduría pronunciando grandes palabras y siendo dogmáticos; sigue adelante y ten sabido que éstos no pueden hacer el bien. Algunos, en cualquier cosa que esté lucra de su alcance, parecerán despreciar y referirse a ello con preguntas impertinentes o detallistas, con lo cual su ignorancia parecerá buen juicio. Otros no dejarán de expresar su disentimiento y generalmente para divertir con una sutileza inocua; de ello dijo A. Gelio: *Hominem delirium, qui verborum minutiis rerum frangit pondera*<sup>[4]</sup>. De los cuales, también Platón en su *Protágoras*, acusa a Pródico con desprecio y hace que pronuncie un discurso que consiste en distinguos desde el principio al fin. Por lo general, tales hombres, en todas las deliberaciones, encuentran fácil ponerse del lado negativo y afectar seriedad en las objeciones y en la predicción de dificultades; pues cuando se

deniegan las propuestas, se terminan, pero si se aprueban, requieren nuevo trabajo; que falsa sabiduría es destruir los asuntos. Y para terminar, no hay comerciante en quiebra, o auténtico insolvente que no recurra a tantas triquiñuelas para mantener el crédito de su riqueza, como esas personas vacías hacen para mantener el crédito de su suficiencia. Los que parecen hombres sabios pueden cambiar para alcanzar consideración, pero que nadie los escoja para un empleo, pues mejor sería coger para el empleo un hombre un tanto bobo que uno superformalista.

## DE LA AMISTAD (1612)

Ha tenido que ser difícil para quien lo dijo, haber puesto más verdad y falsedad juntas en pocas palabras que en la frase: *Quienquiera que se deleite en la soledad es una bestia salvaje o un dios*, porque es más cierto, que todo hombre en el que hay un odio natural y secreto y una aversión hacia la sociedad tiene algo de bestia salvaje; pero es más incierto que tuviera algo característico de la naturaleza divina, excepto que proceda, no del placer de la soledad, sino de una afección y deseo de acaparar la conciencia de un hombre para una conversación más elevada; tal como se halla que ha sido falso y fingido en algunos paganos: como Epiménides, el candiota; Numa, el romano; Empédocles, el siciliano; y Apolonio de Tyana; y verdadera y realmente en varios de los antiguos eremitas y padres de la Iglesia. Pero los hombres se dan poca cuenta de lo que es la soledad y cuán ampliamente se extiende; pues la multitud no es compañía y las caras no son más que una galería de pinturas, y su charla repique de címbalos donde no hay amor. El adagio latino alude a ello un poco: *Magna civitas, magna solitudo*<sup>[1]</sup>; porque en una ciudad grande los amigos están esparcidos, por tanto no hay esa amistad que, en su mayoría, hay en vecindades menores; pero podemos ir más allá y afirmar con la mayor sinceridad que es una mera y desgraciada soledad desear verdaderos amigos, sin lo cual el mundo resulta un yermo; y aun en este sentido también de soledad, quienquiera que en su constitución y afectos no sea adecuado para la amistad, lo toma de las bestias y no de la humanidad.

Uno de los frutos principales de la amistad es el alivio y descarga de la saciedad y agitación del corazón a que le constriñen las pasiones de todas clases. Sabemos que las enfermedades de detención y asfixia son las más peligrosas del cuerpo, y no ocurre de otro modo en la mente. Se puede tomar zarzaparrilla para abrir el hígado, acero para soltar la bilis, cocimientos de azufre para los pulmones, castóreo para el cerebro, pero ninguna receta abre

el corazón sino un amigo verdadero con el cual se pueden compartir peñas, alegrías, temores, esperanzas, sospechas, consejos y cualquier cosa que oprima el corazón, en una especie de confesión laica.

Es extraño observar que gran proporción de grandes reyes y monarcas se apoyan en este fruto de amistad del que hemos hablado; tan grande que muchas veces lo adquieren con peligro de su propia seguridad y grandeza; porque, los principes, en consideración a la distancia de su fortuna con la de sus súbditos y sirvientes, no pueden recoger ese fruto, excepto (para hacerse capaces de ello) que eleven a ciertas personas hasta hacerlas compañeras y casi iguales a ellos, lo cual, muchas veces, tiene sus inconvenientes. El lenguaje moderno da a tales personas el nombre de favoritos o privados, como si fuese cuestión de gracia o conversación; pero el nombre romano se atiene al verdadero uso y causa de ello, llamándolos *participes curarum*<sup>[2]</sup>, pues eso es lo que aprieta el nudo de la cuestión. Y vemos claramente que eso se ha hecho no sólo por príncipes débiles y aprisionados sino por los más prudentes y políticos que jamás hayan reinado, los cuales, con frecuencia, han asociado a ellos a alguno de sus sirvientes, a los que han llamado amigos, y han permitido que ellos les llamaran de la misma manera, usando la palabra admitida entre personas íntimas.

L. Sila, cuando gobernaba Roma, elevó a Pompeyo (después llamado el Grande) a esa altura de la que Pompeyo se jactaba en sobrepasar al propio Sila; pues cuando él dio el consulado a un amigo suyo, contra el propósito de Sila, y Sila se resintió un tanto de esa acción y empezó a hablar fuerte, Pompeyo volvió a él y, en efecto, le prometió callarse; porque la mayoría de hombres adoran más el sol levante que el poniente. Con Julio César, Décimo Bruto obtuvo tal interés que le nombró en su testamento heredero después de su sobrino; y ése fue el hombre que tuvo con él suficiente poder como para mandarle a la muerte; pues cuando César iba a disolver el senado, en vista de ciertos malos presagios y, en especial, un sueño de Calpurnia, ese hombre lo levantó gravemente de la silla por un brazo diciéndole que esperaba no disolviese el senado hasta que su esposa tuviera un sueño mejor; y parece que su favor fue tan grande que Antonio, en una carta que se cita literalmente en una de las *Filípicas* de Cicerón, le llama *venefica*, “hechicera”, como si hubiese encantado a César. Augusto elevó a Agripa (aunque era de humilde origen) a tal altura que, cuando consultó con Mecenas acerca del matrimonio de su hija Julia, Mecenas se tomó la libertad de decirle que tenía que casar a su hija con Agripa o quitarle la vida; no quedaba otro camino, ya que le había



elevado tanto. Con Tiberio César, Seyano ascendió a tal altura que a ambos se les llamaba y saludaba como a un par de amigos. Tiberio le dice en una carta: *Haec pro amicitia riostra non occultavi*<sup>[3]</sup>. Y el senado dedicó un altar a la Amistad, como a una diosa, en honor al gran vínculo amistoso entre ellos dos. Lo mismo, o más, ocurrió entre Septimio Severo y Plautiano, pues obligó a su hijo mayor a casarse con la hija de Plautiano y contuvo con frecuencia a Plautiano de que ofendiera a su hijo; y también escribió al Senado una carta en estos términos: *Quiero tanto a este hombre que deseo me sobreviva*<sup>[4]</sup>. Ahora bien, si esos príncipes hubieran sido como un Trajano o un Marco Aurelio, se podría haber pensado que eso procedería de una gran bondad natural; pero siendo hombres tan sabios, de tal capacidad y severidad mentales y tan extremado amor propio, como todos lo fueron, que eso prueba más claramente que encontraron su propia felicidad (aunque en la medida que pueden alcanzar los seres mortales), pero que era sólo una mitad salvo que pudieran completarla con otra mitad por medio de un amigo; y lo que es más, eran príncipes que tenían esposa, hijos, sobrinos; sin embargo, ninguno de éstos pudo colmar la medida de la amistad.

No debe olvidarse lo que Comines dice de su primer señor el duque Carlos el Temerario, es decir, que no comunicaba a nadie sus secretos, y mucho menos aquellos secretos que más le preocupaban. Luego continúa y dice que hacia sus últimos tiempos esa taciturnidad le alteró y le hizo perder un poco la razón. Seguramente, Comines también hubiera hecho el mismo comentario, si hubiera querido, de su segundo señor, Luis IX, cuya taciturnidad fue en verdad su tormento. La parábola de Pitágoras es oscura, pero cierta: *Cor ne edito, No comas el corazón*. En verdad, si se le diera a la frase un sentido terrible, los que desean amigos para explayarse con ellos, son caníbales de sus propios corazones; pero hay una cosa más admirable (con la cual concluiré este primer fruto de la amistad) y es que esa comunicación de la propia intimidad a un amigo produce dos efectos contrarios, pues redobla las alegrías y divide en dos las penas; porque no hay nadie que al compartir sus alegrías con su amigo, no disfrute más con eso; y ninguno que comparta sus penas con su amigo que no se sienta aliviado de ellas. Así es que, en verdad, el efecto sobre la mente de un hombre es de tal virtud como los alquimistas acostumbraban atribuir a su piedra para el cuerpo humano, que produce todos los efectos contrarios, pero en beneficio y para bien de la naturaleza. Pero aún, sin buscar la ayuda de los alquimistas, hay un ejemplo manifiesto de eso en el desarrollo ordinario de la naturaleza; pues la unión de los cuerpos

fortalece y mina toda acción natural; y por otra parte debilita y oscurece toda impresión violenta; y lo mismo ocurre en las mentes.

El segundo fruto de la amistad es saludable y único para el entendimiento, como el primero lo es para el sentimiento; porque la amistad da claridad al sentimiento en sus tormentas y tempestades pero arroja luz meridiana en el entendimiento sacándolo de la oscuridad y confusión de los pensamientos. Tampoco debe entenderse sólo que es el consejo sincero lo que se recibe de un amigo; sino que antes de llegar a eso, es cierto que quienquiera que tenga la mente abarrotada de pensamientos, su ingenio y entendimiento se aclararán y aliviarán comunicándolos y tratándolos con otro; se librarán de ellos más fácilmente; los dominará con mayor orden; verá lo que parecen al expresarlos en palabras; finalmente, se sentirá más sabio; y eso con una hora de conversación más que con un día de meditación. Dijo Temístocles al rey de Persia: *Que el habla era como tapiz de Arras abierto y extendido en el que las imágenes se muestran en figuras, mientras que en los pensamientos yacen como empaquetadas*<sup>[5]</sup>. Tampoco este segundo fruto de la amistad, al abrir el entendimiento, se restringe sólo a esos amigos capaces de dar un consejo humano (que son los mejores) sino aun sin que ese hombre se conozca y saque a relucir sus pensamientos y afile su ingenio como en una piedra de amolar, ya que por sí mismos no tienen filo. En una palabra, mejor es que un hombre se dirija a una pintura o una estatua, que soportar que sus pensamientos se asfixien.

Agreguemos, para completar este segundo fruto de la amistad, ese otro punto que está más abierto y pasa sin que el vulgo lo observe, y que es el fiel consejo de un amigo. Heráclito dijo acertadamente en uno de sus enigmas: *La luz seca siempre es la mejor*; y, en verdad, que la luz que un hombre recibe del consejo de otro es más seca y pura que la proveniente de su propio entendimiento y juicio, los cuales siempre están sumidos y empapados en sus afectos y hábitos. Así es que hay tanta diferencia entre el consejo que da un amigo y el que un hombre se da a sí mismo como entre el consejo de un amigo y el de un adulador; pues no hay mayor adulador que la propia conciencia, y no hay mejor remedio contra la autoadulación que la libertad de un amigo. El consejo es de dos tipos: el uno se refiere a las costumbres, y el otro a los negocios; en cuanto al primero, el mejor recurso para mantener el espíritu en plena salud es la sincera admonición de un amigo. La voz de la conciencia para que demos cuenta estricta es una medicina que resulta a veces demasiado punzante y corrosiva; la lectura de buenos libros de moral es un

poco simple y mortecina; observar nuestras faltas en los demás resulta muchas veces inapropiado para nuestro caso; pero la mejor receta (digo la más eficaz y la mejor de tomar) es la admonición de un amigo. Es cosa extraña ver que grandes errores y extremados absurdos cometen muchos (especialmente los de mayor grandeza) por carecer de un amigo que se los advierta, con daño grande tanto de su fama como de su fortuna; como dice Santiago, son como quien *contempla en un espejo su rostro, inmediatamente se va y al instante se olvida de cómo era*<sup>[6]</sup>. En cuanto a los negocios, una persona puede pensar, si lo desea, que dos ojos no ven más que uno; o que un jugador siempre ve más que un observador; o que un hombre encolerizado se mantiene tan prudente como el que ha recitado antes las veinticuatro letras; o que se puede disparar un mosquete lo mismo apoyándolo en el brazo que en algo firme; y otras imaginaciones insensatas y remontadas que pueda pensar enteramente por su cuenta; pero cuando todo está hecho, la ayuda de un buen consejo es tal que endereza los negocios. Y si alguien piensa que tomará consejo, pero que será en partes, pidiendo consejo sobre un asunto a un hombre y sobre otro asunto a otro hombre bien está (es decir, mejor es que no pedir consejo alguno); pero corre dos peligros: uno, que no sea sinceramente aconsejado, pues es cosa rara, excepto que proceda de un amigo perfecto y completo, recibir consejo que no esté inclinado y torcido hacia ciertos fines que tenga el que lo da; el otro peligro es que tendrá el consejo, dañoso e inseguro (aunque con buena intención) y mezclado, en parte, de desprecio, y en parte, de remedio; si llamaras a un médico que crees es bueno para curar la enfermedad que te aqueja, pero que no tiene conocimiento previo de tu cuerpo puede, por tanto, ponerte en camino de curar tu enfermedad presente, pero arruinarte la salud en otro aspecto con lo cual cura la enfermedad pero mata al paciente. Mas un amigo, perfectamente conocedor de la situación de una persona se dará cuenta, favoreciendo el negocio presente, cómo tendrá que evitar otros inconvenientes. Por tanto, no te apoyes en consejos desperdigados, más bien te distraerán y desorientarán, que aposentarte y dirigirte.

Después de esos nobles frutos de la amistad (paz en los afectos y ayuda en el juicio), sigue el último fruto, que es como la granada, pleno de granos; quiero decir ayuda y participación en todas las acciones y ocasiones. La mejor forma de representar la vida y multiforme uso de la amistad es tratar de ver cuántas cosas hay que un hombre no pueda hacer por sí mismo; entonces parecerá moderado el dicho de los antiguos: *que un amigo es otro yo*, pues un amigo es mucho más que eso. Los hombres tienen su época y mueren muchas veces

con el deseo de algunas cosas que principalmente guardan en su corazón: la sucesión de un hijo, la conclusión de una obra, y cosas análogas. Si un hombre tiene un verdadero amigo, puede descansar casi seguro de que el cuidado de esas cosas continuarán después de él; con lo cual ese hombre tiene, como si dijéramos, dos vidas en sus deseos. El hombre tiene un cuerpo y ese cuerpo está confinado en un lugar; pero donde hay amistad, todas las ocupaciones de la vida, como si dijéramos, le están permitidas, a él y a su sustituto, porque puede ejercerlas mediante su amigo. ¿Cuántas cosas hay que el hombre no puede hacer o decir por sí mismo con cierta apariencia o belleza? El hombre apenas puede alegar sus propios méritos con modestia, mucho menos alabarse de ellos; no puede a veces ponerse a suplicar o mendigar y otras muchas cosas semejantes; pues todas esas cosas son gratas en boca de un amigo pero serían vergonzosas en la propia. Así es que, insistimos, la persona humana tiene muchas relaciones privadas de las que no puede prescindir. No puede hablar a su hijo a no ser como padre; a su mujer, como esposo; a su enemigo a no ser en una tregua; mientras que un amigo puede hablar según lo requiera el caso y no como corresponda a la persona. Pero enumerar esas cosas sería interminable. He dado la norma según la cual un hombre no puede desempeñar con propiedad su papel; si no tiene un amigo, puede retirarse de la escena.

## DE LOS GASTOS (1597)

Las riquezas son para gastarlas y los gastos para el honor y las buenas acciones; por tanto, los gastos extraordinarios deben estar limitados por el mérito de la ocasión; pues la ruina voluntaria puede ser tanto por la patria humana como por el reino de los cielos; pero los gastos ordinarios deben estar limitados por los bienes personales y administrados a ese respecto, como si estuvieran dentro de sus límites, y no sujetos a engaños y abusos de los criados, y ordenados para su mejor utilización, ya que las facturas pueden ser menores que la estimación ajena. En verdad que si un hombre quiere mantener equilibrio, sus gastos ordinarios deben ser la mitad de sus ingresos; y si quiere llegar a rico, la tercera parte. No hay bajeza en los grandes al descender para examinar sus bienes propios. Algunos no lo hacen, no sólo por negligencia sino por temor a caer en melancolía al encontrarlos en quiebra; pero las heridas no pueden curarse sin buscarlas. Aquellos que, en definitiva, no pueden examinar la situación de sus bienes, tienen necesidad tanto de elegir bien a quienes emplean como de cambiarlos con frecuencia; pues los nuevos son más temerosos y menos sutiles. El que puede examinar sus bienes aunque de tarde en tarde, eso le obligará a convencerse. El hombre necesita, si tiene que gastar mucho en ciertas cosas, ahorrar, en cambio, en otras; si gasta mucho en comida, ahorrar en ropa; si gasta mucho en el salón de recepciones, ahorrar en las cuadras; y así sucesivamente. Pues el que gasta mucho en todo a duras penas se preservará de la decadencia. Al contraer deudas y cargas sobre sus bienes, también puede perjudicarse al ser demasiado precipitado al dejarlas correr demasiado; pues las ventas apresuradas son, generalmente, tan desventajosas como el interés. Además, el que cambia inmediatamente, puede arrepentirse; pues, el encontrarse en dificultades, puede alterarle las costumbres; pero el que cambia paulatinamente se habitúa a la frugalidad y sale ganando tanto espiritualmente como en sus bienes. En verdad, quien tiene que fortalecer sus bienes no debe

despreciar las pequeñeces; y, por lo general, es menos deshonroso disminuir pequeñas cargas que doblegarse ante pequeños ingresos. El hombre debe ser cauto en iniciar cargas que, una vez empezadas, han de continuar; pero en cosas que no se han de repetir puede ser más espléndido.

## DE LA VERDADERA GRANDEZA DE LOS REINOS Y LOS ESTADOS (1612)

Las palabras de Temístocles el ateniense, que era tan altivo y arrogante, al tenerse en tanto, fueron una observación y censura graves y sabias, aplicadas en general a otros. Requerido, durante una fiesta, para que tocara la lira, dijo: *No sabré tañer una lira, pero sí hacer de una ciudad pequeña una gran ciudad*<sup>[1]</sup>. Esas palabras (que tienen un poco de metáfora) pueden expresar dos capacidades diferentes en quienes se ocupan de asuntos de Estado; pues si se ha de realizar un verdadero examen de los consejeros y hombres de Estado, puede encontrarse (aunque raramente) los que son capaces de hacer de un Estado pequeño uno grande y sin embargo no sepan tañer; como por otra parte, se encontrarán otros muchos que puedan tañer con mucha destreza pero están muy lejos de poder convertir un Estado pequeño en uno grande, ya que sus dotes residen en lo contrario: llevar un gran Estado floreciente a la ruina y la decadencia. Y cierto es que esas artes y habilidades degeneradas, con las que muchos consejeros y gobernadores ganan a la vez favor con sus señores y estimación del público, no merecen mejor nombre que el de tañer; siendo cosas más bien placenteras y de pasatiempo y sólo agradables para ellos, que tendentes a la prosperidad y progreso del Estado al que sirven. También hay, sin duda, consejeros y gobernadores que pueden considerarse suficientes, *negotii pares*, capaces de manejar los asuntos y preservarlos de precipicios y peligros manifiestos; quienes, no obstante, están muy lejos de la capacidad de elevar y ampliar el poder, los medios y la fortuna de un Estado. Pero sean la clase de trabajadores que sean, hablemos del trabajo; es decir, la verdadera grandeza de reinos y Estados y de los medios para ello. Un argumento apropiado para que lo utilicen los príncipes grandes y poderosos: que, en definitiva, nadie que sobreestime sus fuerzas les hará perderse en empresas vanas ni, por otra parte, quien las desestime les hará descender a consejos temerosos y pusilánimes.

La grandeza de un Estado, en volumen y territorio, tiene que tener medida; y la grandeza de las finanzas y rentas debe ser administrada. La población debe conocerse por censos, y el número y tamaño de ciudades y poblaciones, por planos y mapas; no obstante, nada hay entre los asuntos públicos más sujeto a error que la verdadera y justa evaluación del poderío y fuerzas de un Estado. El reino de los Cielos se compara no a ninguna almendra o nuez grande sino a un grano de mostaza que es una de las semillas más pequeñas, pero lleva dentro de sí la propiedad y la fuerza para crecer y engrandecerse. Así, hay Estados grandes en territorio pero que no son aptos para crecer o dominar; y otros que tienen pequeña raíz y sin embargo pueden ser cimientos de grandes monarquías.

Ciudades amuralladas, arsenales y armerías, excelentes razas de caballos, carros de guerra, elefantes, municiones, artillería y demás no son sino una oveja con piel de león, salvo que la educación y disposición del pueblo sea fuerte y belicosa. Ni tampoco el número en sí de ejércitos importa mucho donde el pueblo tiene poco arrojo; pues como dijo Virgilio: *Nunca preocupa al lobo el número de ovejas*<sup>[2]</sup>. El ejército de los persas en las llanuras de Arbelas era un vasto mar de hombres que de tal modo dejó atónitos a los jefes del ejército de Alejandro que éstos acudieron a él y le propusieron atacarlo de noche; pero él les contestó que *no quería hurtar la victoria*; y la derrota fue fácil<sup>[3]</sup>. Cuando el armenio Tigranes acampó con cuatrocientos mil hombres en una colina, descubrió que el ejército de los romanos, en marcha hacia él, no sobrepasaba los catorce mil, se alegró y dijo: *Esos hombres son demasiados para una embajada y muy pocos para un combate*; pero antes de la puesta del sol, comprobó que eran más que suficientes para infligirle una derrota con gran carnicería. Son muchos los ejemplos de la gran disparidad entre número y valentía; así es que se puede hacer un juicio acertado sobre que el punto principal de la grandeza de cualquier Estado está en tener una estirpe de militares. Tampoco es el dinero el nervio de la guerra (como se suele decir vulgarmente) donde el nervio de los soldados, compuestos de gentes afeminadas, falla; pues dijo bien Solón a Greso (cuando, por ostentación, éste mostró su oro): *Señor, si ocurre que alguien tenga mejor hierro que tú, se hará dueño de todo este oro*. Por tanto, que todo príncipe o Estado piense con sobriedad respecto a sus fuerzas, salvo que su milicia de nativos esté compuesta de soldados buenos y valientes; y que, por otra parte, los príncipes que tengan súbditos de capacidad guerrera, conozcan su propia fuerza, salvo que carezcan de ella. En cuanto a las tropas mercenarias (que es



la ayuda en ese caso), todos los ejemplos muestran que, sea cual fuere el Estado o príncipe que se apoye en ellas, puede desplegar sus plumas durante algún tiempo pero pronto las perderá.

La bendición de Judá e Isacar nunca volverá a darse; pues el mismo pueblo o nación sería a la vez el cachorro de león y el asno entre las cargas; tampoco sucederá que un pueblo sobrecargado de tributos se convierta jamás en valiente y guerrero. Es cierto que los tributos impuestos por consentimiento del Estado abaten menos el coraje de los hombres; como se ha visto muy claramente en los impuestos de los Países Bajos y, en cierto modo, en los subsidios de Inglaterra; pues debe notarse que hablamos ahora del ánimo no de la bolsa; así es que, aunque los mismos tributos e impuestos, ya sean por consentimiento o por imposición, van todos contra la bolsa, sin embargo, es distinto respecto a la disposición de ánimo. Así es que se puede concluir que ningún pueblo sobrecargado de tributos es apropiado para el imperio.

Que los Estados que aspiren a la grandeza pongan atención en la excesiva rapidez de crecimiento de su nobleza y señorío, pues eso hace que el súbdito común ascienda a campesino e idílico pastor, haciéndole perder la cabeza, pero, en definitiva, trabajará para el señor. Incluso se puede ver en los bosques; si se plantan muy juntos los árboles jóvenes, nunca se tendrá un vivero limpio sino arbustos y matorrales. Lo mismo sucede en los países; si los caballeros son muchos el pueblo llano quedará rebajado; y se llegará a que ni uno de cada ciento servirá para llevar el casco, especialmente en la infantería que es el nervio de un ejército; y así habrá mucha población y poca fuerza. Esto que digo se ha visto mejor que en ningún sitio en la comparación de Inglaterra con Francia; ya que Inglaterra, aunque con mucho menos territorio y población, ha sido, no obstante, más fuerte; pues la gente media de Inglaterra hace mejores soldados que los campesinos de Francia. De ahí que el recurso del rey Enrique VII (de lo que he hablado por extenso en la historia de su vida) fue profundo y admirable al realizar granjas y casas de labor de un tipo determinado, es decir, dotadas con cierta proporción de tierras en ellas suficientes para mantener a un súbdito con plena holgura y no en condiciones serviles y mantener el arado en manos del dueño y no que fueran simples mercenarios; y así, por supuesto, se encontrará la característica que Virgilio concedía a la antigua Italia: *Terra potens armis atque ubere glebae*<sup>[4]</sup>.

Ni tampoco es que el Estado (que, según sé, es casi peculiar de Inglaterra y difícilmente se encontrará en otra parte, salvo, quizá, en Polonia) deba

ponerse por alto; quiero decir el Estado de ciudadanos libres sobre los nobles y señores, que en modo alguno son inferiores a los caballeros voluntarios; y por tanto, fuera de toda discusión, el esplendor y magnificencia, los grandes cortejos y hospitalidad de los nobles y señores ya consuetudinarios conducen a la grandeza marcial; de donde, contrariamente, el encerramiento y reserva en la vida de los nobles y señores causa penuria en las fuerzas militares.

Debe procurarse por todos los medios que el tronco del árbol de la monarquía de Nabucodonosor sea lo bastante grande para sustentar las ramas y los renuevos, es decir, que los súbditos naturales de la corona, o Estado, mantengan una debida proporción de súbditos extranjeros sobre los que gobiernen. Por tanto, todos los Estados que son liberales en la naturalización de extranjeros son aptos para el imperio; pues pensar que un puñado de gente puede, aun con el mayor arrojo y política del mundo, abarcar una extensión de dominio demasiado grande, es algo que podrá sostenerse durante algún tiempo, pero acabará fallando repentinamente. Los espartanos eran muy escrupulosos respecto a la naturalización; de ahí que, mientras mantuvieron sus límites, estuvieron firmes; pero cuando se expandieron y las ramas fueron demasiado grandes para el tronco, cayeron arrancadas por el viento repentinamente. Jamás Estado alguno fue, en este punto, tan abierto para recibir extranjeros en sus límites como lo fueron los romanos; por lo cual, ocurrió lo que correspondía, pues llegaron a ser la mayor monarquía. Su tónica fue conceder la naturalización (que ellos llamaban *jus civitatis*<sup>[5]</sup>), concedería en el máximo grado, es decir, no sólo *jus commercii*, *jus connubii*, *jus haereditatis*, sino también *jus suffragii* y *jus honorum*<sup>[6]</sup>; y no sólo a personas únicas sino igualmente a familias enteras, incluso a ciudades y a naciones. Agréguese a esto su costumbre de instaurar colonias, dé donde la semilla romana fue trasplantada al suelo de otras naciones y, poniendo ambas constituciones juntas, se verá que no fueron los romanos los que se expandieron sobre el mundo, sino el mundo sobre los romanos; y ése fue el camino seguro de su grandeza. Algunas veces me ha maravillado de cómo España puede abarcar y conservar tan grandes dominios con tan escasos españoles; pues seguro que el área de España es un gran tronco de árbol muy superior al de Roma y Esparta al principio; y además, aunque no han utilizado esa libertad en la naturalización, no obstante, tienen lo que está muy cerca de ella; es decir, emplear, casi indiferentemente, todas las naciones en su milicia de soldados; incluso, algunas veces, en sus jefes de mayor graduación; y no es

que parezca en estos momentos, que notan la falta de nativos como parece indicar la Pragmática Sanción<sup>[7]</sup>, recientemente publicada.

En verdad que las artes sedentarias y caseras y las manufacturas delicadas (que más requieren los dedos que los brazos) tienen en su naturaleza cierta disparidad en la disposición militar; y generalmente, toda la gente con aptitud guerrera es un poco holgazana y le gusta más el peligro que el trabajo; ni tampoco se le debe contrariar mucho en eso si se la quiere preservar con vigor. Por tanto, fue una gran ventaja para los antiguos Estados de Esparta, Atenas, Roma y otros el que utilizaran esclavos que generalmente desempeñaban esas manufacturas; pero eso fue abolido, en gran parte por el derecho cristiano. Lo que se aproxima mucho a eso es dejar libremente el ejercicio de esas artes a los extranjeros (quienes, con tal fin, son los que con más facilidad se pueden admitir) y mantener el grueso principal del pueblo llano nativo dentro de esas tres ramas: cultivadores del campo, sirvientes libres y artesanos de las artes pesadas y principales tal como herreros, albañiles, carpinteros, etc., que no se les cuenta entre los soldados profesionales.

Pero sobre todo, para el imperio y la grandeza lo que más importa es que la nación profese las armas como su principal timbre de gloria, de preocupación y ocupación; pues las cosas de las que hemos hablado antes no son más que cualidades para las armas. ¿Y qué son las cualidades sin intención y acción? Rómulo, después de su muerte (según relatan o inventan), dejó un presente a los romanos que, sobre todo, les haría ocuparse de las armas y luego crear el mayor imperio del mundo. La edificación del Estado de Esparta estaba estructurada y compuesta completamente (aunque no sabiamente) con esa perspectiva y finalidad; los persas y macedonios las tuvieron sólo como un relampagueo; los galos, germanos, godos, sajones, normandos y otros, las tuvieron durante algún tiempo; los turcos las tienen en nuestros días, aunque en gran decadencia. De la Europa cristiana, los únicos que la tienen efectivamente son los españoles; pero es tan claro que cada uno progresa en lo que más se propone, que no es necesario insistir más. Es suficiente con señalar que ninguna nación que no profese directamente las armas puede esperar que venga a parar a sus manos grandeza alguna; y que, por otra parte, el oráculo más certero del tiempo es que aquellos Estados que persisten en esa profesión (como principalmente han hecho romanos y turcos) hacen maravillas; y aquellos que han profesado las armas pero sólo durante una época, generalmente han conseguido la grandeza en esa época que luego les

ha mantenido durante largo tiempo aun cuando su profesión y ejercicio hubiera decaído.

Incidental para un Estado a este respecto es tener esas leyes o costumbres que pueden hacerlo avanzar (si se lo propone) precisamente con ocasión de la guerra; porque hay tal justicia impresa en la naturaleza del hombre que no entra en las guerras (donde tantas calamidades producen) sino con ciertos motivos y querellas, por lo menos especiosos. El turco tiene a mano, como causa de la guerra, la propagación de su ley o secta, una querella que siempre puede dominar. Los romanos, aunque estimaban que era gran honor para sus generales la extensión de los límites de su imperio, nunca se apoyaban sólo en eso para hacer la guerra. Por tanto, que las naciones que pretenden su grandeza tengan primeramente esto; sensibilidad para los inconvenientes, tanto con los vecinos limítrofes, como con los comerciantes y ejecutores políticos; y que no aguarden mucho ante la provocación; segundo, que les rueguen pero estén dispuestos a prestar ayuda y socorros a sus confederados, como hicieron siempre los romanos; hasta tal punto que, como los confederados tenían ligas defensivas con otros Estados distintos y una vez bajo amenaza de invasión les pidieran ayuda muy seriamente, entonces los romanos eran los más avanzados y no dejaban que ningún otro Estado tuviera el honor de prestar esa ayuda. En cuanto a las guerras, que en la antigüedad se hacían en beneficio de una especie de partido, o con la tácita conformidad del Estado, no veo cómo pueden ser bien justificadas: como cuando los romanos hicieron una guerra por la libertad de Grecia; o cuando los lacedemonios y los atenienses hicieron guerras para instaurar o derrocar democracias y oligarquías; cuando las guerras se hicieron por extranjeros con el pretexto de justicia o protección, para liberar a los súbditos de otros de la tiranía y opresión, y así sucesivamente. Baste decir que ningún Estado espere ser grande si no está alerta ante toda ocasión justa para armarse.

Nadie puede estar sano sin ejercicio, tanto el cuerpo naturalmente como el político; y, verdaderamente, para un reino o Estado, una guerra justa y honorable es el verdadero ejercicio. Una guerra civil, por supuesto, es como el calor de la fiebre; pero una guerra con el extranjero es como el calor del ejercicio y sirve para mantener sano el cuerpo; porque, en la paz indolente, el valor se afeminará y se corromperán las costumbres. Pero, sea lo que fuere para la felicidad, la grandeza, sin discusión, se apoya en su mayor parte en las armas; y la fuerza de un ejército veterano permanente (aunque sea un asunto costoso) es la que generalmente proporciona el derecho o, al menos, la

reputación entre todos los Estados veteranos, como bien se puede ver en España, la cual ha tenido, en una u otra parte, un ejército veterano casi continuamente, desde hace ciento veinte años.

Ser dueño de los mares es una abreviación de la monarquía. Cicerón, al escribir a Atico sobre los preparativos de Pompeyo contra César, dice: *Consilium Pompeii plane Themistocleum est; putat enim, qui mari potitur; eum rerum potiri*<sup>[8]</sup>, y, sin duda, Pompeyo hubiera excedido a César, si por una confidencia vana no hubiera abandonado ese propósito. Vemos los grandes efectos de las batallas marinas. La batalla de Actium decidió el imperio del mundo; la de Lepanto detuvo la grandeza del turco. Hay muchos ejemplos en que los combates marítimos han puesto fin a la guerra; pero eso es cuando los príncipes o Estados han dedicado el mayor esfuerzo a las batallas. Pero hay mucho de cierto en que quien domina el mar posee gran libertad y puede tomar lo mucho o lo poco que quiera de la guerra; ya que, quienes son muy fuertes por tierra, se ven muchas veces en grandes apuros. Seguramente que en nuestros días, en Europa, la ventaja del poderío marítimo (que es una de las principales dotes de este reino de Gran Bretaña) es grande; tanto debido a que la mayoría de los reinos de Europa no están meramente en el interior sino bañados por el mar en la mayor parte de su territorio, como porque la riqueza de ambas Indias parece, en gran parte, un bien accesorio al dominio de los mares.

Las guerras de las últimas épocas parecen haberse desarrollado en la oscuridad comparadas con la gloria y honra que las guerras de la antigüedad reflejaban en los hombres. Ahora hay para el estímulo marcial, algunos grados y órdenes de caballería que, no obstante, se confieren confusamente a soldados y paisanos; y algunos recuerdos, quizá, sobre los blasones; y algunos hospitales para soldados heridos; y cosas análogas; pero en los tiempos antiguos había los trofeos erigidos en el lugar de la victoria; honras fúnebres y monumentos para aquellos que murieron en las guerras; las coronas y guirnalda individuales; el estilo del emperador que después imitaron los grandes reyes del mundo; los triunfos de los generales a su regreso; los grandes donativos y larguezas al licenciar las tropas; todo eso eran cosas capaces de inflamar el arrojo de los hombres. Pero, sobre todo, que los triunfos entre los romanos no eran espectáculos o diversiones sino una de las instituciones más sabias y nobles que jamás haya habido porque contenían tres cosas: honor al general, riquezas para el tesoro procedentes del botín y donativos a las tropas. Pero aquel honor, quizá no fuera apropiado en las

monarquías, salvo que correspondiera a la propia persona del monarca o de sus hijos; así sucedió que en los tiempos de los emperadores romanos, éstos se apropiaron de los triunfos para sí y sus hijos en las guerras que ellos llevaron a cabo, y en las guerras llevadas a cabo por los súbditos, algunas vestiduras triunfales y banderas para el general.

Para finalizar: nadie puede a fuerza de cavilar (como dicen las escrituras) *añadir un codo a su estatura*, a ese pequeño modelo del cuerpo humano; pero en la gran estructura de los reinos y de las repúblicas está en el poder de los príncipes o de los Estados agregar amplitud y grandeza a su reino; pues introduciendo ordenanzas, constituciones y costumbres tales como las aludidas, pueden sembrar la grandeza para la posteridad y sus sucesores; pero estas cosas no suelen ser atendidas sino dejadas para la ocasión propicia.

## DEL RÉGIMEN DE SALUD (1597)

Hay en esto una sabiduría que sobrepasa las normas de la medicina. La propia observación de cada cual, lo que encuentra bien y lo que encuentra mal, es la mejor medicina para preservar la salud; pero es más seguro decir: *Esto no me conviene, por tanto no seguiré con ello*, que esto otro, *no encuentro daño en esto, por tanto puedo usarlo*: porque la fortaleza natural en la juventud resiste muchos excesos cuyos efectos no se notan hasta edad avanzada. Daos cuenta del paso de los años y no sigáis haciendo la misma cosa siempre, pues no se podrá desafiar a la edad. Estad alerta ante los cambios repentinos en los puntos importantes de la alimentación y, si es necesario imponerlos, adaptad lo demás a ellos; pues es un secreto tanto en lo natural como en lo artificial, que es más seguro cambiar muchas cosas que una sola. Examinad vuestros alimentos habituales, sueño, ejercicios, ropas y cosas análogas; y tratad, en todo lo que juzguéis dañino, de interrumpirlo poco a poco; pero de tal modo que, si encontráis algún inconveniente con el cambio, volváis a ello otra vez; porque es difícil distinguir lo que generalmente se tiene por bueno y saludable de lo que es bueno particularmente y apropiado para vuestro cuerpo. Estar despreocupado y de buen humor a las horas de las comidas, del sueño y del ejercicio es uno de los mejores preceptos para larga vida. En cuanto a las pasiones y ocupaciones de la mente, evitad la envidia, los miedos angustiosos, la ira interior, las cuestiones sutiles y complicadas, las alegrías y risas excesivas, las tristezas no comunicadas. Las esperanzas gratas, regocijos más que alegrías, variedad en los deleites más que el hastío de ellos; maravillarse y asombrarse y por tanto tener novedades; estudios que llenan la mente con temas espléndidos y nobles como historias, fábulas y contemplación de la naturaleza. Si te alejas completamente de la medicina, la encontrarás demasiado extraña a tu cuerpo cuando la necesites; si te familiarizas demasiado con ella, no te producirá mucho efecto cuando te sobrevenga la enfermedad. Más bien recomiendo alguna dieta en ciertas estaciones que el

uso frecuente de la medicina, salvo que se haya hecho ya habitual porque entonces esas dietas alteran más el cuerpo pero lo perjudican menos. No desprecies los nuevos acaecimientos en tu cuerpo sino que has de pedir consejo sobre ello. En la enfermedad, pon atención a la salud; y en la salud, a la acción. Porque quienes se preocupan de mejorar su cuerpo durante la salud, put len, en la mayoría de las enfermedades que no sean muy agudas, curarse sólo con dieta y vigilancia. Celso no habría podido hablar como médico, de no haber sido un sabio al mismo tiempo, cuando daba como uno de los grandes preceptos de salud y longevidad que el hombre debía variar e intercambiar los contrarios pero con tendencia al extremo más benigno. Utilizar el ayuno y la comida completa, pero más bien la comida completa; velar y dormir, pero mejor dormir; reposo y ejercicio, aunque mejor el último, y así sucesivamente; así se cuidará la naturaleza y se enseñará a dominarla. Algunos médicos son muy complacientes y conformables con el humor del paciente con lo que no alcanzan la verdadera curación de la enfermedad; algunos otros son tan exactos en proceder con el arte de la curación que no respetan suficientemente la condición del paciente. Escoge uno intermedio; o, si eso no lo encuentras en un solo hombre, combinar dos de ambos tipos; y no olvides de trabar profundo conocimiento con tu propio cuerpo, pues eres el más indicado para ello.



## DE LA SOSPECHA (1625)

Las sospechas entre los pensamientos son como los murciélagos entre los pájaros, siempre vuelan en el crepúsculo. En verdad, deben ser reprimidas o, por lo menos, bien guardadas; porque nublan la mente, hacen perder los amigos, e interrumpen nuestros asuntos, con lo cual los asuntos no pueden marchar bien y con constancia. Predisponen a los reyes hacia la tiranía, a los esposos hacia los celos, a los sabios hacia la irresolución y la melancolía. Son defectos, no del corazón sino del cerebro; pues se asientan en las naturalezas más fuertes como en el caso de Enrique VII de Inglaterra. No hubo un hombre más suspicaz ni tampoco más fuerte; y en tales organismos producen poco daño; porque, generalmente no los admiten, sino después de examinarlos, sean verosímiles o no; pero en las naturalezas medrosas ganan terreno muy rápidamente. Nada hace sospechar más a una persona que el saber poco; y, por tanto, los hombres suelen remedar las sospechas procurando saber más y no dejar que se asfixien las sospechas. ¿Qué han de hacer? ¿Deben pensar que aquellos a los que dan empleo y con quienes tratan son santos? ¿No deberán pensar que ellos tienen sus propios fines y ser más veraces consigo que con ellos? Así es que no hay más medio de moderar las sospechas que tomarlas como verdaderas, y no obstante, refrenarlas como si fueran falsas; pues mientras un hombre deba hacer uso de las sospechas para precaverse, como si fuera cierto que sospechase, eso no le hará daño. Las sospechas creadas en la propia mente no son más que zumbidos; pero las sospechas nutridas artificialmente y metidas en la cabeza de una persona por cuentos y chismes de otras, escuecen. En verdad el mejor medio de abrirse camino en ese bosque de sospechas es comunicarlas francamente a las personas de quienes se sospecha, pues con eso se sabrá con seguridad más de la verdad sobre ellas de lo que se sabía antes; y al mismo tiempo se hará que esas personas sean más circunspectas para no volver a dar motivos de sospechas. Pero eso no debe hacerse con personas de baja condición, porque éstas, si ven que se sospecha

de ellas, nunca serán veraces. Los italianos dicen: *sospetto licentia fede*<sup>[1]</sup>; como si la sospecha diese un pasaporte a la fe; pero más bien debe inducir a su rehabilitación.

## DEL DISCURSO (1597)

Algunos desean en su discurso más el elogio de su ingenio, al poder sostener cualquier argumento, que juicio en discernir lo que es verdad; como si fuese un elogio saber lo que se pudiera decir y no lo que se debe pensar. Algunos usan ciertos lugares comunes y temas en los que se sienten fuertes, pero necesitan variedad, pues esa clase de pobreza resulta tediosa la mayoría de las veces y, cuando es advertida, ridícula. La parte más honorable de la conversación es proponer el tema y luego moderar la marcha y pasar a cualquier otro; de ese modo, el que habla dirige la danza. Está bien en el discurso y la conversación variar y entremezclar al tema presente argumentos diversos, anécdotas, hacer preguntas y opinar, y mezclar lo jocoso con lo serio; porque es aburrido estirar un tema y atiborrarse de él. En cuanto a las jocosidades, hay ciertas cosas que deben quedar a salvo de ellas; más concretamente, religión, asuntos de Estado, personas eminentes, todo asunto de importancia de una persona que esté presente, y todo caso que merezca compasión; no obstante, hay algunos que creen que su ingenio ha estado dormido, salvo que lanzan algo que es incisivo, y rápidamente; eso es una inclinación que debe refrenarse: *Parce, puer, stimulis, et fortius utere loris*<sup>[1]</sup>. Y, en general, se debe encontrar la diferencia entre lo salado y lo amargo. En verdad que quien tiene vena satírica, al tiempo que hace a los demás temer su ingenio, debe él temer la memoria de los demás. El que pregunta mucho aprenderá y satisfará mucho, pero, en especial, si encamina sus preguntas a la habilidad de las personas a quienes pregunta, pues les dará ocasión de complacerse en contestar, y él seguirá recogiendo información; pero que sus preguntas no sean embarazosas pues eso es propio de los examinadores. Y que esté seguro de dejar a los otros su correspondiente turno para hablar; es más, si hay alguien que quiera predominar y ocupar él solo todo el tiempo, déjesele tiempo para que se descargue y que continúen los otros, como hacen los músicos con los que bailan gallardas demasiado largas. Si disimulas

algunas veces tu conocimiento de lo que crees saber, en otra ocasión pensarás que conoces lo que no sabes. El hablar un hombre de sí mismo debe ser raras veces y eligiendo bien. Conocí uno del que se decía con desprecio: *Necesitaría ser sabio, habla demasiado de sí mismo*; sólo hay un caso en que el hombre puede alabarse en buena ley y es alabando la virtud de otro, especialmente si es una virtud a la que él aspira. Las conversaciones sobre particularidades individuales de otros deben utilizarse con moderación; porque el discurso debe ser como un campo, que no entre en casa de nadie. Conocí a dos nobles, del Oeste de Inglaterra, de los cuales, uno era dado a las burlas, pero siempre se mantenía serio en su casa; como el otro preguntara a los que se habían sentado a la mesa del primero: *Decidme sinceramente, ¿no profirió algún insulto o hizo un comentario sarcástico?*, los invitados le contestaron: *Sucedió esto y lo otro*. El otro dijo: *creí que estropearía una buena comida*. La discreción en el hablar vale más que la elocuencia; y conversar en tono agradable con quien tratamos vale más que expresarse con buenas palabras y en buen orden. Una intervención buena y continuada, sin ninguna buena intervención del interlocutor, indica estupidez; una buena réplica, o segunda intervención, sin palabras bien sentadas, indica superficialidad y debilidad. Como vemos en las bestias que las que son más débiles en la carrera son más ágiles en las vueltas; como sucede con el galgo y la liebre. Utilizar demasiada prolijidad, antes de entrar en materia, es enojoso; no utilizar ninguna, es grosería.

## DE LAS COLONIAS (1625)

Las colonias eran entre los antiguos obras primitivas y heroicas. Cuando el mundo era joven necesitaba más hijos; ahora es viejo y necesita menos: pues puedo decir con verdad que las nuevas colonias son hijas de los primitivos reinos. Me gusta una colonia en un suelo puro, es decir, donde la gente no se haya desarraigado de un sitio para arraigar en otro; porque eso es más una extirpación que una colonización. La colonización de países es como la plantación de bosques, pues debe contarse con perder casi veinte años de beneficios y esperar la recompensa al final; porque la principal causa de la destrucción de la mayoría de las colonias ha sido la vil y apresurada recogida de beneficios en los primeros años. Ciertamente es que los beneficios rápidos no deben ser desdeñados, en tanto que estén en armonía con el bien de la colonia, pero sin sobrepasarlo. Es cosa vergonzosa y maldita coger la hez de la gente y perversos condenados para que formen la población con la que se va a colonizar; y no es sólo eso sino que se arruina la colonia; pues siempre vivirán como malvados y no se pondrán a trabajar sino a holgazanear y hacer daño, malbaratar las vituallas, sentirse pronto cansados y luego informar a su país para desacreditar a la colonia. Las gentes que se lleven a colonizar tienen que ser hortelanos, labradores, braceros, herreros, carpinteros, aserradores, pescadores, cazadores de volatería, con algunos boticarios, cirujanos, cocineros y panaderos. En un país de colonización, mírese primero qué clase de víveres produce aquel terreno sin necesidad de cultivo, como son las castañas, nueces, piñas, aceitunas, dátiles, ciruelas, cerezas, miel y cosas análogas y utilícese. Luego téngase en cuenta qué vituallas o cosas comestibles hay que maduren rápidamente dentro del año, como son las chirivías, zanahorias, nabos, rábanos, alcachofas, maíz y demás. Porque el trigo, cebada y avena requieren mucha labor; pero puede empezarse con guisantes y judías, pues ambos requieren menos labor y porque se pueden cocinar y son panificables; análogamente, se saca gran provecho del arroz que

es buen alimento. Sobre todo debe llevarse aprovisionamiento de galleta, harina de avena, de trigo y de otros granos, etc., al principio, hasta que se pueda hacer pan. En cuanto a ganado y aves llévase principalmente los que están menos expuestos a enfermedades y se reproducen con mayor rapidez, como son los cerdos, cabras, gallos, pavos, gansos, palomas y otros. En las colonias, los víveres deben gastarse casi como en una ciudad sitiada, es decir, con cierto racionamiento; y que la mayor parte del terreno dedicado a huertas o cultivo de granos sea comunal; se recoja y se almacene y luego se distribuya proporcionalmente; además, algunas parcelas de terreno de propiedad privada que serán estercoladas en beneficio del dueño. Así mismo, considérese qué cosecha natural proporciona el suelo de la colonia que pueda ayudar en cierto modo a costear los gastos de la colonia; pero no ha de ser, como hemos dicho, en inoportuno perjuicio de las principales mercancías, como ha ocurrido con el tabaco de Virginia. Por lo general abundan demasiado los bosques; así es que la madera puede valer para este caso. Si hay mineral de hierro y ríos donde establecer las fábricas, el hierro es un producto excelente donde abunde la madera. Se puede probar, si el clima es apropiado, la instalación de salinas; el cultivo de seda vegetal, análogamente, si es posible, resulta un buen producto; la pez y el alquitrán, donde hay almacén de abetos y pinos, no faltarán; también los árboles medicinales y las maderas olorosas proporcionan gran beneficio; así mismo las lejías y otras cosas que se puedan pensar; pero no se ahonde en el terreno con demasiado ardor, pues la esperanza de encontrar minas es muy incierta y contribuye a que los colonos se hagan perezosos para otras cosas. En cuanto a la gobernación, déjesela estar en manos de uno, asistido de un consejo que pueda establecer leyes marciales, con cierta limitación; y, sobre todo, que los hombres saquen provecho de su vida en el yermo, ya que siempre tienen a Dios y su servicio ante los ojos. Que la gobernación de la colonia no dependa de demasiados consejeros y delegados del país que se colonice sino de un número prudencial; y que sean mejor nobles y caballeros que comerciantes, pues éstos siempre miran a la ganancia presente. Que haya exención de aduanas hasta que la colonia adquiera potencialidad; y no sólo libertad aduanera sino libertad de traer las mercancías de donde mejor convenga, excepto que haya alguna causa especial de prudencia. No atestarla de gente enviando con demasiada rapidez compañía tras compañía; sino, más bien, observar cómo se van consumiendo y enviar las sustituciones adecuadas; pero en tal forma que el número pueda vivir holgadamente en la colonia y no con penuria debido al exceso. Ha habido gran peligro para la salud en algunas colonias fundadas a orillas de

mares y ríos, en terrenos pantanosos y malsanos; por tanto, aunque se comience en tales sitios para evitar transportes y otras incomodidades semejantes, edifíquese mejor en lo alto de los ríos que no a las orillas. Asimismo, concierne a la salubridad de la colonia, que tenga en ella buen acopio de sal que puede utilizarse en la conservación de víveres cuando sea necesario. Si se coloniza donde haya salvajes, no sólo se les atraiga con menudencias y baratijas sino que se les utilice con equidad y magnanimidad, aunque con la vigilancia adecuada; y no se gane su favor ayudándoles a invadir a sus enemigos aunque su defensa no sea errónea; envíese con frecuencia a algunos de ellos por los territorios de la colonia para que puedan ver cómo están en mejores condiciones que sus propios terrenos, y encómieselos cuando regresen. Cuando la colonia se sienta fuerte, entonces es tiempo de colonizar con mujeres y también con hombres; para que la colonia pueda expandirse con nuevas generaciones y no esté siempre escasa por su falta. La mayor malignidad del mundo es abandonar o desatender una colonia una vez que ya está avanzada; porque, además de la deshonra, convertirá en culpables a muchas gentes que merecen compasión.

## DE LAS RIQUEZAS (1612)

No puedo llamar mejor a las riquezas que el bagaje de la virtud; la palabra romana es mejor, *impedimenta*; pues si el bagaje es para un ejército, así son las riquezas para la virtud; ni se puede evitar ni dejar detrás pero estorba la marcha; aún más, el cuidar de él, muchas veces hace perder o altera la victoria. No hay verdadero uso de las grandes riquezas salvo en su distribución; lo demás es pura imaginación. Así dice Salomón: *Donde hay mucha hacienda, muchos son los que la comen, ¿y qué saca de ella el amo más que verla con sus ojos?*<sup>[1]</sup> El goce personal en cualquier hombre no alcanza a sentir las grandes riquezas: hay la custodia de ellas, o la capacidad de hacer repartos y donativos con ellas, o su fama, pero no un verdadero uso por parte del dueño. ¿No veis qué falsos precios se les ponen a piedrecitas preciosas y rarezas? ¿Y qué trabajos de ostentación se toman porque pueden parecer determinado uso de las grandes riquezas? Pero entonces diréis, pueden utilizarse para que los hombres compren con ellas el verse libres de peligros y molestias; como dice Salomón: *Las riquezas son como fortalezas en la imaginación de los ricos*; eso está excelentemente expresado, que está en la imaginación, y no siempre en la realidad; pues, en verdad, las grandes riquezas han vendido a más hombres que los han comprado. Trata de que no te ensoberbezcan las riquezas, sino las que puedas alcanzar honradamente; úsalas con moderación, distribúyelas de buen grado y despréndete de ellas sin pena; sin embargo, no te desentiendas de ellas ni sientas por ellas desprecio fraileesco, sino que has de distinguir, como Cicerón dice bien de Rabirio Postumo: *In studio rei amplificandae apparebat, non avaritiae praedam, sed instrumentum bonitatis quaeri*<sup>[2]</sup>. Escucha también a Salomón, y date cuenta del acumulamiento apresurado de riquezas: *Qui festinat ad divitias, non erit insons*<sup>[3]</sup>. Los poetas dicen que cuando Pluto (que es rico) es enviado por Júpiter, cojea y va despacio; pero cuando le envía Plutón<sup>[4]</sup>, corre y es ligero de pies; significado: que las riquezas alcanzadas por medios lícitos y trabajo



honrado, caminan despacio; pero cuando proceden de la muerte de otros (por herencias, testamentos y demás), se precipitan sobre el hombre. Pero análogamente puede aplicarse a Plutón, tomándole por el mal; pues cuando las riquezas proceden del mal (como por fraude y opresión y otros medios injustos), vienen con rapidez. Los caminos de enriquecimiento son muchos, y la mayoría, viles: la avaricia es uno de los mejores y, sin embargo, no es inocente; porque reprime al hombre de hacer obras de liberalidad y caridad. El mejoramiento del sueño es el más natural en la obtención de riquezas: porque es la bendición de nuestra magnánima madre, la de la tierra, pero es lento; no obstante, donde los hombres muy ricos se encorvan para la labranza, se multiplican las riquezas extraordinariamente. Conocí a un noble en Inglaterra que obtenía mayores rentas que ningún otro de aquellos tiempos, era muy importante como ganadero, pastor, maderero, minero, triguero y lo mismo respecto al hierro y numerosos productos análogos extraídos del suelo; así para él, la tierra era como un mar de inacabable extracción de productos. Uno comentó con acierto: *que él mismo había alcanzado con mucho trabajo una pequeña riqueza* y muy fácilmente grandes riquezas; porque cuando los almacenes de un hombre alcanzan tal punto en que puede esperar a que las mercancías suban de precio en los mercados y sobrepasar esas ocasiones, que para su beneficio son pocos los hombres adinerados, y asociarse con industriales más jóvenes, se acrecentarán grandemente. Las ganancias del comercio corriente y de las profesiones son honradas, favorecidas principalmente por dos cosas: por la diligencia y por la buena fama en los tratos; pero las ganancias en los negocios ocasionales son de naturaleza más dudosa, cuando se ha de esperar la necesidad de otras: tratar con sirvientes e intermediarios que intervengan en ellos; desplazar con astucia a otros que habrían sido mejores vendedores y otros recursos que son habilidosos e inmorales. En cuanto a la intervención en negocios de ocasión, cuando se compra sin intención de conservar la mercancía sino para volverla a vender, en general es con doble ganancia, tanto en perjuicio del vendedor como del comprador. La participación en negocios suele enriquecer mucho si se eligen bien las manos en las que se va a depositar la confianza. La usura es uno de los medios de ganancia más seguros pero uno de los peores, ya que por él se come el pan *In sudare vultus alieni*<sup>[5]</sup>; y, además, tendrá que afanarse hasta en los domingos; a pesar de todos los pesares tiene sus fallos; por eso los prestamistas piden que los desconocidos sean avalados por alguien que responda por ellos. La suerte, que interviene la primera en todo descubrimiento, o en todo privilegio, produce a veces un asombroso

acrecentamiento de las riquezas, como sucedió con el primer cultivador de azúcar en las Canarias; por tanto, si alguien puede actuar con verdadera lógica y tener a la vez juicio e ingenio, puede hacer grandes cosas, especialmente si los tiempos son apropiados. Los que se apoyan en ganancias seguras, difícilmente alcanzarán grandes riquezas; y los que ponen todo en la ventura, con frecuencia quiebran y llegan a la pobreza; por tanto, es bueno guardarse de las aventuras que tengan probabilidades de pérdida. Los monopolios y el acaparamiento de productos para su venta, donde no haya restricciones, son grandes medios de enriquecimiento, especialmente si se conoce qué cosas van a tener gran demanda y poderlas almacenar de antemano. Las riquezas alcanzadas por servicios, aunque sean del mejor origen, cuando se consiguen con adulación, complacencias y otros recursos serviles, pueden colocarse entre las peores. En cuanto a los pescadores de testamentos y albaceazgos (como dice Tácito de Séneca: *Testamenta et orbos tamquam indagine capi*)<sup>[6]</sup> es todavía peor, por los muchísimos hombres que al requerir un servicio se someten a personas peores que ellos. No se les crea mucho si aparentan desdeñar las riquezas, pues las desdeñan porque desesperan de ellas; y ninguno es peor que ellos cuando las alcanzan. No seáis tacaños; las riquezas tienen alas y algunas veces se echan a volar por su cuenta, y otras, hay que hacerlas volar para que se acrecienten. Las personas dejan sus riquezas o a sus parientes o al público; y las porciones moderadas en ambas cosas prosperan más. Los cuantiosos bienes dejados a un heredero son como un reclamo para todas las aves de rapiña que se cernirán para apresarlos si el heredero no tiene suficiente madurez y juicio; análogamente, las fundaciones y los legados ostentosos son como sacrificios sin sal y como sepulcros blanqueados de la limosna, los cuales muy pronto se pudrirán y corromperán por dentro. Por tanto, no midas tus progresos por la cantidad, sino que has de medirlos en su armazón y no difieras la caridad hasta la muerte, pues, en verdad, si se sopesa correctamente, el que lo haga así es más liberal con lo de otro que con lo suyo.

## DE LAS PROFECÍAS (1625)

No me refiero a las profecías divinas ni a los oráculos paganos ni a las predicciones naturales sino sólo a las profecías que han tenido cierta fama y proceden de causas ocultas. Dice la pitonisa a Saúl: *Mañana tú y tus hijos estaréis conmigo*. Virgilio toma estos versos de Homero: *At domus Aeneae cunctis dominabitur oris, et nati natorum, et qui nascentur ab illis*<sup>[1]</sup>. Una profecía, según parece, acerca del imperio romano. Séneca, el trágico, tiene estos versos:

Venient annis  
saecula seris, quibus Oceanus  
vincula rerum laxet, and ingens  
pateat Tellus, Tiphysque novos  
dategat orbes; nec sit terris  
ultima Thule<sup>[2]</sup>.

Es una profecía del descubrimiento de América. La hija de Policrates soñó que su padre era bañado por Júpiter y que Apolo le ungía; y ocurrió que fue crucificado en lugar abierto donde el sol hacía que el sudor le corriera por el cuerpo y la lluvia le mojó<sup>[3]</sup>. Filippo de Macedonia soñó que sellaba el vientre de su mujer, con lo cual, según explicaba, pretendía que su mujer quedara estéril; pero Aristander, el adivino, le dijo que su mujer estaba embarazada porque nadie sella una vasija que esté vacía<sup>[4]</sup>. Un fantasma que se le apareció a M. Bruto en su tienda de campaña le dijo: *Philippis iterum me videbis*<sup>[5]</sup>. Tiberio dijo a Galba: *Degustabis imperium*<sup>[6]</sup>. En tiempos de Vespasiano hubo una profecía en Oriente acerca de que quienes sobrepasaran la Judea reinarían en todo el mundo; la cual, aunque pudiera referirse a nuestro Salvador, Tácito se la aplica a Vespasiano<sup>[7]</sup>. Domiciano soñó, la noche anterior al día en que fue asesinado, que le salía de la nuca una cabeza de

oro<sup>[8]</sup>; y, en efecto, sus sucesores, durante muchos años, crearon una edad de oro. Enrique VI de Inglaterra dijo de Enrique VII, cuando éste era un chico y le escanciaba agua: *Éste es el chico que disfrutará la corona por la que nosotros forcejemos*. Cuando estuve en Francia, oí a un tal doctor Pena que la reina madre<sup>[9]</sup>, que era aficionada a las artes adivinatorias, fue causa de un mal cálculo del horóscopo del rey, su esposo; los astrólogos dijeron que el rey moriría en duelo; la reina se rió al oír eso, pensando que su esposo estaba libre de desafíos y duelos; pero fue muerto durante un torneo al entrarle una astilla de la lanza de Montgomery por la visera del casco. La profecía trivial que oí cuando era niño, y la reina Isabel estaba en la flor de su edad, fue ésta:

*When hempe is spunne;  
England's done.*

(Cuando el cáñamo esté hilado  
Inglaterra estará acabada),

de lo que generalmente se deducía que después de los príncipes que habían reinado, cuyas letras iniciales eran las de la palabra *hempe* (cáñamo) (es decir, Henry, Edward, Mary, Philip y Elizabeth) Inglaterra estaría sumida en total confusión; lo cual, gracias a Dios, sólo se ha realizado en el cambio del nombre; porque el título del rey ya no es de Inglaterra sino de Britania<sup>[10]</sup>. Hubo otra profecía, anterior al año ochenta y ocho<sup>[11]</sup>, que no he entendido bien.

Algún día se verá  
entre el Baugh y el May  
la negra flota de Norway.  
Cuando eso venga y se vaya  
Inglaterra hará casas de cal y canto  
porque después de las guerras no habrá ninguna.

Se creía que eso aludía a la armada española que vino en el ochenta y ocho; pues el sobrenombre del rey de España, decían, es Norway. La predicción del Regiomontano, *Octogesimus octavus mirabilis annus*<sup>[12]</sup>, también se dice que se cumplió con el envío de dicha armada, la mayor en poderío, aunque no en número, de todas las que hasta entonces hubieran surcado los mares. En cuanto al sueño de Cleón<sup>[13]</sup>, creo que era una broma; se trataba de que soñó que le devoraba un enorme dragón a causa de un salchichero que le molestaba

muchísimo. Hay muchas de esa clase, especialmente si se incluyen los sueños y predicciones de astrología; pero sólo he citado como ejemplo unos cuantos que merecen cierto crédito. Mi opinión es que todas deben desdeñarse y que sólo sirven como tema de charla junto al fuego en el invierno; aunque, al decir desdeñarse, me refiero a su creencia; pues, por otra parte, su propagación o publicación, en modo alguno debe desdeñarse, pues han producido mucho daño y veo la necesidad de leyes severas para suprimirlas. El que se les haya concedido aceptación y cierto crédito se debe a tres cosas: primera, que los hombres dan en el blanco cuando aciertan el golpe, pero jamás cuando lo yerran; así sucede por lo general a los sueños. Segunda, que las conjeturas probables o tradiciones oscuras, muchas veces se toman en profecías, mientras la naturaleza humana, que engloba la adivinación, no ve peligro en predecir lo que realmente se infiere, como sucede en los versos de Séneca, pues aunque entonces estuviera por demostrar que el globo terráqueo tuviera partes más allá del Atlántico, era posible concebir que no todo fuese mar; agregándole a esto la tradición platoniana del *Timeo*, y la de la “Atlántida”, animan a considerarlo una predicción. Tercera, y última (la más importante), es que casi todas ellas, siendo de número infinito, han sido imposturas amañadas y forjadas por cerebros ociosos y hábiles después de haber ocurrido el acontecimiento.

## DE LA AMBICIÓN (1612)

La ambición es, como la bilis, un humor que hace a los hombres ser activos, enérgicos, plenos de vivacidad y emotividad si no se la contiene; pero si se la contiene y no puede seguir su curso, se vuelve agresiva y por tanto maligna y venenosa. Por eso, los hombres ambiciosos, si encuentran camino para elevarse y aun para alcanzar más, son más bien personas atrafagadas que peligrosas; pero si se les contrarían sus deseos, se disgustan interiormente y miran a las personas y las cosas con malos ojos y se sienten complacidos cuando las cosas se atrasan; lo cual es la peor condición de un sirviente, un príncipe o un Estado. Por tanto, es conveniente para los príncipes, si utilizan personas ambiciosas, encaminarlas de tal manera que sean siempre progresivas y no retrógradas; lo cual, como no puede hacerse sin ciertos inconvenientes, no es buena cosa en absoluto valerse de personas de tal naturaleza; pues si no se elevan con sus servicios, harán para que los servicios caigan con ellos. Pero puesto que hemos dicho que no es conveniente utilizar personas ambiciosas, salvo en casos de necesidad, conviene decir en qué casos son necesarias. Deben elegirse para las guerras buenos jefes, aunque sean ambiciosos; pues la utilización de sus servicios dispensa lo demás; y utilizar soldados sin ambición es como quitarles el acicate. También se utiliza mucho a los ambiciosos para que sirvan de pantalla a los príncipes en asuntos peligrosos o que provoquen envidias; pues ningún hombre se encargará de ese cometido salvo que sea una paloma cegada que se remonta más y más porque no puede ver en su derredor. También se utiliza a los ambiciosos en abatir la grandeza de cualquiera que se remonte demasiado; como Tiberio utilizó a Macro en la caída de Seyano. Puesto que debe empleárselos, en tales casos, queda por decir cómo se debe sofrenarlos para que sean menos peligrosos. Hay menos peligro en ellos si son de cuna humilde que si son nobles; y si son rudos que si son amables y populares; y si son de reciente elevación que si tienen madurez en su maña y se sienten fuertes en su grandeza. Se cuenta

entre las debilidades de los príncipes el tener favoritos; pero, de entre todas las demás, es el mejor remedio contra los grandes de carácter ambicioso; pues cuando el camino de agradar o desagradar pasa por los favoritos, es imposible que nadie los sobrepase en grandeza. Otro medio de frenarlos es contrabalancearlos con otros tan orgullosos como ellos; pero entonces debe haber algunos consejeros intermedios para mantener firmes las cosas, pues sin ese lastre la nave se balanceará demasiado. Por lo menos, un príncipe puede animar e inducir a ciertas personas medianas a que sean azote de ambiciosos. En cuanto a que estén expuestos a la ruina, si son de naturaleza medrosa, puede ser un beneficio; pero si son fuertes y osados, puede precipitar sus designios y demostrar que son peligrosos. En cuanto a su abatimiento, si los asuntos lo requieren, y esto no se puede hacer con segura presteza, el único camino es la alternancia continua de favores y desfavores, con lo cual no sabrán a qué atenerse y se encontrarán como perdidos en un bosque. De las ambiciones, es menos dañina la ambición de prevalecer en grandes cosas que la otra de figurar en todas las cosas; pues ésta fomenta la confusión y perjudica los asuntos; sin embargo, es menos peligroso tener un ambicioso moviéndose en los asuntos que un hombre importante en puesto dependiente. El que busca ser eminente entre hombres capaces, tiene gran tarea pero no redundará siempre en el bien público; pero el que trama para ser la única figura importante entre nulidades es la decadencia de toda una época. Los honores tienen tres caras: terreno ventajoso para el bien, aproximación al rey y a las personas principales; y la elevación de la fortuna del individuo. El que tiene las mejores intenciones de éstas, cuando aspira a los honores, es honrado; el príncipe que puede discernir tales intenciones en quien aspira, es príncipe sabio. En general, los príncipes y los Estados deben escoger ministros que tengan más sentido del deber que de su propia elevación y que sientan más inclinación a los negocios públicos que a la ostentación; y que distingan entre un hombre activo y otro complaciente.

DE LAS MASCARAS<sup>[1]</sup> Y TRIUNFOS  
(1625)

Estas cosas no son más que juguetes intercalados entre temas más serios; sin embargo, puesto que los príncipes gustarán de tales cosas, es mejor que sean agraciadas con elegancia que pintarrajeadas con mucho gasto. Danzar y cantar son cosas de gran divertimento y placer. Quiero decir el canto en coro, en voz alta, y acompañado con música instrumental, y la letra apropiada para la ocasión. La actuación del coro, especialmente en diálogos, tiene un encanto extremado; digo actuar, no danzar (pues esto es una cosa mediana y vulgar); y las voces del diálogo deben ser fuertes y viriles (un bajo y un tenor, ningún tiple) y la letra elevada y trágica, no bonita y delicada. Varios coros puestos unos frente a otros e interviniendo en su turno en la antífona, producen gran placer. Convertir las danzas en figuras de anagrama es una ingeniosidad infantil; y, por lo general, téngase en cuenta que estas cosas que digo aquí son de verdadero mérito, y no maravillas sin importancia. Ciertamente que el cambio de decorados, sin barullo ni ruido, son cosas de gran belleza y placer porque descansan y alivian los ojos antes de que éstos se llenen de las mismas cosas. Que los decorados sean muy luminosos, especialmente coloreados y variados; y que los figurantes o cualesquiera que tengan que descender de alguna parte de la escena, se muevan mientras aparezcan en ella antes de descender; porque eso atrae la atención de los ojos y hace desear agradablemente poder ver mejor lo que no distingue claramente. Que los cantos sean fuertes y animados, no gorjeos o vagidos; y análogamente, que la música sea neta, fuerte y bien situada. Los colores que más brillan ante las candilejas son el blanco, rojo y una especie de verde mar; y lentejuelas que, como no son de gran coste, son de mayor gloria. En cuanto a los ricos bordados son una pérdida porque no se distinguen. Que los trajes de los figurantes sean agraciados tal como son las personas cuando no tienen careta; no siguiendo siempre los ejemplos de atuendos demasiado conocidos: turcos, soldados, marineros y demás. Que los entremeses no sean largos; generalmente han sido



de bufones, sátiros, monos, salvajes, graciosos, animales, espíritus, brujas, etíopes, pigmeos, enanos, ninfas, aldeanos, cupidos, estatuas movientes y demás. En cuanto a los ángeles no resultan suficientemente cómicos para sacarlos en los entremeses; y todo lo que sea horrendo, como los demonios y gigantes es, por otra parte, inadecuado; pero, principalmente, que su música sea recreativa y con ciertos cambios sorprendentes. Algunos suaves aromas, que se extiendan de repente, sin que dejen caer gotas, en ocasiones tales en que hay vapores y calor, es cosa grata y refrescante. Máscaras [representaciones] dobles, una de hombres, otra de damas, agregan dignidad y variedad; pero de poco vale todo eso si la sala no se mantiene clara y limpia. En cuanto a las justas, torneos y duelos con barrera, la gloria de ellos está principalmente en las carrozas en las que entran los contrincantes; sobre todo si vienen tiradas por animales extraños como leones, osos, camellos y otros; o en la pomposidad de su entrada, en la vistosidad de las libreas, en los buenos atalajes de los caballos y en el esplendor de las armaduras. Pero ya es suficiente de estos pasatiempos.

## DE LA NATURALEZA EN LOS HOMBRES (1612)

La naturaleza, con frecuencia, está escondida; algunas veces, dominada y raramente extinguida. La fuerza hace a la naturaleza más violenta cuando ella retorna; la doctrina y el discurso la hacen menos inoportuna, pero la costumbre sólo altera y atenúa la naturaleza. Quien busca la victoria sobre su naturaleza, que no se afane en tareas demasiado grandes o demasiado pequeñas; porque las primeras le harán desanimarse con frecuentes fracasos y las segundas harán de él un pequeño triunfador aunque con frecuentes victorias. En cuanto al primero, que practique con ayudas como hacen los nadadores valiéndose de vejigas o de movimientos rápidos; pero, pasado un tiempo, que practique con obstáculos como hacen los bailarines poniéndose zapatos gruesos: pues produce gran perfección si la práctica es más dura que la realidad. Donde la naturaleza es todopoderosa y, por tanto, penosa la victoria, los grados necesarios son: primero, mantener y detener la naturaleza a tiempo; como el que tiene que recitar el abecedario cuando está encolerizado; luego disminuir la cantidad, como el que quisiera abstenerse del vino y se pasara de brindar a todo pasto a tomar un solo trago en las comidas; y por último, interrupción definitiva; pero si una persona tiene fortaleza y resolución para darse franquicia esto es lo mejor.

*Optimus illi animi vindex laedentia pectus  
vincula qui rupit, dedoluitque semel*<sup>[1]</sup>

Tampoco está fuera de lugar la antigua norma de doblar la naturaleza hacia el otro extremo, como si fuese una vara, con el fin de enderezarla; sobreentendiéndose que el otro extremo no sea vicioso. El hombre no debe forzar un hábito en su contra constantemente, sino con ciertas interrupciones, pues cada pausa refuerza el siguiente impulso; y si una persona que no sea perfecta está en continuo ejercicio acabará haciendo práctica tanto de sus errores como de sus habilidades y contraerá el hábito de ambos; y no hay otra

forma de remediar eso que mediante intermisiones. Pero nadie confíe demasiado de su victoria sobre la naturaleza; porque la naturaleza puede permanecer enterrada durante mucho tiempo y luego revivir ante una ocasión o tentación; como sucedió con la damisela de Esopo, que se convirtió de gata en mujer, la cual se sentó con mucha solemnidad al extremo de la mesa hasta que corrió ante ella un ratón. Por tanto, se debe evitar la ocasión completamente, o ponerse con frecuencia ante ella para que pueda conmover poco. La naturaleza humana se percibe mejor en privado, pues entonces no hay afectación; en la pasión, porque ésta saca a la persona de sus normas; y en un nuevo caso o experimento, porque no hay costumbre que la acompañe. Hay personas felices cuya naturaleza armoniza con su vocación; de no ser así pueden decir: *Multum Incola fuit anima mea*<sup>[2]</sup>, cuando conversen de aquellas cosas que no les agraden. En los estudios, sea cual fuere el autodomínio que se tenga, que se marque un honorario; pero en lo que sea agradable para su naturaleza que no se preocupe de honorario alguno; porque sus pensamientos volarán por su cuenta hacia ella en cuanto el tiempo de otros asuntos o estudios le den ocasión. La naturaleza humana tanto cría hierbas buenas como malas; por eso riéguese adecuadamente las unas y destrúyanse las otras.

## DE LAS COSTUMBRES Y LA EDUCACIÓN (1612)

Los pensamientos de los hombres están muy de acuerdo con su inclinación; sus discursos y conversaciones lo están con su aprendizaje y opiniones infusas; pero, después, sus hechos son según se haya acostumbrado; y, por tanto, como observó acertadamente Maquiavelo (aunque en un ejemplo malintencionado), no hay que confiar en la fuerza de la naturaleza ni en la audacia de las palabras salvo que estén corroboradas por la costumbre. Su ejemplo es que, para llevar a cabo una conspiración desesperada, no se debe confiar en la fiereza de una naturaleza humana o en su resolución emprendedora, sino utilizar a quien anteriormente haya manchado de sangre sus manos; pero Maquiavelo nada sabía del fraile Clemente ni de Ravillac ni de Jaureguy ni de Baltasar Gerard; sin embargo, aún sigue sosteniéndose su norma de que ni la naturaleza ni el compromiso de las palabras son tan fuertes como la costumbre. Sólo la superstición está hoy día tan avanzada que los hombres que ya han manchado una vez sus manos con sangre son tan firmes como carniceros por derecho propio; y una decisión tomada por votación es equivalente a la costumbre incluso en asuntos de sangre. En otras cosas, el predominio de la costumbre es visible en todas partes hasta donde pueda producir asombro oír a los hombres profesar, protestar, comprometerse, pronunciar grandes palabras y luego hacer exactamente, lo que hacían antes, como si fueran estatuas o máquinas movidas sólo por las ruedas de la costumbre. También vemos lo que es el reino o tiranía de la costumbre.

Los indostánicos (quiero decir la secta de sus hombres sabios) se echan tranquilamente sobre una pila de leña y se sacrifican en el fuego; también las viudas se esfuerzan por ser quemadas con el cadáver de su marido. A los chiquillos de Esparta, en los tiempos antiguos, se acostumbraba flagelarlos ante el altar de Diana sin que ellos sintieran temor alguno. Recuerdo que, en los comienzos de la época de la reina Isabel de Inglaterra, un rebelde irlandés

condenado pidió al verdugo que le ahorcasen con cuerda de mimbre y no con sogas de cabestro, porque así se había hecho con los anteriores rebeldes. Hay monjes en Rusia que, como penitencia, se sientan durante toda una noche dentro de una vasija con agua hasta que el agua se hiela. Muchos ejemplos se pueden poner de la fuerza de la costumbre tanto espiritual como corporal; por lo tanto, puesto que la costumbre es la principal legisladora de la vida humana, que los hombres se consagren, por todos los medios, a adquirir buenas costumbres. Ciertamente, la costumbre es más perfecta cuando comienza en los primeros años; lo que podemos llamar educación es, en efecto, una costumbre temprana. Así vemos que en el lenguaje, la lengua es más dócil a todas las expresiones y sonidos, las articulaciones más ligeras para todas las proezas de actividad y los movimientos durante la juventud que después; pues es cierto que los aprendizajes tardíos no acaban de habituarse bien, salvo en algunas mentes que no han soportado fijarse sino mantenerse abiertas y dispuestas a recibir continuas enmiendas, lo cual es extraordinariamente raro. Pero si la fuerza de la costumbre, simple y separada, es grande, la fuerza de la costumbre copulada, combinada y asociada es mucho mayor; porque el ejemplo enseña, la compañía conforta, la emulación apresura, la gloria eleva; por eso en tales circunstancias la fuerza de la costumbre está en su máximo influjo. En verdad, la enorme cantidad de virtudes de la naturaleza humana descansa en las sociedades bien ordenadas y disciplinadas; porque las repúblicas y los buenos gobiernos fomentan el desarrollo de la virtud mas no mejoran mucho la simiente; pero lo triste es que los medios más eficaces se aplican ahora a los fines menos deseables.

## DE LA FORTUNA (1612)

No se puede negar que los accidentes externos conducen muchas veces a la fortuna; el favor, la oportunidad, la muerte de otros, la ocasión, son ventajas convenientes; pero, principalmente el molde de la fortuna de una persona está en sus propias manos: *Faber quisque fortunae suae*<sup>[1]</sup>, dice el poeta; y la más frecuente de las causas externas es que la necesidad de un hombre es la fortuna de otro; pues nadie prospera tan repentinamente como los errores de otro. *Serpens nisi serpentem comederit non fit draco*<sup>[2]</sup>. Las virtudes abiertas y visibles producen alabanzas; pero hay virtudes secretas y ocultas que producen fortuna; ciertas entregas de la personalidad que no tienen nombre. La palabra española *desenvoltura*<sup>[3]</sup> las expresa en parte, cuando no hay titubeos ni remoloneo en la naturaleza de una persona, sino que las ruedas de su espíritu van a la vez que la rueda de su fortuna; por eso Tito Livio, después de haber descrito a Catón el Mayor con estas palabras: *In illo viro, tantum robur corporis et animi fuit, ut quocumque loco natus esset fortunam sibi facturus videretur*<sup>[4]</sup>, dice que tenía un *versatile ingenium*<sup>[5]</sup>; por tanto, si una persona mira con agudeza y atención, verá la Fortuna, pues aunque es ciega, no es invisible. El camino de la Fortuna es como la vía láctea en el firmamento, que es un conjunto o grupo de estrellas pequeñas que no se ven separadamente, sino dando luz juntas; así hay un número de pequeñas virtudes apenas visibles, o más bien facultades y costumbres, que nacen afortunado al hombre. Los italianos señalan a algunos de ellos, como a hombres que pensaran poco. Cuando hablan de alguien del que no se puede decir mal, aludirán a otra de sus características diciendo que tiene un *poco di matto*<sup>[6]</sup>; y, en verdad, no hay dos cualidades más afortunadas que tener un poco de loco y no demasiado de honrado; por tanto, los amantes extremados de su propio país, o los maestros, nunca fueron afortunados; ni lo pueden ser, porque cuando una persona pone sus pensamientos en algo que no sea ella, no sigue su propio camino. Una fortuna rápida hace al emprendedor e inquieto;

pero la fortuna elaborada hace al hombre capaz. La fortuna debe honrarse y respetarse debido a sus hijas la Confianza y la Reputación; a las dos nutre la Felicidad; la primera en el interior del hombre, la otra en los demás respecto a él. Todas las personas inteligentes, para alejar la envidia que puedan provocar sus propias virtudes, acostumbran achacar éstas a la Providencia y la Fortuna; así pueden presumir mejor de ellas; además, resulta grandioso que una persona esté mimada por las más altas deidades. Eso dijo César al piloto durante una tempestad: *Caesarem portas, et fortunam ejus*<sup>[7]</sup>. Por eso Sila eligió el nombre de *Felix* y no de *Magnus*<sup>[8]</sup>, y se ha observado que quienes manifiestamente atribuyen demasiado a su propio mérito, acaban desgraciados. Se ha escrito que Timoteo el ateniense, después de presentar al gobierno un informe de su actuación en el que intercalaba con frecuencia: *en esto no intervino la Fortuna*, no volvió a prosperar en nada de lo que emprendió. En verdad, hay algunos cuya fortuna es como los versos de Homero que tienen una suavidad y fluidez mayor que los versos de otros poetas; como Plutarco dice de la fortuna de Timoleón comparándola con las de Agesilao y Epaminondas; el que eso sea así, depende, sin duda, de la personalidad de cada uno.

## DE LA USURA<sup>[1]</sup> (1625)

Muchos han hecho ingeniosas invectivas contra la usura. Dicen que es una lástima que el diablo se lleve la parte de Dios, que es el diezmo<sup>[2]</sup>; que los usureros son los grandes prevaricadores del sábado porque su arado se mueve todos los domingos; que el usurero es el zángano del que habla Virgilio: *Ignavum fucos pecus a praesibus arcet*<sup>[3]</sup>; que el usurero infringe la primera ley que se hizo para la humanidad después de la caída, es decir, *In sudore vultus tui comedes panem tuum*<sup>[4]</sup>, no *In sudore vultus alieni*<sup>[5]</sup>, que los usureros deberían llevar gorros anaranjados porque judaízan<sup>[6]</sup>, que va contra la naturaleza el que el dinero críe dinero, y así sucesivamente. Yo sólo digo esto: que el préstamo es una *concessum propter duritiem corais*<sup>[7]</sup>; pues ya que ha de haber prestatarios y prestamistas y los hombres son tan duros de corazón que no prestarán sin interés, debe permitirse la usura. Otros han hecho proposiciones suspicaces y astutas referentes a bancos, declaración de bienes y otras invenciones; pero pocos han dicho algo de provecho sobre la usura. Es conveniente que pongamos a la vista las ventajas e inconvenientes de la usura, pues lo útil puede a la vez sopesarse y tamizarse; y con prudencia para evitar que mientras separamos lo mejor no nos tropecemos con lo peor.

Los inconvenientes de la usura son: primero, que disminuye el número de comerciantes; porque si no fuera por ese perezoso tráfico de la usura el dinero no estaría inmóvil sino que, en gran parte, se emplearía en el comercio que es la *vena porta* de la riqueza de un Estado. Segundo, que empobrece a los comerciantes porque, así como un agricultor no puede cultivar bien su tierra si tiene que pagar una renta cuantiosa, los comerciantes no pueden llevar adelante su negocio si tienen que pagar un gran interés usurario. El tercero, coincide con los otros dos, y es la decadencia de costumbres en los reyes y Estados que menguan o rebosan de mercancías. El cuarto, que hace que vaya a parar a pocas manos el tesoro de un reino o Estado; pues tanto si los



usureros operan sobre seguro o inseguro, al final del juego, el dinero irá a parar a sus cajas; y un Estado florece siempre que la riqueza está más equitativamente repartida. Quinto, que abate el precio de la tierra; porque el empleo del dinero, es principalmente, en mercaderías y compras, y la usura acecha a ambas. Sexto, que debilita y abate todas las industrias, mejoras, y nuevos descubrimientos en los que el dinero deba ser activo, si no fuera por ese haragán. Finalmente, que es el cáncer y ruina de los bienes de muchas personas que, con el transcurso del tiempo, fomentan la pobreza pública.

Por otra parte las ventajas de la usura son: primera, que, cualesquiera que sean los obstáculos que en ciertos aspectos ponga la usura al comercio, en otros lo hace avanzar; pues es cierto que la mayor parte del comercio está dirigido por comerciantes jóvenes que tienen que valerse de empréstitos con interés; así es que, tanto si el usurero retira como si recupera su dinero, habrá promovido efectivamente una gran actividad comercial. Segunda, que si no hubiera facilidades para el préstamo con interés, las necesidades monetarias producirían en las personas un mayor perjuicio, puesto que se verían forzadas a vender a bajo precio sus medios de vida (ya sean tierras o mercancías); así, mientras la usura no hace más que roerles, los malos mercados los hunden completamente. En cuanto a las hipotecas y los empeños, apenas arreglan la cuestión; pues ni nadie aceptará el empeño de cosas inútiles ni, si lo hacen, considerarán precisamente la pérdida del derecho a rescatarlas. Recuerdo a un cruel campesino adinerado que decía: *El demonio se lleve los préstamos con interés, nos impiden quedarnos con los bienes hipotecados y con las finanzas*. Tercera y última, que es una vana ilusión creer que pudiera haber préstamos sin interés; y es imposible concebir la cantidad de inconvenientes que se producirían si se reprimiesen los préstamos. Por tanto, es inútil hablar de la abolición de la usura; todos los Estados la han tenido siempre con un tipo de interés u otro; así es que tal pretensión debe enviarse a Utopía.

Hablemos ahora de la reforma y la reglamentación de la usura, cómo pueden evitarse mejor sus inconvenientes y aprovecharse sus ventajas. Parece, por el equilibrio entre las ventajas y los inconvenientes de la usura, que deben conciliarse dos cosas: la una es que se limen los dientes de la usura para que no muerdan mucho; la otra es que haya amplias facilidades que inviten a las personas adineradas a prestar a los comerciantes para la continuación y aceleración de sus negocios. Esto no debe hacerse salvo que se establezcan dos tipos de usura, una menor y otra mayor; porque si se reduce la usura a un interés muy bajo se darán facilidades al prestatario común, pero los

comerciantes tendrán que estar buscando dinero; y debe notarse que el tráfico de mercancías, siendo el más lucrativo, puede soportar la usura a buen interés; no así otros tipos de negocios.

Para satisfacer ambas tendencias, el procedimiento, en resumen, será éste: que haya dos tipos de usura: una de ellas libre y general para todos; la otra mediante licencia sólo para ciertas personas y ciertas plazas comerciales. Por tanto, que la usura en general, primeramente, se reduzca al cinco por ciento y que dicho porcentaje se proclame libre y corriente; y que el Estado se abstenga de imponer penalidades respecto a esa usura. Esto preservará los empréstitos de cualquier detención general o agotamiento; esto dará facilidades a los infinitos prestatarios del campo; y elevará, en gran parte, el precio de la tierra porque las tierras compradas para beneficiarlas durante dieciséis años darán un seis por ciento, y algo más, ya que ese tipo de interés da el cinco.

Por análoga razón estimulará y excitará mejoras industriales y provechosas, porque muchos querrán más aventurarse en eso que tomar el cinco por ciento especialmente habiéndolos utilizado en beneficios mayores. Segundo, que haya ciertas personas autorizadas para prestar a comerciantes conocidos con usura de mayor interés y que esto se haga con las precauciones siguientes: que el interés sea, incluso con los comerciantes, algo más accesible que lo era el usado anteriormente; pues, por ese medio, todos los prestatarios encontrarán alguna ventaja con esa reforma, ya sea comerciante o cualquier otro; que no haya banco o depósito común sino que cada cual sea dueño de su dinero; no es que yo desdeñe los bancos, pero difícilmente serán aceptados en vista de ciertas sospechas. Que se pague al Estado una pequeña cantidad por la autorización y el resto quede para el prestador; porque éste, por ejemplo, que antes percibía el diez o el nueve por ciento, antes descenderá al ocho por ciento que abandonar su negocio de usura y pasar de ganancias seguras a ganancias inseguras. Que esos prestadores autorizados sean en número indefinido, pero restringidos a ciertas ciudades y poblaciones comerciales importantes; porque entonces difícilmente les será posible en el país utilizar como suyo el dinero de otros, ya que la autorización del nueve por ciento no absorberá la tarifa corriente del cinco; porque nadie querrá enviar lejos su dinero ni ponerlo en manos desconocidas.

Si se objeta que esto es autorizar en cierto modo la usura que antes sólo era permitida en ciertas plazas, la contestación es que más vale mitigar la usura

mediante declaración que soportarla para enfurecerse por la connivencia.

## DE LA JUVENTUD Y LA VEJEZ (1612)

Un hombre que sea joven en años puede ser viejo en horas si no ha perdido el tiempo; pero esto sucede raras veces. Generalmente, la juventud es como las primeras meditaciones, no tan sabias como las segundas; porque hay una juventud de pensamiento del mismo modo que la hay de edad; sin embargo, la inventiva de los jóvenes es más vivaz que la de los viejos, y la corriente imaginativa de su mente es mejor y como más divina. Las naturalezas ardientes con grandes y violentos deseos y perturbaciones no son aptas para la acción hasta que no han pasado el meridiano de sus años; eso ocurrió con Julio César y Septimio Severo; del último se ha dicho: *Juventutem egit erroribus, imo furoribus plenam*<sup>[1]</sup>; no obstante, fue uno de los emperadores más capaces de toda la lista; pero las naturalezas reposadas pueden actuar bien en la juventud como vemos en César Augusto, Cosme, Duque de Florencia, Gastón de Foix y otros. Por otra parte, el ardor y la vivacidad en la vejez son temperamentos excelentes para los negocios. Los jóvenes son más apropiados para inventar que para juzgar; más apropiados para la ejecución que para el consejo y más apropiados para los nuevos proyectos que para los asuntos ya organizados; la experiencia de los de edad los dirige en cosas que caigan en su ámbito, pero en las cosas nuevas, los equivoca. Los errores de los jóvenes son la ruina de los negocios; pero los errores de los viejos acarrearán que pudiera haberse hecho más o más pronto.

Los jóvenes, en la conducción y manejo de sus actos, abarcan más de lo que pueden; se mueven más que estarse quietos; vuelan hacia su finalidad sin considerar los medios y grados; persiguen unos pocos principios que han encontrado por casualidad y absurdamente; no les importan las innovaciones que puedan acarrear inconvenientes desconocidos: al principio utilizan remedios extremados; y luego no lo reconocerán ni se retractarán, lo cual redobla todos los errores, como un caballo rebelde que ni se parará ni torcerá.

Los viejos ponen demasiadas objeciones, consultan mucho, se arriesgan poco, se arrepienten en seguida, y a menudo detienen la marcha de los negocios en pleno auge pero satisfechos con un éxito mediocre. La verdad es que conviene emplear a unos y a otros; pues eso será bueno para el presente porque las virtudes de ambas edades pueden corregir los defectos mutuos; y es bueno para la posteridad porque los jóvenes pueden aprender mientras actúan los viejos; pero, quizá, en la parte moral la juventud tenga la preeminencia mientras la vejez la tiene en la política. Cierta rabino, basándose en el texto: *Vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos tendrán sueños*<sup>[2]</sup>, infiere que los jóvenes están admitidos más cerca de Dios que los ancianos porque las visiones son revelaciones más claras que los sueños; y ciertamente, cuanto más bebe el hombre las cosas del mundo más se emborracha; y la ancianidad más provecho sacará de su capacidad de comprensión que de las virtudes de la voluntad y los sentimientos. Hay algunos que tienen una supermadurez para su edad pero que se esfuma a tiempo; éstos son, primeramente, los que tienen espíritu frágil, cuyo filo pronto se mella, como ocurrió con Hermógenes, el retórico, cuyos libros son excesivamente sutiles y que después se quedó completamente embrutecido. Un segundo, tipo es el de los que tienen ciertas cualidades naturales que resultan más agraciadas en la juventud que en la vejez; tal como una conversación fluida y exuberante que sienta bien en los jóvenes pero no en los viejos; así Tulio<sup>[3]</sup> decía de Hortensio: *Idem manebat, neque idem decebat*<sup>[4]</sup>. El tercer tipo es el de los que se esfuerzan mucho al principio y son más magnánimos de lo que puede soportar el número de años; como fue Escipión el Africano de quien Livio dice que: *Ultima primis cedebant*<sup>[5]</sup>.

## DE LA BELLEZA (1612)

La virtud es como una piedra preciosa, mejor cuanto más sencilla sea la montura; y seguro que la virtud está mejor en un cuerpo hermoso, aunque no de facciones delicadas, y que tenga más bien dignidad de presencia que belleza aparente; ni tampoco siempre se ve más que las personas verdaderamente bellas sean, por otra parte, de gran virtud; como si la naturaleza se ocupara más en no equivocarse que en trabajar para producir lo excelente; y, por tanto, demuestran que están empletas, aunque no con un gran espíritu, y se preocupa más del comportamiento que de la virtud. Pero no siempre se puede sostener eso; pues César Augusto, Tito, hijo de Vespasiano, Felipe el Hermoso de Francia, Eduardo IV de Inglaterra, Alcibíades de Atenas, Ismael el Sofí de Persia, fueron todos de elevado espíritu y, no obstante, los hombres más bellos de su tiempo. En la belleza, el rostro es más que el color; y el movimiento adecuado y gracioso más que el rostro. Ésa es la parte mejor de la belleza que la pintura no puede expresar; tampoco la primera visión de la vida. No hay belleza, por excelente que sea, que no tenga alguna singularidad en la proporción. Nadie podría decir quién era más bromista, si Apeles o Alberto Durero; de los cuales el primero pintara un personaje con proporciones geométricas y el otro tomara los rasgos mejores de diversos rostros y compusiera uno excelente. Creo que tales personajes no complacerían a nadie sino al pintor que los hiciera; y no es que yo piense que un pintor no pueda hacer la mejor cara que jamás haya existido, sino que tiene que hacerla por una especie de felicidad propia (como un músico que compone una excelente pieza musical) y no por norma. Se verán rostros que, si se examinan parte por parte, no se encontrará ninguna que esté bien y, sin embargo, en conjunto lo están. Si es cierto que la parte principal de la belleza es un movimiento adecuado, entonces no es de maravillarse, aunque las personas, con los años, parecen muchas veces más amables, *Pulchrorum autumnus pulcher*<sup>[1]</sup>; porque ninguna juventud puede ser bella si no es por

condescendencia y considerando la juventud como un avance hacia la belleza. La hermosura es como las frutas de verano que se corrompen fácilmente y no duran; y, la mayoría de las veces, hace disoluta a la juventud y a la vejez un tanto fuera de adecuación; sin embargo, insistimos, si tiene luminosidad hace que brillen las virtudes y que los vicios se avergüencen.

## DE LA DEFORMIDAD (1612)

Las personas deformes, generalmente están niveladas con la naturaleza; porque si la naturaleza ha obrado mal debido a ellas, eso hacen ellas debido a la naturaleza, siendo en la mayoría (como dicen las Escrituras): *carentes de todo afecto natural*<sup>[1]</sup>; y así se vengan de la naturaleza. Verdad es que hay cierta armonía entre el cuerpo y el espíritu; y cuando la naturaleza se equivoca en uno se arriesga en el otro: *Ubi peccat in uno, periclitatur in altero*. Pero debido a que el hombre tiene elección tocante al almacén de su espíritu, y necesidad en el almacén de su cuerpo, las estrellas de la inclinación natural están algunas veces oscurecidas por el sol de la disciplina y la virtud; por tanto es conveniente considerar la deformidad no como un signo que es más engañoso, sino como una causa que con frecuencia fracasa en el efecto. Quienquiera que tenga en su persona algo permanente que induzca a desprecio, tiene también en sí un acicate constante para hurtarse y librarse del menosprecio; por tanto, todas las personas deformes son extremadamente osadas; primero como en propia defensa al estar expuestas al desprecio pero, con el trascurso del tiempo, por un hábito general. También las agita la especial inquietud de vigilar y observar las debilidades de los demás con lo cual puedan sentirse un tanto compensadas. Además a sus superiores se les aplacan los celos, por considerarlas personas a quienes pueden desdeñar a placer; sus competidores y émulos se duermen tranquilos como si jamás creyeran en la posibilidad de que prosperen, hasta que las ven en posesión del cargo; por esta razón resulta gracioso que la deformidad es una ventaja para el encumbramiento. Los reyes de los tiempos antiguos (y en los actuales en algunos países) gustaban de poner su mayor confianza en eunucos, porque quienes sienten envidia hacia todos son más humildes y serviles; no obstante, la confianza en ellos depositada es más bien como espías y soplones que como buenos magistrados y funcionarios; y muy semejante a eso es la explicación de algunas personas deformes. No obstante, la base es que



desean, si poseen cierta espiritualidad, verse libres del menosprecio, ya sea por medio de la virtud o de la malicia; y, por tanto, no hay que asombrarse si algunas veces demuestran ser personas excelentes; como fueron Agesilao, Zanger, el hijo de Solimán, Esopo, La Gasea, presidente de la Audiencia del Perú, y Sócrates, los cuales pueden contarse entre ellos juntamente con otros.

## DE LA EDIFICACION (1625)

Las casas se edifican para vivir en ellas y no para verlas; por tanto, debe darse preferencia al uso antes que a la uniformidad, excepto donde puedan atenderse ambas cosas. Déjense las casas maravillosas sólo por su belleza para los palacios encantados de los poetas que los construyen con poco gasto. Quien edifica una casa bella en un sitio malo, él mismo se condena a prisión; y no considero sitio malo sólo donde el aire es malsano sino también donde el aire es insuficiente. Como podrá verse en muchas residencias elegantes situadas en montículos rodeados de colinas más altas, por lo cual el calor del sol está encerrado y el viento se acumula como en una artesa; así es que allí se encontrará, en forma repentina, gran alternancia de calor y frío como si se viviera en sitios distintos. Tampoco es sólo el aire malsano el que hace que un sitio sea malo, sino los malos caminos, los malos mercados y, si se quiere consultar con Momo, la mala vecindad. Y no hablo de otras muchas cosas; carencia de agua, de arbolado, sombra y resguardo, falta de fertilidad y mezcla de tierras de distinta naturaleza; carencia de perspectiva, de tierras niveladas, carencia de lugares relativamente cercanos para el deporte y la caza, cetrería y carreras; excesiva cercanía al mar y excesiva lejanía; tener la ventaja de ríos navegables o el inconveniente de sus desbordamientos; demasiada lejanía de las grandes ciudades que puede obstaculizar los negocios; o excesiva cercanía que se devora todas las provisiones y encarece todo; donde se puede vivir con abundancia o donde todo escasea; todo lo cual, como quizá sea imposible encontrarlo reunido, es conveniente conocerlo y meditarlo para poder reunir cuanto se pueda de todo ello; y, si se posee varias residencias, tenerlas en forma tal que lo que falte en una, se pueda encontrar en otra. Lúculo contestó bien a Pompeyo cuando éste vio sus imponentes galerías y sus habitaciones tan luminosas en una de sus casas; Pompeyo dijo: *Seguramente es un lugar magnífico para el verano, pero, ¿qué haces en el invierno?* Lúculo contestó: *¿Por qué? ¿No me consideras tan inteligente*

*como son ciertas aves que siempre cambian de residencia al llegar el invierno?*<sup>[1]</sup>.

Pasando del sitio a la casa misma, haremos como Cicerón en el arte del orador que escribió libros *De oratore* y un libro titulado *Orator* de los cuales, los primeros dan los preceptos del arte y el último la perfección. Por tanto, describiremos un palacio suntuoso haciendo de él un modelo breve; pues es extraño ver ahora en Europa enormes edificaciones tales como el Vaticano y El Escorial, y algunos otros que, no obstante, carecen de habitaciones verdaderamente adecuadas.

Por tanto, digo en primer lugar que no se puede tener un palacio perfecto salvo que tenga dos partes distintas: una parte para los festines, como se dice en el libro de Ester<sup>[2]</sup>, y otra parte para la familia; la una es para las fiestas y espectáculos vistosos y la otra para habitarla. Entiendo que ambas partes tengan no sólo sus interiores sino que formen conjunto con la fachada y sean uniformes exteriormente, aunque con diversas divisiones en el interior; y estar a ambos lados de una torre grande y majestuosa situada en medio de la fachada, es decir, como si las juntara a las dos en una mano. Yo pondría en el lado delantero de la parte destinada a festines sólo una buena habitación al final de la escalera de unos doce metros de altura; y debajo una sala de vestuario y preparación para los días de espectáculo. La otra parte, que es la destinada a vivienda, me gustaría dividirla primeramente con un salón y una capilla (con un tabique entre ambos), uno y otra de buen aspecto y tamaño y que no abarcaran toda la longitud sino que en el extremo más alejado pondría una salita de invierno y otra de verano, ambas agradables; bajo estas salitas una bodega subterránea bien acondicionada y amplia; análogamente, algunas cocinas privadas con despensas y demás. En cuanto a la torre, me gustaría que tuviese dos pisos de cinco metros y medio cada uno en las dos alas con hermosas vidrieras emplomadas, con balaustrada y con estatuas interpuestas; la torre había de estar dividida en dos habitaciones según conviniera. Análogamente, la escalera para las habitaciones altas ha de estar sobre una amplia pilastra y con una balaustrada con ornamentos de madera sobre color de bronce y un amplio rellano al final. Esto se hará en el caso de que no se destine alguna de las habitaciones bajas para comedor de la servidumbre, pues si no, se tendría el comedor del servicio detrás del otro, y los humos del uno pasarían al otro como por una chimenea. Ya hemos dicho bastante de la parte delantera; sólo queda decir que la escalera de entrada sea de cuatro metros y medio que es la altura de la habitación más baja.

Tras de la parte delantera habrá un patio; y en las cuatro esquinas de este patio, hermosas escaleras dentro de torretas que sobresalgan de la línea del propio edificio; pero estas torretas no tendrán la altura de la torre de la fachada sino en proporción a la parte más baja del edificio. Que el patio no esté pavimentado, porque eso produce mucho calor en verano y mucho frío en invierno; sino sólo senderos empedrados cruzándose, y los espacios interiores con hierba segada, pero no demasiado. El espacio interior de la parte destinada a festines que sea todo de hermosas galerías en las cuales haya tres o cinco cúpulas a todo lo largo situadas a distancias iguales y finas vidrieras de colores de asuntos diversos; en la parte de vivienda, cámaras de ceremonias y de visitas corrientes y algunas alcobas; que las tres partes del edificio sean dobles, sin luz total en el exterior de modo que se puedan tener habitaciones libres de sol tanto por la mañana como por la tarde. Diséñese también de modo que se puedan tener habitaciones para el verano y para el invierno; sombreadas para el verano y calientes para el invierno. A veces se ven casas hermosas tan encristaladas que no se sabe dónde ir para librarse del sol o del frío. En cuanto a los balcones de mirador, debe hacerse buen uso de ellos (en las ciudades, desde luego, armonizan mejor en lo que se refiere a la uniformidad a lo largo de la calle), pues resultan deliciosos lugares de retiro para la conversación; y, además, resguardan tanto del viento como del sol; porque si éstos habrían de invadir casi toda la habitación, apenas si pasan el mirador; pero deben ser escasos, cuatro en el patio sólo en los lados.

Además de este patio, que haya otro interior de la misma superficie y altura que esté rodeado por el jardín en todos sus lados; y que lo circunde un claustro con hermosos arcos tan altos como el primer piso; la planta baja hacia el jardín puede convertirse en gruta o lugar sombrío o de verano; y que sólo tenga aberturas o ventanas hacia el jardín estando a nivel del suelo, no hundido en él para evitar toda humedad; que haya una fuente o algunas estatuas ornamentales en medio del patio y que el suelo esté como el del otro patio. Estos edificios son para vivienda privada en las dos partes primeras, y la última como galerías privadas; por lo cual debe preverse que alguna de ellas pueda utilizarse como enfermería, si el príncipe o cualquier persona principal se sintieran enfermos, con cámaras, alcobas, antecámaras y cámara de retiro unida a ellas; esto en cuanto al segundo piso. En cuanto al piso bajo, tendrá una hermosa galería abierta, con columnas; respecto al tercer piso, análogamente, una galería abierta con columnas que tenga la vista y la frescura del jardín. En las dos esquinas del lado más lejano, a modo de rotonda, que haya dos pabellones elegantes, primorosamente solados, con

ricas colgaduras y vidrieras de cristal transparente, una cúpula decorada en medio y todas las demás elegancias que puedan pensarse. También en la galería alta me gustaría que hubiese, si el lugar lo permite, algunas fuentes manando en diversas partes de la pared por caños artísticos. Y ya es bastante para nuestro proyecto de palacio, salvo que se tenga, antes de llegar a la fachada principal, tres patios: un patio de suelo verde rodeado por una tapia; un segundo patio igual, pero más guarnecido con pequeñas torretas o más bien embellecido con ellas en lo alto de la tapia; y un tercer patio formando escuadra con la fachada, pero que no ha de estar edificado ni encerrado por una tapia desnuda, sino rodeado de terrazas que estén en alto y hermosamente adornadas en los tres lados y cerrado en el interior con pilares pero sin arcos debajo. En cuanto a las dependencias, que queden lejos con algunas galerías para pasar de ellas al palacio.

## DE LOS JARDINES (1625)

Dios Omnipotente plantó primero un jardín; y, por supuesto, es el más puro placer humano; es el mayor placer para el espíritu del hombre; sin lo cual los edificios y palacios no son más que toscas manufacturas; y podrá verse siempre que, cuando las edades avanzan hacia la civilidad y la elegancia, los hombres edifican con belleza antes que hacer jardines delicados; como si la jardinería fuese la mayor perfección. Creo que, en las reales ordenanzas de los jardines, debiera haber jardines para todos los meses del año en los cuales, variadamente, determinados elementos de belleza estuvieran en sazón. Para diciembre y enero y el final de noviembre se pueden tener plantas que permanecen verdes todo el invierno: acebo, hiedra, laurel, enebro, cipreses, tejos, pinos, abetos, romero, espliego, clemátide, el blanco, la púrpura y el azul; germánica, espadaña, naranjos, limoneros, mirtos, si se conservan en invernaderos; y mejorana, plantas que requieren calor. Luego viene para fines de enero y para febrero, el torvisco que florece por entonces; azafrán, tanto el amarillo como el pardo; primula, anémona, tulipán temprano, jacinto oriental, iris, fritelaria. Para marzo tenemos las violetas, especialmente las azules que son las más tempranas; el narciso amarillo, la margarita, el almendro, el melocotonero, cornerina, los tres cuando están en flor. En abril tenemos la violeta doble blanca, el alhelí doble, el alhelí injertado, la primula, la flor de lis, y lirios de todas clases; flores del romero, tulipanes, la peonía doble, narciso pálido, madreselva, cerezos, damascos y ciruelos todos en flor, hojas de espino blanco, lilas. En mayo y junio vienen los claveles de todo tipo, especialmente los rojos; rosas de todas clases; excepto la almizcleña que se da más tarde; madreselvas, fresas, endrinas, aguileñas, caléndula y caléndula africana, cerezos con fruto, grosellas, higos, frambuesas, parra, espliego en flor, satirión, con la flor blanca; moscatel, lirio del valle, manzano en flor. En junio vienen alhelíes de todas las variedades, rosas almizcleñas, limeros en flor, peras tempranas, ciruelos, membrillos, manzanas para asar. En agosto

maduran las ciruelas de todas clases, peras, albaricoques, agracejos, avellanos, melón de olor, acónito de todos los colores. En septiembre vienen las uvas, manzanas, amapolas de todos los colores, melocotones, membrillos, duraznos, cornerina, peras. En octubre y principios de noviembre vienen los serbales, los nísperos, ciruelos silvestres, rosas cortadas o transplantadas para hacerlas tardías, acebos y plantas análogas. Estos detalles son para el clima de Londres, pero se sobreentiende que se puede conseguir *Ver perpetuum*<sup>[1]</sup> según las posibilidades de cada localidad.

Y como la transpiración de las flores es más suave en el aire (donde viene y va como las modulaciones de la música) que en la mano, nada es más apropiado para ese deleite que conocer qué flores y plantas perfuman mejor el aire. Las rosas, damascenas y rojas, son las menos odoríferas, por lo que se puede pasar ante toda una hilera de ellas sin notar su perfume; salvo que sea durante el rocío matutino. Análogamente el laurel no produce olor mientras crece, el romero, poco, ni la mejorana; la que, sobre todas, esparce más suave aroma en el aire es la violeta, especialmente la violeta blanca doble, que florece dos veces al año, a mediados de abril y por San Bartolomé<sup>[2]</sup>. Después de ésa, está la rosa almizcleña; luego las hojas marchitas de la fresa son el más excelente aroma cordial; luego, la flor de la vid es un poco polvoriento como el polvo de la nuez de ben, que crece en los racimos al principio de su desarrollo; luego vienen el escaramujo oloroso, después el alhelí doble y resulta muy deleitoso cuando crece bajo la ventana de una salita o gabinete; luego los claveles y los alhelíes, especialmente el clavel matizado y el alhelí hendido; después las flores del limero; luego la madreselva cuando se está un poco alejado de ella. No hablo de las flores del haba porque son flores de huerta; pero las que perfuman el aire más deliciosamente, no pasando junto a ellas como las demás, sino cuando se las pisa o se las machaca son tres: la pimpinela, el tomillo y la hierbabuena de agua; por tanto se pueden sembrar de ellas los paseos para tener su grato aroma cuando se ande por ellos o se pisen.

Los jardines (hablando de los que sean suntuosos como hicimos con los edificios) no deben ser menores de doce hectáreas de terreno y estar divididos en tres partes: una verde a la entrada, una de brezal o desértica en la parte más alejada y el jardín principal en medio con paseos a ambos lados; y estimo que se debe dedicar una hectárea y media a la parte verde, dos y media al brezal, una y media a cada costado y cinco a la parte principal. La parte verde tiene dos encantos: el uno es que nada hay más agradable para la vista que la hierba

verde cuidadosamente segada; el otro es que proporcionará un grato paseo en el centro por el que se pueda ir hacia un hermoso seto que encerrará a la parte principal del jardín. Pero debido a que el camino será largo, durante la época o la hora del calor no es necesario alcanzar la sombra del jardín teniendo que cruzar al sol por la parte verde, sino que a ambos lados de la zona verde se pone un camino cubierto, que haga el carpintero, de unos tres metros y medio de altura, y por el cual se pueda llegar hasta la sombra del jardín. En cuanto a hacer dibujos enlazados o figuras con tierras de diversos colores que se sitúan bajo las ventanas de la casa que dan al jardín, no son más que niñerías; eso mismo se puede ver muchas veces en las tortas. Es mejor que el jardín sea cuadrado limitado por los cuatro lados con un hermoso seto con arcos; los arcos estarán sobre pilares de carpintería de unos tres metros de altura y dos de anchura aproximadamente, y el espacio entre arcos de la misma dimensión que sea igual a la anchura del arco. Sobre los arcos que haya un seto seguido, de algo menos de metro y medio de altura, también con armazón de carpintería; encima del seto y sobre cada arco, una torrecilla con un hueco suficiente para albergar una jaula de pájaros; y en cada espacio entre los arcos algunas otras figurillas con anchas placas redondas de cristal dorado y coloreado para que el sol juguete en ellas; pero ese seto me lo imagino alzado sobre una base, no escarpada sino suavemente inclinada, de unos dos metros y cubierta de flores. También quiero dar a entender que el cuadrado del jardín no ocupe todo el suelo, sino que quede a los lados espacio suficiente para diversidad de paseos laterales a los cuales pueden ir a parar los caminos cubiertos de la zona verde; pero no debe haber paseos con setos en cada extremo de este gran recinto, en el extremo interior, para que dejen suficiente perspectiva desde la zona verde sobre ese hermoso seto, ni en el extremo más alejado para que tampoco estorben la vista desde el otro seto, a través de los arcos, hacia la zona de brezal.

Para la distribución del suelo comprendido en el gran seto, dejo libertad de iniciativas aconsejando, no obstante, que cualquiera que fuere la forma adoptada, en primer lugar, no se deje muy espeso y lleno de labores; pues en esto, por mi parte, no me gustan las figuras recortadas que se hacen con los enebros y otras plantas de jardinería; son niñerías. Me gustan los setos pequeños y bajos trazados en espiral formando una especie de pirámide; y en algunos sitios columnas hermosas sobre armazones de carpintería. También me gustaría tener los paseos espaciosos y bellos.



Se pueden tener paseos más estrechos en las partes extremas pero ninguno en el jardín principal. También desearía en el mismo centro, un montecillo con tres caminos ascendentes suficientemente anchos para que vayan cuatro personas paseando por ellos; habrían de formar círculos perfectos sin ningún seto lateral ni protuberancias; y la altura total del montecillo de nueve metros con un artístico pabellón con chimeneas bien distribuidas y sin demasiadas cristaleras.

Respecto a las fuentes, proporcionan mucha belleza y frescor; pero los estanques lo estropean todo y convierten al jardín en malsano llenándolo de moscas y ranas. Las fuentes me las imagino de dos clases: las unas esparcen o arrojan el agua; las otras formarán un hermoso recipiente para el agua, de unos nueve o doce metros cuadrados, pero sin peces ni fango ni barro. En cuanto a las primeras los ornamentos o figuras, grabados o de mármol, como se acostumbra, resultarán bien; pero la estructura principal ha de conducir el agua para que no se estanque, tanto en la taza como en la cisterna; que el agua no se decolore nunca por estar detenida, ni se ponga verde, ni roja o demás, o acumule musgos o putrefacciones; además de eso, debe limpiarse diariamente a mano; también dará buen resultado poner algunos escalones y una pavimentación artística alrededor. En cuanto a la otra clase de fuentes, que podemos llamar piscina, puede encerrar mucha singularidad y belleza, de la que no nos ocuparemos demasiado, como puede ser el fondo artísticamente pavimentado con figuras; igualmente a los costados; y, al mismo tiempo, embellecido con cristales de colores y análogos materiales brillantes; circúndese, también, con artísticas hileras de estatuas pequeñas. Pero el punto principal es el mismo que mencionamos en la primera clase de fuentes, es decir, que el agua esté en movimiento, alimentada por aguas que estén más altas que la piscina y que caigan a ella por amplios caños y luego desagüen en la tierra por orificios del mismo tamaño para que el agua no se detenga; en cuanto a los artificios artísticos tales como arcos de agua sin derramarse y hacer que se eleve en formas diversas (de plumas, de vasos, canastillos y demás) resultan bonitos para la vista pero no para la salud y la placidez.

En cuanto al brezal, que es la tercera parte de nuestro proyecto, me gustaría que estuviera concebido lo más posible como si fuera de selvatiquez natural. Yo no pondría ningún árbol en ella sino algunas espesuras formadas por escaramujos y madreselvas, y algunas vides silvestres entre ellas; y que el suelo esté cubierto de violetas, fresas y prímulas; porque éstas son olorosas y crecen bien en la sombra, debiendo estar esparcidas por uno y otro lado del

brezal, no puestas en orden alguno. También me gusta que se pongan montoncillos, a modo de toperas (como hay en los brezales auténticos); unos con tomillo, otros con claveles y otros con geránicas, porque son de gran belleza para la vista; algunos con clemátides, otros con fresas, otros con primulas, otros con margaritas, otros con rosas rojas, otros con lirios del valle, otros con claveles barbados rojos, otros con eléboro y demás flores pequeñas, aunque, por otra parte, aromáticas y vistosas; parte de esos montoncillos han de plantarse con pequeños arbustos sin soporte y los demás sin tales arbustos; los primeros serán de rosas, enebros, acebos, agracejos (pero esparcidos debido a la fragancia de su floración), gro sellas, romero, laurel y otras plantas análogas; y que se poden para que no crezcan demasiado.

En cuanto al terreno de los costados, debe llenarse de caminos cubiertos para que proporcionen sombra en todo el sitio donde dé el sol. Algunos deben disponerse a modo de resguardos para que, cuando sople el viento cortante, se pueda ir por ellos como por una galería; estos caminos tendrán setos a ambos extremos para impedir el paso del viento y estos caminos cerrados deben estar bien pavimentados y sin hierba para que no tengan humedad. Así mismo, en muchos de ellos deben ponerse árboles frutales de todo tipo así como en los muros, disponiéndolos en hileras; debe también observarse, en general, que los bordes donde se planten los frutales sean hermosos y grandes, bajos, pero no inclinados; plántense flores bonitas pero esparcidas para que no desnutran a los árboles. A los extremos del terreno, yo pondría un montecillo de suficiente altura, sobrepasando los muros, para contemplar la extensión de los campos.

En cuanto al jardín principal, no niego que pueda tener algunos caminos amplios situados a ambos lados con árboles frutales, y algunos grupos de frutales y árboles con asientos puestos en buen orden; pero en modo alguno demasiado espesos para que el jardín privado no quede muy cerrado sino al aire despejado y libre. En cuanto a la sombra, deberá depender de los caminos laterales donde se podrá pasear si se desea durante las horas de calor del día o del año; pero teniendo en cuenta que el jardín principal es para las épocas más templadas del año; y en el calor del verano, para las mañanas, las tardes y los días frescos.

En cuanto a las pajareras, no me gustan, salvo que sean tan grandes que puedan tener césped y plantas y arbustos dentro de ellas; que los pájaros puedan tener mayor amplitud y sitio natural para anidar y que no se vea

suciedad en el suelo de la pajarera. De ese modo he hecho mi proyecto de jardín suntuoso, parte por normas, parte con diseño; no es un modelo sino las líneas generales de él; y no he reparado en su costo. Pero nada es para los grandes príncipes, que en su mayoría se aconsejan de los trabajadores, arreglar sus casas con menor gasto y, algunas veces, agregando estatuas y cosas semejantes para el embellecimiento y magnificencia, pero que nada significan para el verdadero placer de un jardín.

## DE LA NEGOCIACIÓN (1597)

Generalmente, es mejor tratar las cosas de palabra que por carta; y por mediación de un tercero que por uno mismo. Las cartas van bien cuando también han de responder por carta o cuando pueden servir de justificación después de haber escrito otra o cuando hay peligro de ser interrumpido o escuchado parcialmente. Es mejor tratar el asunto personalmente, cuando el rostro de la persona inspira respeto como sucede por lo común ante los inferiores; o en los casos delicados, cuando los ojos puestos en la persona con quien habla puede orientarle hasta dónde ha de llegar; y, en general, cuando la persona quiere contener su libertad tanto en denegar como en exponer el asunto. Al elegir los intermediarios, es mejor escoger hombres sencillos que son más apropiados para hacer lo que se les encomienda e informar después sobre lo ocurrido con entera sinceridad, que no los que son hábiles para maquinar el modo de sacar provecho propio en los asuntos de los demás, y que adornarán el informe que den después, sólo para su propia satisfacción. Utilícense tales personas en asuntos relacionados con su empleo porque son aptas para esa cuestión como los osados para la investigación y la observación, los tercos y obtusos para los asuntos que no resultan muy llevaderos. Utilícese también a los que han tenido suerte y han predominado anteriormente en menesteres en los que se les ha empleado antes; pues eso fomenta la confianza y se esforzarán por mantener su cometido. Es mejor tantear de antemano la persona con la que se trata, que ir al grano de primera intención salvo que se la quiera sorprender con alguna pregunta breve. Es mejor tratar con hombres con aspiraciones que con aquellos que están ya donde debieran. Si alguien trata con otro acerca de determinadas condiciones, el comienzo de la primera entrevista es el todo; lo que nadie puede pedir razonablemente, salvo que la naturaleza del asunto lo requiera debe anticiparse; o también una persona puede persuadir a otra de que aún la necesitará para otra cosa; o también que se le tendrá como al más honrado de

los hombres. Toda la labor consiste en descubrir y manejar a la persona. Los hombres se descubren a sí mismos en la confianza, en la pasión, en los descuidos; y, necesariamente, cuando han hecho algo y no encuentran pretexto adecuado. Si se quiere manejar a una persona hay que conocer a la vez su carácter y su calidad y dirigirla en consecuencia; o sus fines, y persuadirla con arreglo a ellos; o sus debilidades e inconvenientes y amedrentarla; o los que tienen interés por ella, y dirigirla con arreglo a eso. Al tratar con personas astutas, debemos considerar siempre sus fines para poder interpretar sus palabras; y es conveniente decirles pocas cosas y lo mínimo de lo que buscan. En todas las negociaciones difíciles, se puede no tratar de obtener fruto inmediatamente; sino que se ha de preparar el asunto y recoger el beneficio gradualmente.

## DE LOS ACOMPAÑANTES Y AMIGOS (1597)

No deben desearse los acompañantes costosos no sea que, por alargar la cola, se acorten las alas. Entiendo por costosos no sólo los que van a costa de la bolsa sino los que son fastidiosos e inoportunos en sus peticiones. Ordinariamente, los acompañantes no pretenden otra cosa más alta que patrocinio, recomendación y protección de los errores. Los acompañantes sediciosos son peores para que se los desee, pues acompañan no por afecto al que se unen, sino por descontento hacia otros; lo cual produce la mala incompresión que muchas veces vemos entre los grandes personajes. Análogamente, los acompañantes jactanciosos, que se convierten en pregoneros elogiosos de aquellos a quienes siguen, están llenos de inconvenientes porque corrompen los asuntos que requieren discreción; y quitan la honra a un hombre y le convierten en rencoroso. Hay una clase de acompañantes, que análogamente, resultan peligrosos, porque hacen de espías; son los que averiguan secretos de la casa y van contándolos a otros; sin embargo, tales individuos disfrutan muchas veces de gran favor porque son oficiosos y generalmente traen y llevan chismes. El acompañamiento por ciertas clases de hombres correspondientes a la profesión de un gran personaje (como los soldados con quienes se ha dedicado a la guerra y casos análogos) siempre ha sido un acto de civilidad y bien tenido incluso en las monarquías, siempre que sea sin mucha pompa o popularidad. Pero la clase más honrosa de acompañamiento es ser acompañado como uno que pretende sobrepasar en virtud y mérito a todas las demás personas; y, sin embargo, donde no hay eminentes particularidades en suficiencia, es mejor aceptar al más pasable que no al más capaz; y, además, a decir verdad, en los malos tiempos son más útiles los hombres activos que los virtuosos. Es cierto que, en el gobierno, es conveniente emplear por igual hombres de un solo rango; porque apoyar a algunos extremadamente es hacerlos insolentes y a los demás descontentos, porque pueden reclamar sus derechos; pero, contrariamente en

el favor, conviene utilizar hombres con mucha diferenciación y elección, pues eso hace que las personas preferidas estén más agradecidas, y las otras más oficiosas, pues todo es de favor. Es de buena discreción no elevar demasiado a ningún hombre al principio porque resultará difícil mantener esa proporción. Estar dominado, como podríamos decir, por uno no es seguro porque eso indica blandura y da libertad al escándalo y el descrédito; porque quienes no censurarían o hablarían mal de nadie inmediatamente, hablarán con mayor desenvoltura de aquellos que se muestran tan grandes con ellos, hiriendo de ese modo su honor; sin embargo, estar absorbido por muchos es peor porque hace que las personas se dejen arrastrar por la última impresión y acepten todo cambio. Aconsejarse de unos pocos amigos es siempre más honroso; porque los espectadores, muchas veces ven más que los tahúres y el valle descubre mejor el monte. Hay poca amistad en el mundo, y donde menos, entre iguales, que es la que se acostumbra ensalzar. Suele haber más entre superior e inferior en que la fortuna del uno está comprendida en la del otro.

## DE LOS LITIGANTES (1597)

Muchos asuntos y proyectos malos pasan a manos de los intermediarios; y los litigios privados corrompen el bien público. Muchos asuntos buenos van a parar a espíritus malévolos; no quiero decir sólo espíritus corruptos, sino habilidosos, que no procuran su ejecución. Muchos se encargan de litigios de los que nunca se ocuparán eficazmente; pero si ven que puede haber provecho en el asunto, buscarán algún medio para que se les quede agradecidos u obtener una recompensa inferior o, por lo menos, aprovecharse mientras tanto de las esperanzas del litigante. Algunos se encargan de pleitos sólo como oportunidad de frustrar a otros, o de hacer una información para la cual no podrían tener pretexto adecuado, sin preocuparse de lo que sea del litigio cuando ellos hayan averiguado lo que les interesa; o, por lo general, para realizar una especie de intromisión en los asuntos de otro en provecho propio; es más, algunos se encargan de pleitos con el total designio de hacerlos fracasar, y que la parte contraria u oponentes les recompensen. Con seguridad que, en cierto modo, hay un derecho en todo litigio; tanto un derecho de equidad, si es un litigio de controversia, como un derecho de mérito, si es un pleito de petición. Si el afecto lleva a un hombre a favorecer la parte equivocada en la justicia, que más bien utilice su patrocinio en llegar a una composición del asunto que en llevarlo adelante. Si el afecto le lleva a favorecer al que menos mérito tiene, que lo haga sin humillar ni incapacitar al que tiene más mérito. Los pleitos que no se comprenden bien es conveniente confiarlos a algunos amigos de confianza y buen juicio que puedan advertir si se pueden llevar adelante con honor; pero que elija bien sus asesores porque, si no, pueden jugar con él a su gusto. Los litigantes se sienten tan disgustados con las dilaciones y los engaños que es conveniente decirles clara y sencillamente, al principio, si se renuncia a encargarse del pleito, o informarle del éxito escuetamente y no exigir más recompensa que la que se merece; eso es no sólo más honroso sino más benévolo. En las solicitudes de favor, la



primera visita debe tener poco efecto, hasta tanto se haya apreciado la confianza que merece, y si el solicitante no ha comprendido el asunto, no se saque provecho de la información sino dejar que la parte oponente utilice sus medios y, en cierto modo, sea recompensada por su descubrimiento. Ignorar el valor de un pleito es necedad; así como ignorar al derecho que le asiste es falta de conciencia. El secreto en los pleitos es un gran medio para ganarlos; porque el vocearlos de antemano puede desalentar a cierto tipo de litigantes, pero puede acelerar y espabilar a otros. Pero lo principal en los pleitos es la oportunidad; quiero decir oportunidad no sólo respecto a la persona que ha de autorizarlo, sino respecto a quienes puedan frustrarlo. Que al elegir los medios, más bien se escojan los más aptos que los más grandes; y de entre éstos, mejor los especializados que los generales. La reparación de una negativa es, a veces, igual a la primera concesión si una persona no se muestra ni abatida ni descontenta. *Iniquum petas, ut aequum feras*<sup>[1]</sup>, es una buena norma cuando se tiene la fuerza del favor; pero, de otro modo, un hombre podría elevarse más en su pleito; porque quien se haya aventurado al principio a perder al litigante, no querrá, al final, perder a la vez al litigante y su primitivo favor. Se piensa que nada es más fácil en una solicitud a un gran personaje que una carta de él; sin embargo, si no es para una buena causa, va en contra de su reputación. No hay peores medios que esos planeadores generales de pleitos porque son una especie de ponzoña e infección de los procesos públicos.

## DE LOS ESTUDIOS (1597)

Los estudios sirven de deleite, de ornamento y de capacitación. Su principal utilización como deleite es en la vida privada y el retiro; como ornamento, en la conversación; y como capacitación, en la apreciación y desempeño de las ocupaciones; porque los hombres de experiencia pueden realizar y quizá juzgar las particularidades una por una; pero los consejos generales y el planeamiento y dirección de los negocios son mejores cuando proceden de hombres cultos. Gastar demasiado tiempo en los estudios es pereza; utilizarlos demasiado como ornamento es afectación; enjuiciar las cosas sólo por sus normas es propio de estudiantes. Los estudios perfeccionan la naturaleza y son perfeccionados por la experiencia; porque la capacidad natural es como las plantas, que necesitan la poda de los estudios; y los propios estudios dan futuras direcciones a la larga, salvo que deben domeñarse con la experiencia. Las personas astutas desdeñan los estudios, las personas sencillas los admiran, y las inteligentes los utilizan; los estudios no enseñan su propia utilización sino que eso es una sabiduría que está fuera y por encima de ellos y que se consigue con la observación. Léase no para contradecir o impugnar ni para creer y dar por admitido, ni para encontrar tema de charla y conversación, sino para sopesar y considerar. Algunos libros son para probarlos, otros para devorarlos y unos pocos para masticarlos y digerirlos; es decir, algunos libros son para leerlos sólo en parte; otros para leerlos no con demasiado cuidado; y unos pocos para leerlos totalmente y con diligencia y atención. También algunos libros pueden leerse por delegación valiéndose de extractos hechos por otros; pero eso sólo ha de ser en los temas menos importantes y en el tipo de libros más endeble; los demás libros destilados son como las aguas destiladas, insípidos. La lectura completa al hombre; la conversación le prepara; y la escritura le da exactitud; por tanto, si un hombre escribe poco, necesita tener mucha memoria; si conversa poco tiene que tener un ingenio momentáneo; y si lee poco tiene que tener mucha astucia para aparentar que

no la tiene. La historia hace sabios a los hombres; la poesía, ingeniosos; las matemáticas, sutiles; la física, profundos, la moral, graves; la lógica y retórica, diestros en discutir: *Abeunt studia in mores*<sup>[1]</sup>; es más, no hay detención o impedimento de la inteligencia que no pueda ser eliminado con los estudios apropiados. Lo mismo que una enfermedad corporal puede tener sus ejercicios apropiados, el juego de los bolos es bueno para el mal de piedra y los riñones, la caza, para los pulmones y el pecho, y el lento pasear para el estómago, la equitación para la cabeza, etc., así si la inteligencia de uría persona está como distraída, que estudie matemáticas porque en las demostraciones, si su mente se distrae lo más mínimo, debe comenzar otra vez; si su inteligencia no es capaz de distinguir o encontrar diferencias que estudie a los escolásticos porque son *cymini sectores*<sup>[2]</sup>. Si no es capaz de desenmarañar un asunto y aducir una cosa para demostrar e ilustrar otra, que estudie los casos de los abogados; así cada defecto mental puede tener una receta especial.

## DE LAS FACCIÓNES POLITICAS (1597)

Muchos tienen una opinión poco sabia según la cual un príncipe ha de gobernar un Estado, o un personaje dirigir sus asuntos de acuerdo con el respeto a las facciones como parte principal de su política; siendo así, contrariamente, que la mayor sabiduría, es tanto ordenar las cosas generales en las que los hombres de diversas facciones no estarán de acuerdo como en tratar con personas particulares una por una; pero no quiero decir que debe desdeñarse el tener en cuenta las facciones. Los hombres inferiores, al elevarse, se adherirán; pero los hombres superiores que tienen fuerza por sí mismos, es mejor que se mantengan indiferentes y neutrales; sin embargo, aun en los principiantes, adherirse con moderación a una facción que es más tolerable que otra, generalmente proporciona el mejor medio; la facción inferior y más débil es la más firme en la coalición; y se ve muchas veces que unos pocos que son tercos aburren a un número mucho mayor que son más moderados. Cuando una de las facciones se disuelve, los restos se subdividen; como la facción formada por Lúculo y los nobles del Senado (a los que llamaban *Optimates*) se mantuvo algún tiempo contra la facción de Pompeyo y César; pero cuando la autoridad del Senado fue derribada, pronto rompieron entre sí César y Pompeyo. La facción o partido de Antonio y Octavio contra Bruto y Casio también se mantuvo, análogamente, durante algún tiempo; pero cuando Bruto y Casio fueron derrotados, poco después Antonio y Octavio rompieron entre sí y se subdividieron. Estos ejemplos son guerreros, pero lo mismo ocurre en las facciones privadas; y, por lo tanto, los que son secundarios en las facciones muchas veces suelen convertirse en principales cuando las facciones se subdividen; pero otras muchas también se convierten en nada y son anulados porque la fuerza de muchos hombres está en la oposición; y al faltar ésta, ya no sirven para nada. Corrientemente se ve que los hombres, una vez situados, rechazan en la facción contraria aquello mismo que les sirvió a ellos para situarse; pensando, quizá, que ellos alcanzaron

primero la seguridad y luego están dispuestos a una nueva adquisición. El traidor dentro de una facción fácilmente sale adelante con su traición; porque cuando ha habido equilibrio de fuerzas entre las facciones, el ganarse un hombre hace que se rompa el equilibrio y tal hombre recibirá las gracias por ello. La nivelación entre dos facciones no procede siempre de la moderación sino de una sinceridad íntima en el hombre, que le lleva a valerse de las dos. Ciertamente, en Italia, mantienen alguna sospecha hacia los papas cuando pronuncian tantas veces lo de *Padre commune* y lo toman como señal de quien da a entender que se refiere a la grandeza de su propia casa. Los reyes han necesitado darse cuenta de qué lado se ponían y constituirse en facción o partido; en cuanto a las ligas dentro de los Estados siempre son perniciosas para las monarquías porque levantan una obligación sobre la obligación que se debe a la soberanía y hacen del rey *tanquam unus ex nobis*<sup>[1]</sup> como se vio en la Liga de Francia. Cuando las facciones se elevan mucho y violentamente es señal de debilidad en los príncipes y va en perjuicio tanto de su autoridad como de los asuntos públicos. Los movimientos de las facciones bajo los reyes deben ser como los movimientos de las órbitas inferiores (según dicen los astrónomos) que pueden tener sus movimientos propios pero que, a pesar de ellos, son movidas suavemente por el movimiento mayor del *primum mobile*.

## DE LAS CEREMONIAS Y CUMPLIMIENTOS (1597)

Cuando son de verdadera necesidad tienen muchas partes de virtud; como la piedra que ha necesitado ser preciosa para que vaya montada al aire; pero si alguien las recalca es en elogio y recomendación de los hombres; como al alcanzar o ganar algo; pues es cierto el proverbio que dice: *Las pequeñas ganancias hacen las grandes bolsas*, porque las ganancias pequeñas vienen con frecuencia, mientras las grandes sólo de tarde en tarde. Así es cierto que las cuestiones poco importantes obtienen grandes elogios porque están presentes y se notan continuamente; mientras que la ocasión para las grandes virtudes sólo se produce en momentos solemnes; por tanto el tener buenas formas agrega mucho a la reputación de un hombre, y son como cartas perpetuas de recomendación (como dijo la reina Isabel)<sup>[1]</sup>. Para alcanzarlas, casi es suficiente no desdeñarlas; para lo cual, deberán observarse en los demás hombres; y tener confianza en sí mismo para lo demás; pues si se esfuerza demasiado en expresarlas, hará que pierdan su gracia que consiste en ser naturales y sin afectación. La conducta de algunos hombres es como un verso en el que están medidas todas las sílabas; ¿cómo puede una persona abarcar grandes cosas si divide demasiado su inteligencia en pequeñas observaciones? El que no emplea ceremonia alguna es como si enseñara a los otros a que no las empleen con él y eso disminuye su propio respeto; especialmente, no deben omitirse con los extranjeros y las personas de espíritu formalista; pero insistir en ellas y exaltarlas por encima de la luna, no sólo es tedioso sino que disminuye la fe y crédito que se tenía en el que habla; y hay una forma eficaz y emotiva de transmitir e intercambiar los cumplimientos, que es de particular utilidad si se logra acertar con ella: entre sus iguales, una persona estará segura de la familiaridad, y, por tanto, es conveniente conservar un poco el rango. Entre sus inferiores, puede estarse seguro de la reverencia y, por consiguiente, conviene un poco de familiaridad. El que es mucho en todo, de tal forma que da nueva ocasión para la saciedad,

se rebaja. Es bueno conceder atención a los demás siempre que se haya demostrado interés y no superficialidad. Es un buen precepto, en general, cuando se secunda a otro, poner algo que indique nuestro interés personal; como, si se apoya su opinión, hágase con cierta distinción; si se sigue su movimiento, hágase condicionadamente; si se admite su consejo, aléguese una razón. Los hombres han de estar alerta para no ser demasiado perfectos en sus cumplimientos; por otra parte, si nunca lo son suficientemente, los envidiosos estarán seguros de poder achacarles eso en desventaja de sus mayores virtudes. También es un perjuicio en los negocios ser excesivamente respetuosos o demasiado minuciosos en observar los momentos y las ocasiones. Dice Salomón: *El que al viento mira, no sembrará, y el que mira las nubes no segará*<sup>[2]</sup>. El hombre inteligente tendrá más oportunidades de las que encuentra. La conducta de los hombres ha de ser como su ropa, no demasiado estrecha ni ajustada, sino holgada para el ejercicio y el movimiento.

## DE LA ALABANZA (1612)

Las alabanzas son el reflejo de la virtud; pero es el cristal o el cuerpo el que produce el reflejo. Si procede de la gente común, generalmente es falso y sin valor y más bien acompaña a las personas vanas que a las virtuosas; porque la gente común no comprende muchas virtudes excelentes. Las virtudes menores la incitan a las alabanzas, las medianas le producen asombro o admiración, pero las virtudes más elevadas carecen de sentido para ella o no las percibe en absoluto; pero la ostentación y *species virtutibus símiles*<sup>[1]</sup> la satisfacen más. En verdad que la fama es como un río en el que flotan las cosas' ligeras e hinchadas y se hunden las cosas pesadas y densas; pero si coinciden personas de calidad y buen juicio, entonces es (como dicen las Escrituras) *nomen bonum instar unguenti fragrantis*<sup>[2]</sup>, llena el ambiente en derredor y no se irá fácilmente; pues el olor de los ungüentos es más duradero que el de las flores. Hay tantos motivos falsos de alabanza que se puede, en justicia, mantener sospecha. Muchas alabanzas proceden meramente de la adulación; y si es un adulator corriente, tendrá ciertas alabanzas comunes que pueda aplicar a cualquier persona; si es un adulator astuto, seguirá al archiadulador, que es la propia conciencia del individuo con la que cada cual piensa lo mejor de sí mismo, y por donde el adulator podrá sujetarle al máximo. Pero si fuera un adulator descarado, buscará aquello en que la persona es más consciente de ser defectuosa y por lo que se sienta más abochornada para adularla alabando eso precisamente con lo que, a la fuerza, *spretia conscientia*<sup>[3]</sup>. Algunas alabanzas proceden de los buenos deseos y los cumplimientos, que es una forma de civilidad debida a los reyes y grandes personajes, *laudando praecipere*<sup>[4]</sup>, cuando, al decir a los hombres lo que son, se les hace ver lo que debieran ser; algunas personas son alabadas maliciosamente para dañarlas provocando la envidia y los celos hacia ellas; *Pessimum genus inimicorum laudantium*<sup>[5]</sup>; de tal modo que había un proverbio entre los griegos que decía: *a quien alaben para su daño debiera salirle un grano en la nariz*; y



nosotros decimos que debiera salirle una ampolla en la lengua a quien dice una mentira; cierto es que la alabanza moderada, dicha con oportunidad, y que no sea vulgar, es lo mejor. Salomón dice: *Al que a voces alaba al amigo de madrugada, por maldición se le cuenta*<sup>[6]</sup>. Ensalzar demasiado a una persona o una cosa, provoca la contradicción y acarrea envidia y desprecio. El que una persona se alabe no puede ser conveniente, salvo en raras ocasiones; pero alabar el oficio propio o la profesión puede hacerse con gracia y con cierta magnanimidad. Los cardenales de Roma, que eran teólogos, frailes y escolásticos, tenían una frase de notable desprecio y desdén hacia los trabajos civiles; porque llamaban a todas las profesiones temporales de milicia, embajadas, judicaturas y otros empleos, *sbirrerie*, que es, subalguacilazgo, como si fuesen asuntos para subalguaciles y corchetes; aunque muchas veces esos subalguaciles hacen mayor bien que sus elevadas especulaciones. Cuando San Pablo se jactaba, solía intercalar: *Hablo como un loco*<sup>[7]</sup>, pero hablando de su vocación decía: *haré honor a mi ministerio*<sup>[8]</sup>.

DE LA VANAGLORIA  
(1612)

Fue graciosa invención de Esopo lo de la mosca, posada en el eje de las ruedas de una carroza, que exclama: ¡*Cuánto polvo levanto!* Así son algunas personas vanas que, cualquier cosa que ande sola o se mueva por enormes medios, aunque ellas jamás hayan intervenido lo más mínimo, pensarán que son ellas quienes las mueven. Los que son jactanciosos tienen que ser pendencieros; porque toda bravuconería se asienta en las comparaciones. Tienen que ser violentos para hacer buenos sus propios alardes; tampoco pueden ser discretos, y por tanto tampoco eficientes; pero, de acuerdo con el proverbio francés, *Beaucoup de bruit, peu de fruit*; mucho ruido y pocas nueces. Sin embargo, se hace uso de esa cualidad en los asuntos civiles: donde hay que crear una opinión y una fama, ya de virtud o de grandeza, tales hombres son buenos pregoneros. Además, como observa Tito Livio, en el caso de Antíoco y los etolios, algunas veces producen grandes efectos las mentiras contradictorias; como si un hombre que negociase con dos príncipes para que se unieran y guerrearán contra un tercero, loara en demasía las fuerzas de uno cuando hablara con el otro y viceversa; y a veces el que trata con uno y otro hombre eleva su propio crédito con los dos aparentando mayor interés del que tiene con uno y otro; en esas y otras clases semejantes, sucede con frecuencia que algo se produce de la nada; porque las mentiras son suficientes para mantener la opinión y las opiniones conducen a las realidades. En los jefes militares y en los soldados, la vanagloria es un punto especial; pues si con el hierro se afila el hierro, así, por la gloria, el valor de uno aguza el de otro. En los casos de grandes empresas costosas y arriesgadas, un conjunto de espíritus jactanciosos dará vida a los trabajos; y los que son de naturaleza sólida y sobria más sirven de lastre que de vela. En la fama de sabiduría, el vuelo será lento sin algunas plumas de ostentación: *Qui de contemnenda gloria libros scribunt, nomen suum inscribunt*<sup>[1]</sup>. Sócrates, Aristóteles y Galeno fueron hombres llenos de ostentación. Ciertamente

es que la vanagloria ayuda a perpetuar la memoria de un hombre; y la virtud nunca estuvo tan obligada a la naturaleza humana, pues ha recibido de segunda mano lo que se le debía. Tampoco hubiera sobrepasado su época la fama de Cicerón, Séneca y Plinio Segundo si no hubiera estado unida a cierta vanidad de ellos; como ocurre con el barniz que no sólo hace que brillen los techos sino que duren. Pero en todo esto, al hablar de la vanagloria, me refiero no a la propiedad que Tácito atribuye a Maciano: *Omnium, quae dixerat feceratque, arte quadam ostentator*<sup>[2]</sup>, porque eso no procede de la vanidad sino de una magnanimidad y discreción naturales; y en algunas personas no sólo resulta conveniente sino gracioso; pues las excusas, concesiones, modestia, modosidad son artes de ostentación; y entre tales artes ninguna es mejor que la aludida por Plinio Segundo, la cual es ser generoso en alabar y elogiar a otro en lo que precisamente, quien lo hace, tiene alguna perfección. Porque dice Plinio con mucho ingenio: *Al elogiar a otro te haces justicia; porque al que elogias o es superior a ti en lo elogiado o inferior; si es inferior y lo elogias, tú lo eres mucho más; si es superior y no lo elogias, eres mucho menos*<sup>[3]</sup>. Los jactanciosos son menosprecio de los inteligentes, admiración de los tontos, ídolos de los parásitos, y esclavos de sus propios alardes.

## DE LA HONRA Y LA REPUTACION (1597)<sup>[\*]</sup>

El ganar honra no es más que la revelación de la virtud y mérito de una persona sin desventaja; porque algo de sus actos ronda y enamora a la honra y la reputación; de tal clase de hombres, por lo común, se habla mucho pero, en el fondo, se les admira poco; y algunos, por lo contrario, mantienen en la sombra su virtud, por lo cual la opinión los menosprecia. Si un individuo realiza lo que anteriormente no había sido intentado, o intentado y abandonado, o fue concluido, pero no con buen resultado, obtendrá más honra que efectuando una cosa de mayor dificultad o mérito en la que él sea sólo un simple continuador. Si alguien acomoda de tal forma sus actos que algunos de ellos satisfagan a todos los partidos o grupos de gente, será acogido con música. Mal esposo de su honra es el hombre que emprende cualquier acción cuyo fracaso puede perjudicarle más que la honra que pueda darle si tiene éxito. La honra que se gana y se pierde en otro tiene los reflejos más vivos, como el diamante cortado en facetas; por tanto, lúchese por superar a todo competidor en la honra, disparando más lejos, si puede, con el arco del otro. Los acompañantes y sirvientes discretos ayudan mucho a la reputación: *Omnis fama a domesticis emanat*<sup>[1]</sup>. La envidia, que es el cáncer de la honra, se elimina mejor sincerándose; mejor buscando el mérito que la fama; y atribuyendo el éxito de una persona más a la Divina Providencia y la felicidad que a sus propias virtudes y actuación. El verdadero dominio de las gradaciones de la honra soberana son los siguientes: en primer lugar están los *conditores imperiorum*, fundadores de Estados y Repúblicas; tales como Rómulo, Ciro, César, Otmán, Ismael. En segundo lugar están los *legislatores*, a los que también se llama segundos fundadores, o *perpetui principes*, porque gobiernan por sus ordenanzas después de haberse ido; tales fueron Licurgo, Solón, Justiniano, Edgardo, Alfonso el Sabio de Castilla, que hizo las *Siete Partidas*. En tercer lugar están los *liberatores o salvatores*, que enmiendan las miserias producidas por las guerras civiles, o liberan a su país de la sumisión

a extranjeros o tiranos, como Augusto, Vespasiano, Aureliano, Teodorico, Enrique VII de Inglaterra, Enrique IV de Francia. En cuarto lugar están los *propagatores o propugnatores imperii* (extendedores o defensores del imperio), como los que en guerras honrosas aumentan sus territorios o se defienden noblemente 'contra los invasores. Y, en último lugar, están los *patres patriae* (padres de la patria), que gobiernan con justicia y hacen épocas buenas aquellas en las que vivieron; las dos últimas clases no necesitan ejemplos porque son numerosas. Las gradaciones de la honra en los súbditos son: primera, *participes curarum* (participes en los cuidados), en quienes los príncipes descargan los mayores pesos de sus asuntos, son su mano derecha, como se les llama; la siguiente son los *duces belli* (jefes de guerra), o altos mandos, como son los que, reemplazando al príncipe, le rinden notables servicios en las guerras; la tercera son los *gratiosi*, favoritos, que sin excederse, sirven de solaz al soberano y no perjudican a la gente: la cuarta son los *negotiis pares* (iguales en los asuntos públicos), que ocupan puestos importantes y los desempeñan con eficacia. Análogamente, hay una honra que puede alinearse entre las mayores, pero que rara vez se da, y es la de los que se sacrifican muriendo o corriendo grave peligro en bien de su patria, como hicieron M. Regulo y los dos Decios.

## DE LA JUDICATURA (1612)

Los jueces debieran recordar que su oficio es *jus dicere* y no *jus dare*; interpretar la ley, no hacerla o darla; en otro caso, sería como la autoridad invocada por la Iglesia de Roma que, con el pretexto de explicar las Escrituras, no titubea en agregar o alterar y declara que no ve tal cosa y, pretextando antigüedad, introduce novedades. Los jueces debieran ser más cultos que ingeniosos, más reverenciados que aplaudidos, y más reservados que confiados. Sobre todas las cosas, la integridad es su dote y virtud adecuada. *Maldito*<sup>[1]</sup> (dice la ley) *quien quite los linderos*. El que ponga mal los mojones será maldito; pero es el juez injusto el principal removedor de linderos cuando delimita impropiamente las tierras y propiedades. Una sentencia impura daña más que muchos ejemplos impuros; porque éstos sólo corrompen la corriente y los otros corrompen la fuente; así lo dice Salomón: *Fons turbatus et vena corrupta est justus cadens in causa sua coram adversario*<sup>[2]</sup>. El oficio de los jueces puede referirse a la parte demandante, a los abogados defensores, a los escribanos y ejecutores de la justicia que están bajo ellos y al soberano o Estado que está sobre ellos.

Primero, por las causas o partes demandantes. *Los hay que tornan el juicio en ajeno*<sup>[3]</sup> (dicen las Escrituras), y seguramente los hay también que lo toman en vinagre; porque la injusticia lo hace más amargo, y la dilación lo agria. El deber principal de un juez es suprimir la fuerza y el fraude; de los cuales, la fuerza es más perniciosa cuando es descarada y el fraude cuando es callado y disimulado. Añádase a eso los litigios contenciosos que debieran vomitarse como las indigestiones de los tribunales. El juez tiene que preparar su camino para llegar a una sentencia justa, como Dios acostumbra preparar su camino elevando valles y abatiendo montes; así cuando aparece en ambos lados una mano poderosa, un proceso violento, el astuto aprovechamiento de ventajas, componendas, influencias, grandes consejos, entonces la virtud de un juez es

ver el modo de igualar la desigualdad, de modo que pueda plantar su juicio en un suelo llano. *Qui fortiter emungit, elicit sanguinem*<sup>[4]</sup>, y donde el lagar se fuerza mucho, se saca un vino áspero que sabe a pepita de uva. Los jueces deben estar alerta ante las reconstrucciones laboriosas y las inferencias retorcidas, pues no hay peor tortura que la tortura de las leyes. Especialmente en el caso de las leyes penales, deben tener cuidado que lo que se dio a entender por terror no se convierta en rigor; y que no hagan caer sobre la gente esa lluvia de la que hablan las Escrituras, *pluet super eos loqueos*<sup>[5]</sup>, porque si se oprimen las leyes penales son como lluvia de lazos sobre el pueblo. Por tanto, que las leyes penales, si han estado durmiendo por largo tiempo o si se han convertido en inadecuadas para los tiempos presentes, sean pospuestas por los jueces prudentes: *Judicis officium est, ut res, ita tempora rerum*<sup>[6]</sup>, etc. En las causas de vida o muerte, los jueces deben en justicia (mientras la ley lo permita) recordar la misericordia; y lanzar una mirada severa al delito, pero una mirada compasiva a la persona.

Segundo, en cuanto a los abogados y los consejeros que demandan: Paciencia y gravedad para escuchar es una parte esencial de la justicia, y un juez hablador es un címbalo desafinado. No es merced en un juez fallar primeramente, lo que pudo haber oído a su debido tiempo en el estrado; o mostrar rapidez de comprensión al desestimar las pruebas o al hacer demasiado cortos los asesoramientos, o anticipar la información con preguntas, aunque sean pertinentes. Los elementos de un juez en audiencia son cuatro: dirigir las declaraciones; moderar la longitud, repeticiones o impertinencia de las intervenciones; recapitular, seleccionar, y cotejar los puntos materiales de lo que se ha dicho; y pronunciar la sentencia. Todo lo que esté por encima de eso es exceso y procede de la vanagloria y la complacencia en hablar o de la impaciencia al escuchar o de la escasez de memoria, o de la falta de una atención sosegada y uniforme. Resulta extraño ver que el atrevimiento de los abogados suele impresionar a los jueces; siendo así que debieran imitar a Dios en cuyo sitio se sientan, quien *reprime al presuntuoso y da su gracia al humilde*<sup>[67]</sup>; pero es más extraño que los jueces tengan notorios favoritos, lo cual no hace más que multiplicar los cohechos y las sospechas de tortuosidades. Los jueces deben conceder a los abogados cierta consideración y benevolencia cuando las causas están llevadas y rectamente defendidas, especialmente a los de la parte que ha perdido; porque eso mantiene en el cliente la reputación del consejero y le hace perder confianza en su pleito. Análogamente se le ha de mostrar al público una

reprensión civil de los abogados cuando éstos dan consejos astutos, muestran tosca negligencia, información superficial, presión indiscreta, o una defensa descarada; y no se deje que los abogados arguyan con el juez ante el estrado, ni que vuelvan a insistir en el proceso de la causa después de que el juez haya dictado su sentencia; pero, por otra parte, que el juez no se haga cargo de una causa cuando esté ya a medio camino ni dé ocasión a que alguna de las partes diga que sus defensores o testigos no han sido oídos.

Tercero, concerniente a los escribanos y ejecutores. El local de la justicia es un local sagrado; por tanto, no sólo el estrado sino sus accesos y jurisdicción y cuanto de él dependa, deben preservarse sin escándalo ni corrupción; pues cierto es (como dicen las Escrituras) *¿Por ventura se recogen racimos de los espinos o los abrojos*<sup>[8]</sup>?; tampoco puede la justicia dar su fruto con suavidad entre las zarzas y breñas del saqueo y pillaje de escribanos y ejecutores. El servicio de los tribunales está sometido a cuatro instrumentos malos: primero, ciertas personas que son sembradoras de pleitos y hacen que los tribunales se hinchen y el país languidezca; el segundo lo constituyen los que mezclan a los tribunales en querellas de jurisdicción y no son verdaderos *amici curiae* sino *parasiti curiae*<sup>[9]</sup>, al hacer que el tribunal rebase sus límites sólo para que ellos puedan alcanzar sus particulares migajas y provechos. El tercero son los que pueden considerarse la mano izquierda de los tribunales; personas que están llenas de actividad, de triquiñuelas y artificios siniestros con los cuales pervierten el desenvolvimiento sencillo y directo de los tribunales metiendo a la justicia por vericuetos y laberintos. El cuarto, el de los recolectores y exactores de sobornos; lo cual justifica la comparación comente de los tribunales con los matorrales en los que, mientras la oveja corre para guarecerse de las inclemencias del tiempo, está segura que perderá parte de su vellón. Sin embargo, un viejo escribano, ducho en los trámites previos, cauto en los procedimientos, y entendido en la profesión de los tribunales, es un excelente auxiliar de la justicia y muchas veces indica el camino al propio juez.

Cuarto, lo que puede concernir al soberano y al Estado. Los jueces deben, sobre todo, recordar la conclusión de las Doce Tablas romanas: *Salus populi suprema lex*<sup>[10]</sup>; y saber que las leyes, salvo que se enderecen a tal fin, son cosas capciosas y oráculos no bien inspirados; por tanto es venturoso el Estado donde los reyes y gobierno consultan con frecuencia con los jueces; y también los jueces consultan con frecuencia con el rey y el gobierno: en el primer caso, cuando hay materia legal que atañe a los asuntos de Estado; en el



segundo, cuando determinadas consideraciones de Estado atañen a materias legales; porque muchas veces las cosas sometidas a juicio pueden ser *meum y tuum*<sup>[11]</sup>, cuando la razón y las consecuencias derivadas pueden socavar los intereses de Estado. Llamo materia de Estado, no sólo a los elementos de soberanía sino todo lo que introduzca una gran alteración o precedentes peligrosos o concierna manifiestamente a gran parte del pueblo; y que nadie crea indebidamente que las leyes justas y la verdadera política estatal tienen antipatía alguna, porque son como la fuerza y los músculos en que la una se mueve con los otros. Que los jueces recuerden también que el trono de Salomón estaba sostenido por leones a ambos lados<sup>[12]</sup>; que sean leones, pero leones bajo el trono, percatándose de que no deben detener u oponerse a la soberanía. Además, que ningún juez sea tan ignorante de su propio derecho creyendo que no se le deja, como parte principal de su oficio, un uso y aplicación prudentes de las leyes; porque pueden recordar lo que dice el apóstol de una ley superior a las suyas: *Nos scimus quia lex bona est, modo quis ea utatur legitime*<sup>[13]</sup>.

## DE LA IRA (1625)

Tratar de eliminar completamente la ira es una jactancia de los estoicos. Tenemos oráculos mejores. *Si os enojáis no pequéis; ni se ponga el sol sobre vuestra iracundia*<sup>[1]</sup>. La ira debe limitarse y confinarse tanto en su momento de iniciación como a lo largo del tiempo. Hablaremos primero cómo se puede atemperar y calmar la inclinación natural y el hábito de la ira; en segundo lugar, cómo pueden reprimirse determinados raptos de ira, o, por lo menos, refrenarse para no producir daño; tercero, cómo provocar y aplacar la ira en otro.

En cuanto a lo primero, no hay otro camino que meditar y recapacitar sobre los efectos de la ira y cómo alteran la vida del hombre; el mejor momento para hacer eso es cuando el acceso de ira ya ha pasado completamente. Séneca dice con razón que *la ira es como las ruinas que se rompen contra aquellos en que caen*<sup>[2]</sup>. Las Escrituras nos exhortan a *salvar nuestras almas por la paciencia*<sup>[3]</sup>; porque quienquiera que pierda la paciencia pierde la posesión de su alma. Los hombres no deben convertirse en abejas, *animasque in vulnere ponunt*<sup>[4]</sup>. En verdad la ira es una clase de vileza; como se ve bien en la debilidad de los súbditos en los que ella reina: niños, mujeres, viejos y enfermos. 'Sólo los hombres deben darse cuenta de que cargan con su ira más con desdén que con miedo; así que pueden parecer que están más por encima de la injuria que bajo ella; lo que es una cosa fácil de hacer si el hombre sabe darse una norma a ese respecto.

En cuanto al segundo punto, las causas y motivos de la ira son tres principalmente: primero, ser demasiado sensible al daño, pues nadie tiene ira si no se siente dañado y, por tanto, las personas tiernas y delicadas tienen que sentirse iracundas con frecuencia ya que tienen tantas cosas que puedan molestarlas y que las personas más robustas son menos sensibles a ellas; la

siguiente es la comprensión y elaboración de la injuria recibida si, en determinadas circunstancias, está llena de desprecio; porque el desprecio es lo que pone a punto de estallar la ira, tanto o más que la ofensa en sí; y por tanto, cuando las personas son ingeniosas, desechan las circunstancias de desprecio y suavizan mucho su ira; por último, el criterio de que se toca a la reputación de una persona hace que su ira se multiplique y agudice; el remedio para eso es que la persona tuviera lo que decía Gonzalvo<sup>[5]</sup>. *Telam honoris crassioram*<sup>[6]</sup>. Pero en todos los refrenamientos de la ira, es el mejor remedio ganar tiempo y hacerse creer que la oportunidad de la venganza todavía no ha llegado; pero que prevé el momento de ella con lo cual se tranquiliza durante la espera y logra revocarla.

Contener la ira ante el desprecio, aunque se apodere de uno, tiene dos cosas de las que se debe tener especial precaución: una es la extrema acritud de las palabras, especialmente si son exactas y apropiadas, porque *communia maledicta*<sup>[7]</sup> no quieren decir nada; y además las personas revelan en la ira sus secretos y eso las hace inadecuadas para vivir en sociedad; la otra es que no se puede romper perentoriamente un asunto en un raptó de ira; pero, sea cual fuere el comportamiento en un momento de enfado, no se haga nada que no sea revocable.

En cuanto a provocar o aplacar la ira en otros se efectúa principalmente eligiendo los momentos en que las personas están más indómitas o menos dispuestas a irritarse; además recogiendo (como ya se indicó antes) todo lo que se pueda encontrar que agrave el desprecio; y los dos remedios son valiéndose de contrarios; el primero, eligiendo el buen momento, relatando en primer lugar un asunto iracundo, porque la primera impresión es decisiva; el otro remedio es separar, cuanto se pueda, la propia injuria de los matices de desprecio imputándolas a incomprensión, miedo, pasión o lo que se quiera.

## DE LAS VICISITUDES DE LAS COSAS (1625)

Dice Salomón: *Nada hay nuevo bajo el sol*<sup>[1]</sup>; así como Platón imaginaba que todo conocimiento era sólo una remembranza<sup>[2]</sup>, así Salomón pronunció su sentencia: *ni de lo que sucederá habrá memoria*<sup>[3]</sup>; por donde se puede ver que el río Leteo corre tanto por encima como por debajo del suelo. Hay un astrólogo abstruso que dice que si no fuera por dos cosas que son constantes (una es que las estrellas fijas siempre están a la misma distancia unas de otras y nunca se aproximan juntas ni se alejan separadamente; la otra es que el movimiento diurno mantiene perpetuamente el tiempo), nadie dudaría un momento; cierto es que la materia es un flujo perpetuo y jamás se detiene. Las grandes mortajas que envuelven todas las cosas en el olvido son dos, diluvios y terremotos. En cuanto a los incendios y grandes sequías, no sólo despueblan sino destruyen. El carro de Faetón se fue sólo por un día; y los tres años de sequía en los tiempos de Elías<sup>[4]</sup> fueron un caso aislado y la gente sobrevivió. En cuanto a los grandes incendios debidos a rayos, que ocurren con frecuencia en las Indias Occidentales, son poco extensos; pero en las otras dos destrucciones, por diluvio y terremoto, debe notarse, además, que el remanente de gente que sobrevive es, por lo general, ignorante y montañeses que no pueden dar cuenta de los tiempos pasados; así que el olvido es completo como si no hubiera quedado nadie. Si se considera con atención a las gentes de las Indias Occidentales, es muy probable que sean un pueblo más nuevo o más joven que los pueblos del viejo mundo; y es mucho más probable que la destrucción que haya habido allí anteriormente no haya sido por terremoto (como los sacerdotes egipcios dijeron a Solón referente a la isla de Atlantis<sup>[5]</sup> que fue engullida por un terremoto), sino que fue asolada por un diluvio local, ya que los terremotos apenas se dan en aquellas partes; pero, en cambio, tienen ríos tan caudalosos que los ríos de Asia, África y Europa son sólo arroyos junto a ellos<sup>[6]</sup>. Análogamente, sus Andes o montañas son mucho más altas que las nuestras; parece que en ellas se salvaron las generaciones

supervivientes a aquel diluvio local. En cuanto a la observación que hace Maquiavelo<sup>[7]</sup> de que el celo de las sectas contribuye mucho a que se extinga la memoria de las cosas, interpretando a Gregorio el Magno, pues éste hizo cuanto pudo para suprimir todas las antigüedades paganas, yo no veo que tal celo tenga gran efecto ni dure mucho; como se comprueba en la sucesión de Sabiniano, quien revivió las anteriores antigüedades.

Las vicisitudes o mutaciones en la esfera superior no son adecuadas para la materia del presente argumento. Pudiera ser, de acuerdo con el gran año de Platón<sup>[8]</sup>, si el mundo fuera a durar tanto, que tuvieran algún efecto no en renovar la situación de tales individuos (pues eso imaginan los que conciben que los cuerpos celestes tienen una influencia más vigorosa sobre las cosas de aquí abajo de la que en realidad tienen) sino en general. Aparte de eso, los cometas tienen poder sobre el total conjunto de las cosas; pero más bien se los contempla y se aguarda su paso que observarles con discernimiento en sus efectos, especialmente en sus efectos respectivos; es decir, qué clase de cometas por su magnitud, color, interpretación de sus rayos, situación en la región celeste o duración producen determinada clase de efectos.

Hay cierto hecho curioso que he oído y no he desechado hasta ver más adelante. Dicen que se observa en los Países Bajos (aunque no sé en qué parte) que cada treinta y cinco años, se repite la misma clase y sucesión de años y clima: como grandes heladas, tiempo húmedo, grandes sequías, inviernos cálidos, veranos poco calurosos y cosas análogas; y lo llaman el comienzo. Es una cosa que debo mencionar porque, al hacer comprobaciones en el pasado, encontré algunas coincidencias.

Pero dejemos esas cosas de la naturaleza y vengamos a los hombres. Las mayores vicisitudes de las cosas entre los hombres son las vicisitudes de las sectas y religiones; porque tales órbitas rigen mayormente los espíritus humanos. La religión verdadera está edificada sobre roca; las demás están arrojadas sobre las olas del tiempo. Por tanto, hablaremos de las causas de las sectas nuevas y daremos algunos consejos respecto a ellas, hasta el punto en que la flaqueza del juicio humano pueda dar estabilidad a tan grandes revoluciones.

Cuando la religión primitivamente aceptada se desgarrar con discordias, cuando la santidad de los que profesan la religión decae y se cubre de escándalo y, al mismo tiempo, la época 'es estúpida, ignorante y bárbara se

puede suponer que surgirá una nueva secta si, además, surge por entonces algún espíritu extravagante y extraño que se haga autor de ella; todas esas condiciones se dieron cuando Mahoma publicó su ley. Si una nueva secta careciera de las dos propiedades que diremos, no haya miedo, porque no se propagará. La primera es suplantar u oponerse a la autoridad establecida, porque nada es más popular que eso; la otra es dar licencia para los placeres y la vida voluptuosa. En cuanto a las herejías especulativas (como fueron, en los tiempos antiguos, la de los arrianos y en los actuales la de los arminianos), aunque obran poderosamente sobre las mentes, no producen grandes alteraciones en los Estados, salvo que se produzcan con ayuda de revueltas civiles. Hay tres modalidades en la implantación de una nueva secta; por el poder de señales y milagros; por la elocuencia y erudición de los discursos y la persuasión y por la espada. En cuanto al martirio lo incluyo entre los milagros, porque parecen exceder la fortaleza humana; y lo mismo puedo hacer con la superlativa y admirable santidad de vida. Seguramente no hay mejor forma de detener la iniciación de las nuevas sectas y de las herejías que la de reformar los abusos; arreglar las más pequeñas diferencias; actuar suavemente y no con persecuciones sanguinarias; y más bien apartar a los principales autores persuadiéndolos y anticipándose a ellos que enfureciéndolos con violencias y amarguras.

Los cambios y vicisitudes en las guerras son muchos, pero, principalmente, en tres cosas: en lugares o escenarios de la guerra, en las armas, y en la forma de conducir la guerra. Las guerras, en los tiempos antiguos, parecían más moverse de Oriente a Occidente; pues los persas, asirios, árabes y tártaros (que fueron los invasores) eran todos pueblos orientales. Cierto es que los galos eran occidentales, pero de ellos sólo hemos leído dos incursiones: una a la Galacia y la otra a Roma; pero Este y Oeste no tienen puntos fijos en el firmamento; y tampoco tienen las guerras, tanto del Este como del Oeste, ninguna certeza para su observación; pero el Norte y el Sur son fijos y pocas veces o nunca se ha visto que los más alejados pueblos meridionales hayan invadido a los septentrionales, sino al contrario; por lo cual queda manifiesto que la ruta septentrional del inundo es por naturaleza la región más belicosa, debiéndose eso a las estrellas de aquel hemisferio o a los grandes continentes que hay al norte; ya que la parte sur, que se sepa, es casi toda mar; o (lo que es más aparente) que el frío de la parte norte, que es lo que es, sin ayuda ni disciplina, ha hecho que los cuerpos sean más esforzados y el coraje más ardoroso.

En el resquebrajamiento y conmoción de un gran Estado e imperio puede estarse seguro que habrá guerras; porque los grandes imperios, mientras se mantienen, enervan y destruyen las fuerzas de los nativos a quienes han sometido, descansando sobre sus propias fuerzas de protección; y luego, cuando caen, todo se destruye y todo se convierte en botín. Eso ocurrió en la decadencia del imperio romano y, análogamente, en el imperio germano, después de Carlomagno, cada cual se llevó lo que pudo, y no otra cosa le ocurriría a España si cayera. Los grandes acrecentamientos y uniones de reinos también promueven guerras; porque cuando un Estado crece hasta hacerse superpoderoso es como una gran crecida de agua que podrá asegurarse que se desbordará, como se ha visto en los Estados de Roma, Turquía, España y otros. Considérese que cuando el mundo tiene el menor número de pueblos bárbaros, por lo común, no hay matrimonios ni nacimientos, salvo que se tengan medios de vida (como pasa casi en todas partes, excepto en Tartaria) y no hay peligro de inundaciones de gente; pero cuando hay multitud de gente, la cual continuará generando sin prever los medios de vida y sustento, es necesario que una o dos veces en cada época descargue una parte de su población sobre otras naciones; lo cual solían hacer echándolo a suerte, los antiguos pueblos septentrionales, y así designaban qué parte se quedaría en la patria y qué otra tendría que salir a buscar fortuna. Cuando un pueblo guerrero se ablanda y afemina puede estar seguro de que tendrá guerras, pues, por lo general, tales Estados se han hecho ricos en la época de su degeneración; y así incitan a que les invadan y su decadencia en valor anima a provocarles guerra.

En cuanto a las armas, apenas se pueden dar reglas sobre ellas ni hacer observaciones; sin embargo, se ve que también tienen cambios y vicisitudes; cierto es que la pólvora fue conocida en la ciudad de Oxidracés, en la India, y fue lo que los macedonios llamaron trueno y rayo, y magia; y es bien sabido que el uso de la pólvora se conocía en China desde hace más de dos mil años. Las condiciones de las armas y sus perfeccionamientos son: primera, asentar lejos el golpe porque eso aleja el peligro, como se ve en la artillería y los mosquetes; segunda, la fuerza del impacto en el que, análogamente, la artillería excede a todos los demás arietes e invenciones antiguas; la tercera es la comodidad de su utilización, pues sirve en todo tiempo, su transporte puede ser ligero y manejable, y ventajas análogas.

En cuanto a la forma de conducir la guerra: al principio, se confiaba extremadamente en el número; análogamente, las guerras descansaban

principalmente en la fuerza y el valor señalándose días para las batallas en campos acotados y desarrollándolas como un torneo; y eran más ignorantes para disponer y desarrollar las batallas. Después de superar el criterio de confiar en el número, más bien eficaz que cuantioso, superaron las ventajas del lugar, ingeniando ardides y cosas semejantes y se hicieron más hábiles en la disposición de las batallas.

En la juventud de un Estado, las armas deben estar en pleno florecimiento; en la edad madura de un Estado, debe prevalecer la cultura, y luego, ambas juntas durante algún tiempo; en la edad declinante de un Estado, prevalecerán las artes mecánicas y el comercio. La cultura tiene su infancia cuando está al comienzo y es casi anñada; luego tiene su juventud cuando es exuberante y juvenil; luego viene la fuerza de los años cuando adquiere solidez y concentración; y, finalmente, su ancianidad cuando se seca y agota. Pero no es conveniente contemplar demasiado las vueltas de estas ruedas de las vicisitudes, pues si no, sentiremos vértigos; en cuanto a la historia de ellas, no es más que un círculo de cuentos y, por tanto, no apropiada para este escrito.





FRANCIS BACON (Londres 22 de enero de 1561-Londres 9 de abril de 1626). Fue un filósofo, político, abogado y escritor inglés.

Obras: *Essays* (1st edition 1597), *The Advancement and Proficiency of Learning Divine and Human*, (1605), *De Sapientia Veterum* ('Wisdom of the Ancients', 1609), *Essays*, (2nd edition – 38 essays, 1612), *Instauratio magna* (*The Great Instauration*), (1620), *Essays, or Counsels Civil and Moral* (3rd/final edition – 58 essays, 1625) y *New Atlantis* (*La Nueva Atlántida*) (1626).

## **Notas**

## **ENSAYO 1**

[1] El vino de los demonios. <<

## **ENSAYO 2**

[1] Aterra más la pompa de la muerte que la muerte misma. <<

[2] Piensa cuánto tiempo has hecho lo mismo; puede desear la muerte, no sólo el valiente o desgraciado, sino también el hastiado (*Cartas*, X, 1, 6). <<

[3] Adiós, Livia; vive y acuérdate de nuestra unión (Suetonio, *Augusto*, XCIX). <<



[4] Y a le abandonó la fortaleza de su cuerpo a Tiberio pero no su disimulo (*Anales*, VI, 50). <<

[5] Me parece que me convierto en un Dios (Suetonio, *Vespasiano*, XXIII). <<

[6] Golpea, si eso es en bien del pueblo romano (Suetonio *Galba*, XX). Date prisa, si quieres algo más de mí (Dion Casio, LXVII,. <<

[7] Date prisa, si quieres algo más de mí (Dion Casio, LXVII, 17). <<

[8] El que considera el extremo final de la vida como uno de los regalos de la naturaleza (Juvenal, *Sátiras*, X, 358). <<

[9] Ahora despides, Señor, a tu siervo, conforme a tu Palabra, en paz (Lucas, 2, 29). <<

[10] Una vez muerto, se le amará lo mismo (Horacio, *Epistolas*, II). <<

### **ENSAYO 3**



<sup>[1]</sup> He aquí, en el desierto está (*Mateo*, 24, 26). <<

[2] He aquí, en las cámaras está (íd., íd.). <<

[2] Salmos, 1, l. <<

[4] *II Reyes*, 9, 18. <<

[5] S. Mateo, 12, 30. San Marcos, 9, 40. <<

[6] Haya variedad en la vestidura, pero no división. <<

[7] Evita las profanas pláticas de cosas vanas y los argumentos de la falsamente llamada ciencia (Timoteo, 6. 20). <<

[8] A cuántos males podía persuadir la religión. <<



[9] Matanza de hugonotes en la noche de S. Bartolomé Y la “conspiración de la pólvora”. <<

[10] La ira del hombre no obra la justicia de Dios (Santiago, 1, 120). <<

## **ENSAYO 4**

[1] Job, 2, 10. <<

## **ENSAYO 6**

<sup>[1]</sup> *Anales*, V. <<

[2] Tácito, *Historia*, 11. <<

## **ENSAYO 7**



[1] Elige lo mejor; la costumbre lo hará suave y fácil. <<

## **ENSAYO 8**

[1] Prefirió su anciana (Penélope) a la inmortalidad. <<

## **ENSAYO 9**

[1] No hay nadie curioso Que no sea también malévolos (Plauto, *Stichus* I). <<

[2] ¡Cuánto sufrimos! <<

[3] Para la envidia no hay días festivos. <<

## **ENSAYO 10**



[1] Somos el uno para el otro un teatro suficientemente gran de (Séneca, *Epístolas*, 7). <<

## **ENSAYO 11**

[1] Cuando ya no seas el que eras, no hay razón para que desees vivir (Cicerón, *Cartas*). <<

[2] Grave cosa es morir siendo muy conocido por todos y desconocido para sí (Séneca, *Thyestes*, II). <<

[3] Y vio Dios, al contemplar la obra hecha por sus manos, que todo era bueno (*Génesis*, I, 31). <<

[4] Al que todos considerarían capaz de gobernar aunque no hubiera gobernado. <<

[5] Vespasiano fue el único que, siendo emperador, cambió para mejorar (Tácito, *Historia*, I). <<

## **ENSAYO 13**



[1] Tan bueno que no vale para nada. <<

[2] S. Mateo, 5, 45. <<

[3] S. Marcos, 10, 21. <<

## **ENSAYO 15**

[1] El [el sol] también suele advertimos que nos amenazan ciegos tumultos, que la traición y la escondida guerra van creciendo (Virgilio, *Geórgicas*, I).  
<<

[2] La madre tierra inflamada de ira contra los dioses (según dicen la engendró la última hermana de Ceo y Encélado) (*Eneida*, IV). <<

[3] Cuando se provoca una gran envidia, tanto las acciones buenas como las malas, molestan. <<

[4] Estaban en su oficio, pero más dispuestos a discutir las órdenes de sus superiores que a ejecutarlas (*Historia*, I). <<



[5] Con mayor libertad que lo conveniente respecto a sus gobernantes (*Anales*, III). <<

[6] Desataré cinturas de reyes (*Isaías*, 45, 1). <<

[7] De ahí la usura devoradora y el interés acumulado rápidamente / de ahí la conmoción del crédito y la guerra provechosa para muchos (*Farsalia*, I, 181).  
<<

[8] El dolor tiene límite, no así el miedo (Plinio, *Cartas*, VIII, 17). <<

[9] La obra supera al material (Ovidio, *Metamorfosis*, II, 5). <<

[10] Las fábricas. <<

[11] Sila fue un ignorante, no pudo ejercer la dictadura (Suetonio, *César*, 76-78). <<

[12] Las legiones se movilizaban, no se compraban (Tácito, *Historia*, I, 5). <<



[13] Si vivo ya no necesitaré más soldados el Imperio Romano (Flavio Vospico, *Probo*, 20). <<

[14] Y tal fue el estado de ánimo, que unos pocos se atrevían a hacer lo peor, muchos más lo hubieran querido y todos lo conocían (*Historia*, I, 28). <<

## **ENSAYO 16**

[1] No hay profanación en que el pueblo niegue a los dioses; pero es profanación atribuir a los dioses lo que el pueblo cree de ellos (Diógenes Laercio, X, 123). <<

[2] No es que digamos que los sacerdotes son como el pueblo, sino que el pueblo no es tan malo como los sacerdotes. <<

[3] Mejor naturaleza. <<

[4] Nos enorgullecemos porque podemos, padres conscriptos, no del número como los hispanos, ni de la fuerza como los galos, ni del ingenio como los fenicios, ni de las artes como los griegos, ni como los propios italianos y latinos de la llaneza y sentido nativo que pertenecen a su nación y tierra, sino de la piedad y religión y de esa sabiduría que nos hace considerar que el numen de los dioses inmortales lo rige y gobierna todo, en lo cual superamos a todos los pueblos y naciones (*Respuesta a los adivinos*, IX, 19). <<

## **ENSAYO 19**



[1] *Proverbios*, 25, 33. <<

[2] (La frase no es de Tácito sino de Salustio): Los deseos de los príncipes son, por lo común, vehementes y contrarios entre sí (*Guerra de Yugurta*). <<

[3] Recuerda que eres hombre. Recuerda que eres Dios o representante de Dios. <<

## **ENSAYO 20**

[1] *Proverbios*, 20, 18. <<

[2] Estoy lleno de hendiduras (Terencio, *El eunuco*. I). <<

[3] No hallará fe sobre la tierra. <<

[4] La mayor virtud de los príncipes es conocer a los suyos (Marcial, *Epigramas*, VIII). <<



[5] Según las clases. <<

[6] Los mejores consejeros son los muertos. En la noche se madura el consejo.  
<<

[7] Los mejores consejeros son los muertos. <<

[8] Complaceré al Señor en la tierra de los vivos (*Salmos*, 114, 9). <<

## **ENSAYO 22**

[1] Envíalos desnudos entre extranjeros, y ya verás. <<

<sup>[2]</sup> *Nehemías*, 2, 1. <<

[3] A él no le queda otra esperanza sino, sencillamente, mirar la seguridad del emperador (Tácito, *Anales*, XIV). <<



[4] El hombre prudente mira donde pisa, el necio cae en el cepo. <<

## **ENSAYO 23**

[1] Del juego de bolos. <<

[2] Amantes de sí mismos, sin rival (*Cartas*, III). <<

## **ENSAYO 26**

[1] 2.<sup>a</sup> *Timoteo*. 3. 5. <<

[2] Nimiedades con gran esfuerzo (Terencio, *El que se atormenta*, III, 5). <<

[3] Respondes, con una ceja levantada hacia la frente y la otra bajada hacia el mentón, que la crueldad no te agrada (*Contra Pisón*, VI). <<



[4] Hombre insensato que rompes las cosas de peso con palabras mezquinas (Quintiliano, X). <<

## **ENSAYO 27**

[1] Una gran ciudad es una gran soledad. <<

[2] Partícipes de los cuidados. <<

[3] Debido a nuestra amistad no te oculté eso (Tácito, *Anales*, IV). <<

[4] Di3n Casio, LXXV. <<

[5] Plutarco, *Vidas*, 1. <<

[6] *Epístola*, 1, 23. <<



## **ENSAYO 29**

[1] Plutarco, *Vidas*, 1. <<

[2] *Eglogas*, VII. <<

[3] Plutarco, *Vidas*, IV. <<

[4] Tierra poderosa en las armas y fértil en las tierras (*Eneida*, I) <<

[5] Derecho de ciudadanía. <<

[6] Derecho de comercio, derecho de matrimonio, derecho de herencia, derecho de sufragio, derecho de honores. <<

[7] Alusión a ciertos privilegios concedidos a los casados ciertas inmunidades a quienes tuvieran más de cinco hijos. <<



[8] E] plan de Pompeyo es claramente el de Temístocles; pues considera que quien domina los mares, domina toda las cosas (*A Atico*, X). <<

## **ENSAYO 31**

[1] La sospecha es la licencia de la fe. <<

## **ENSAYO 32**

[1] Muchacho, deja el látigo y mantén con fuerza las riendas (Ovidio, *Metamorfosis*, II). <<

## **ENSAYO 34**

<sup>[1]</sup> *Eclesiastés*, 5, 11. <<

[2] Al procurar el acrecentamiento de sus bienes, se veía que no buscaba el provecho de la avaricia sino los medios de hacer el bien. <<



[3] El que se apresura a enriquecerse no es inocente (*Proverbios*, 28, 20). <<

[4] Rey de las regiones infernales. <<

[5] Con el sudor de la frente de otro. <<

[6] Apresaba testamentos y huérfanos como con red (*Anales*, XIII, 42). <<

## **ENSAYO 35**

[1] Pero la casa de Eneas se enseñoreará de todas las tierras y los hijos de sus hijos y los que nazcan de ellos (*Eneida*, III, 97-98). <<

[2] Vendrán siglos en que el Océano abrirá sus barreras y aparecerá una vasta comarca; Tetis descubrirá nuevos orbes y no será Tule la última tierra (*Medea*, II, 374-78). <<

[3] Heródoto, III, 124, 125. <<



[4] Plutarco, *Vidas*, IV, 299. <<

[5] Me volverás a ver en Filipo (Plutarco, *Vidas*, IV, 217). <<

[6] Probarás el imperio (Suetonio, *Galba*, IV). <<

<sup>[7]</sup> *Historia*, V, 13. <<

[8] Suetonio, *Domiciano*, 23. <<

[9] Catalina de Médicis, esposa de Enrique II de Francia. <<

[10] Jaime primero fue el primero en llevar el título de rey de Gran Bretaña, al unirse Escocia con Inglaterra cuando subió al trono en 1603. <<

[11] 1588 <<



[12] El ochenta y ocho será año maravilloso. <<

[13] Personaje de la comedia de Aristófanes *Los caballeros*. <<

## **ENSAYO 37**

[1] Especie de pantomima escénica en la Inglaterra de la época de Bacon. <<

## **ENSAYO 38**

[1] Quien mejor vindica su espíritu es el que rompe las cadenas que oprimen su pecho y deja de sufrir de una vez (Ovidio, *Remedios de amor*, 293-294).  
<<

[2] Mi alma ha sido un residente durante mucho tiempo. <<

## **ENSAYO 40**



[1] Cada cual es artífice de su fortuna. <<

[2] Si la serpiente no se come otra serpiente no se convertirá en dragón. <<

[3] En el original pone *disemboltura*. <<

[4] Tal fue la fortaleza de cuerpo y de alma en aquel hombre que en cualquier parte que hubiera nacido, se hubiera visto que hacia fortuna (*Historia*, XXX, 40). <<

[5] Carácter versátil. <<

[6] Un poco de loco. <<

[7] Llevas al César a su fortuna (Plutarco, *Vidas*, V, 41). <<

[8] *Feliz o Afortunado* y no el de *Magno* (o *Grande*). <<



## **ENSAYO 41**

[1] Bacon utiliza las palabras usura y usurero, no con su actual sentido peyorativo sino equivalentes a préstamo y prestamista. <<

[2] Enrique VIII señaló el 10 por ciento como límite máximo del interés. <<

[3] Dirige desde su colmena a los zánganos, un rebaño de indolentes (*Geórgicas*, IV, 168). <<

[4] Comerás el pan con el sudor de tu rostro (*Génesis* 3, 19). <<

[5] Con el sudor del rostro ajeno. <<

[6] El amarillo era el color que, generalmente, estaban obligados a usar los judíos. <<

[7] Concesión debida a la dureza del corazón. <<



## **ENSAYO 42**

[1] Pasó su juventud, llena de errores y hasta de locura (Espartiano, *Vida de Severo*, II). <<

[2] Joel, 2, 28. <<

[3] Cicerón. <<

[4] Seguía siendo el mismo, pero no resultaba lo mismo (*Bruto*, 95). <<

[5] Los últimos hechos eran inferiores a los primeros (*Historia*: XXXVIII, 53).  
<<

## **ENSAYO 43**

[1] El otoño de las personas hermosas es hermoso (Plutarco, *Vidas*, II, 90). <<



## **ENSAYO 44**

<sup>[1]</sup> *Romanos*, 1, 31; *II Timoteo*, 3, 3. <<

## **ENSAYO 45**

[1] Plutarco, *Vidas*, III, 420. <<

[2] *Ester*, 1, 5. <<

## **ENSAYO 46**

[1] Primavera perpetua (Virgilio, *Geórgicas*, 1, 149). <<

[2] 24 de agosto. <<



## **ENSAYO 49**

[1] Pide lo injusto para conseguir lo justo (Quintiliano, *De Institutione Oratoria*, IV, V, 16). <<

## **ENSAYO 50**

[<sup>1</sup>] Los estudios influyen en las costumbres (Ovidio, *Heroídas*, XV, 83). <<

[2] Literalmente: “partidores de caminos”. <<

## **ENSAYO 51**

[1] Como uno de nosotros. <<

## **ENSAYO 52**



[1] Isabel la Católica. <<

<sup>[2]</sup> *Eclesiastés* 11, 4. <<

## **ENSAYO 53**

[<sup>1</sup>] Las apariencias se asemejan a las virtudes (Tácito, *Anales*, XV, 48). <<

[2] El buen nombre es como el ungüento oloroso (*Eclesiastés*, 7, 1). <<

[3] Desprecia su conciencia. <<

[4] Enseñar alabando. <<

[5] La peor clase de enemigos es la de los adúladores. <<



[6] *Proverbios*, 27, 14. <<

<sup>[7]</sup> II *Corintios*, 11, 23. <<

[8] *Romanos*, 11, 13 <<

## **ENSAYO 54**

[1] Cita incorrecta de un pasaje de las *Tusculanae Disputationes*, I, 15, de Cicerón: “Quienes escriban libros sobre la inutilidad de la gloria, que se cuiden de poner su nombre en la portada”. <<

[2] Por una especie de arte, convertía en ostentación cuanto decía y hacía (*Historia*, II, 80). <<

[3] *Cartas*, VI, 17. <<

## **ENSAYO 55**



[\*] Omitido en la 2.<sup>a</sup> edición, de 1612; volvió a publicarse en la 3.<sup>a</sup> ed., de 1625. <<

[1] Toda fama procede de los criados (Cicerón, *Petición del Consulado*, V).  
<<

## **ENSAYO 56**

<sup>[1]</sup> *Deuteronomio*, 27, 17. <<

[2] Fuente turbia y manantial infecto es el justo que cede en causa propia ante el adversario (*Proverbios*, 25, 26). <<

[3] *Amós*, 5, 7. <<

[4] El que se suena con fuerza, se saca sangre (*Proverbios*, 30, 33). <<

[5] Lloverán lazos sobre ellos (*Salmos*, 11, 6). <<



[6] La misión del juez es considerar no sólo los hechos, sino las circunstancias de los hechos (Ovidio, *Tristes*, I, i, 37). <<

[7] *Proverbios*, 3, 34. <<

[8] *San Mateo*, 7, 16. <<

[9] Amigos del tribunal... parásitos del tribunal. <<

[10] El bienestar del pueblo es la ley suprema. <<

[11] Mías... tuyas. <<

[12] *I Reyes*, 10, 18-20. <<

[13] Pues sabemos que la ley es buena si se usa de ella convenientemente (*I. A. Timoteo*, 1. 8. <<



## **ENSAYO 57**

<sup>[1]</sup> *Efesios*, 4, 26. <<

<sup>[2]</sup> *De ira*, 1, 1. <<

[3] San Lucas, 21, 19. <<

[4] Que ponen la vida en el aguijón (Virgilio, *Geórgicas*, IV, 238). <<

[5] Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. Un paño más grueso para el honor. <<

[6] Un paño más grueso para el honor. <<

[7] Las injurias vulgares. <<



## **ENSAYO 58**

<sup>[1]</sup> *Eclesiastés*, 1, 9. <<

[2] En el *Fedón*. <<

[3] *Eclesiastés*, 1, 11. <<

<sup>[4]</sup> *Reyes* 17, 1; 18, 1. <<

[5] Platón, *Timeo*, III. <<

[6] Platón, *Timeo*, III. <<

[7] *Discursos*, II. <<



[8] *Timeo*, III. <<

# BACON ENSAYOS

